



**THE GOOD
SIDE OF
WRONG**

USA TODAY BESTSELLING AUTHOR
JENIKA SNOW

BLURRED LINES SERIES

The Good Side of Wrong

Jenika Snow



Sinopsis

Lo había perdido todo tras la muerte de mis padres, pero Hades estaba ahí, con el bolígrafo en la mano, para que le cediera mi vida.

Podría haberme negado, pero entonces me quedaría sin hogar. Sin un sistema de apoyo, estaría sin dinero.

Así que dije que sí.

Hades era mi tutor. Yo era su protegida.

Era cruel. Yo era demasiado inocente.

Y cuanto más tiempo estaba bajo su cuidado, y cuanto más veía lo cruel y frío que podía ser, más... lo quería.

Estaba mal —prohibido— estar juntos, pero cuanto más dejaba que Hades me arrastrara a su inframundo, más deseaba que me corrompiera.

Prólogo

HADES



—Ocultarte de mí solo me pone más duro. — me moví y abrí las piernas ligeramente, dejándole ver la dura longitud de mi polla golpeando contra mis pantalones. —Eres tan inocente, no queriendo que papi vea esos pequeños pechos perfectos.

—Ahora, dulzura, esto es lo que va a pasar. — Tomé otro trago largo y la miré por encima del borde. —Voy a hablar. Tú vas a escuchar. — Sus mejillas se volvieron rosas por el enojo, pero mantuvo esa bonita boca cerrada. —Vas a hacer todo lo que te diga sin tonterías, sin retractarte. — Sus ojos se abrieron de par en par y su boca se abrió. —Y voy a ver cómo obedeces.

— ¿Perdón?— Una mirada de asombro se arraigó en su rostro.

El destello de desafío en sus ojos hizo que mi polla palpitara en respuesta.

Ella era fuerte, pero yo era más fuerte. Y ambos sabíamos que esto era lo que ella quería y necesitaba.

Pero agradecí la pelea que me dio. Me excitaba más.

—Y vas a ser una buena chica y darme esto porque en el fondo, quieres complacerme. ¿Entiendes?

Abrió la boca y la cerró repetidamente. Mi chica se quedó sin palabras.

Corromperla se va a sentir tan jodidamente bien. Ojalá Zachariah estuviera aquí para verlo.

Pero cuando ese pensamiento se me metió en la cabeza, se esfumó rápidamente. Las cosas estaban cambiando, cambiando, reorganizándose por completo dentro de mí de forma tan profunda que no me sentía yo mismo cuando estaba cerca de ella.

Había querido utilizarla, arruinarla para cualquier otro. Quería que se aferrara a mí, como si yo fuera el aire de sus pulmones y la sangre de sus venas. Lo único en lo que podía pensar era en dejarla fría, con el corazón roto y sin dinero. Y no había planeado mirar atrás.

Pero ahora... ahora nada de eso tenía sentido.

—Vamos, Bunny. — le dije. —Muéstrale a papi lo perfecta que eres. — Sus mejillas se volvieron rosadas por la vergüenza.

Pasé los dedos de un lado a otro del reposabrazos de cuero. Estaba excitado, tan jodidamente ansioso por ver hasta dónde podía empujarla.

—Nunca he estado desnuda delante de nadie. — susurró Persephone con voz asustada.

—Oh, querida. — dije con una sonrisa, mi excitación por su miedo a lo desconocido aumentando. —Eso cambia aquí y ahora. Enséñale a papi lo que es suyo.

Después de decirle a Persephone que se quedara y se desnudara, pasó un largo minuto de silencio. El único sonido que llenaba la habitación era el del fuego lamiendo los troncos de la chimenea.

Me recosté en la silla. Había estado esperando este momento. La sola idea de tenerla a mi merced, de que hiciera lo que yo dijera sin dudar, me hacía palpar mañana y noche. Joder, ni siquiera eso era suficiente para saciar mi necesidad de ella.

Estaba constantemente duro, con la polla a media asta hasta que estaba en la intimidad. Y entonces el cabrón se puso duro como una roca, sabiendo que era el momento de aliviar algo de la presión mientras fantaseaba con Persephone y lo que estaba a punto de hacerle hacer.

Se quedó mirándome, con los ojos muy abiertos, la larga caída de su cabello oscuro cayendo en cascada sobre sus hombros. Tenía miedo. Era como un afrodisíaco para mí. Las puntas de su cabello aún estaban húmedas por la ducha, con suaves ondas enmarcando su rostro.

Y respiraba con dificultad, las apretadas cuentas de sus pezones se clavaban en el raído jersey que llevaba.

Yo ya estaba duro, más duro de lo que recordaba haber estado en mi puta vida.

¿Quizás necesitaba un poco de inspiración, un pequeño empujón?

Sin decir una palabra, me levanté y me dirigí a mi escritorio, abrí el gran cajón del fondo y saqué el regalo que le había hecho aquel día que habíamos ido de compras.

O tal vez fuera mi regalo. Al fin y al cabo, era yo quien más lo iba a disfrutar.

Cuando volví a sentarme en mi silla, relajado, contento de observarla, le tendí la caja marrón con la letra blanca garabateada en la parte superior.

La miró por un segundo, con las cejas fruncidas en señal de confusión, antes de tomarla con vacilación. Y cuando vio la marca garabateada en la parte superior, sus cejas se elevaron hasta la línea del cabello.

— ¿Qué es esto?

Sonreí lentamente y dejé que esperara antes de responder, dejando que se preguntara qué iba a decir.

—Necesitas que alguien te controle, Bunny. Necesitas que yo tenga el control para que no tengas que pensar. Solo tienes que *sentir*.

Capítulo 1

PERSEPHONE



Odiaba este lugar, la falsedad que desprendía toda esa gente al llevar sus caros trajes, sus cuellos y muñecas chorreando oro y diamantes.

No sabía por qué mis padres se relacionaban con ellos. Odiaba la forma en que me miraban, como si fuera un estorbo, como si no pudieran creer que mamá y papá permitieran que una simple niña asistiera a una reunión tan fastuosa.

Dios, deseaba no tener que venir.

Hubiera preferido quedarme en mi habitación leyendo en lugar de forzar una sonrisa hasta que me dolieran las mejillas y la mandíbula.

Pero era el cumpleaños de mi abuelo, algo que se celebraba anualmente, como una especie de tesoro nacional.

Michael Cronus era el conocido CEO de Cronus Enterprises. Había oído hablar tanto de su empresa mientras crecía que podría haber recitado el eslogan de la compañía mientras dormía. Una empresa del mercado de préstamos al consumo que habían racionalizado e incorporado a una presencia en línea. Eran tan conocidos, estaban tan establecidos en todo el mundo, que ayudaban a aprobar préstamos más rápido que los bancos. Y gracias a su éxito, Cronus Enterprises era una potencia multimillonaria.

Vi a mi abuelo de pie junto a la chimenea. Se llevó la copa de cristal a la boca mientras los demás hablaban a su alrededor. Cuando levantó la cabeza y su mirada se fijó en la mía, no sentí más que desapego. Tenía un corazón tan duro y frío como una losa de granito.

Y estaba segura de que no sentía ni una pizca de amor por mí.

Oí risas agudas que me rodeaban mientras me abría paso entre la fiesta y salía al balcón. Cerré la puerta detrás de mí con suavidad y me dirigí hacia la barandilla de piedra que daba a los terrenos.

Me apoyé en la barandilla justo cuando se levantó el viento, despeinando los rizos que mi madre me había peinado antes. Oí otra ronda de risas y miré por encima del hombro.

Los grandes ventanales me permitían ver el salón de baile. Con el suelo de mármol y los detalles de roble oscuro, una gran chimenea que parecía estar siempre encendida y la araña de cristal que colgaba del centro del techo arqueado, era posiblemente la habitación más bonita de nuestra casa.

Pero ahí terminaba su hermosa estética. Porque, aunque era preciosa y no se habían escatimado gastos, cuando entrabas en ella no sentías más que una fría rigidez que te asfixiaba.

Tenía que imaginar que esto era lo que ocurría cuando se tenía tanta riqueza que no había que preocuparse por el dinero. Los ricos compraban objetos sin preocuparse ni pensar mucho. No los amaban ni los apreciaban. Se compraban para ponerlos en un pedestal para que otros los miraran y admiraran, para disfrutar de un momento de placer.

Incluso a los once años, sabía que el dinero no te daba la felicidad. No te compraba amigos ni amor. Te daba soledad. Y eso lo veía en los ojos de todos los invitados.

Divisé a mi madre y a mi padre en el rincón más alejado de la sala, mi madre perfectamente vestida con el pelo recogido en un moño, con el collar de perlas que le había

regalado para el Día de la Madre hacía dos años colgado del cuello.

Mi padre estaba de pie junto a ella con su traje Armani hecho a medida, con el brazo alrededor de su cintura mientras la mantenía pegada a su lado.

Se amaban. Era auténtico. Podía verlo en la forma en que se miraban. Por eso nunca entendí por qué mis padres insistían en organizar esas reuniones, por qué no les decían a todos que se fueran a la mierda.

—El dinero compra vínculos, lealtades. Te da seguridad. Recuerda eso, Persephone. Recuerda que mientras tengas dinero, tienes poder. Como si tuvieras poder, controlas el mundo.

Me había sentido rara al oír a mi padre decir eso, había visto un destello en sus ojos que me había parecido extraño, como si me hablara un extraño.

Me decía esa frase constantemente, como si quisiera inculcarme eso, para hacerme saber que aunque el dinero no lo era todo... lo era.

Volví a mirar hacia delante, observando las luces de hadas que se enroscaban alrededor de los pilares blancos que el personal de jardinería acababa de colgar esa mañana. Los jardines habían sido recortados, no había ni una mala hierba a la vista, y el césped estaba perfectamente cortado con una espesa vegetación alrededor.

—Montón de imbéciles pomposos.

La profunda voz que llegó desde atrás me sobresaltó, y di un salto, girándome. Pero no vi más que sombras.

—No soporto estas putas fiestas.

No tuve que ver quién hablaba para saber quién era. — Entonces, ¿por qué has venido?— Dejé que mi mirada recorriera el patio antes de distinguir una nube de humo que salía de la esquina. Mis ojos se ajustaron, y finalmente vi la gran forma de un hombre sentado.

Mí —adoptado en la familia— tío. Hades Cronus. Lo habrían llamado la oveja negra de la familia si no los hubiera escuchado usar palabras más coloridas para describirlo.

Hades se inclinó hacia delante y apoyó los antebrazos en los muslos, llevándose el cigarro a la boca mientras le daba una calada. —Quizá soy más masoquista que sádico. —Expulsó el humo, sin dejar de mirarme. —Estar cerca de todos ellos me hace sentir como si me asfixiara. — Vi un destello de color blanco cuando sonrió después de hablar. —La única nota positiva es que todos me tienen miedo. — Se quedó callado. —Y disfruto oliendo el miedo que proviene de ellos.

No respondí porque, al igual que los invitados de adentro, yo también tenía miedo de Hades. Tenía un aire de depredador, como una enorme bestia que acecha en la naturaleza en busca de su próxima presa.

Las pocas interacciones que había tenido con él habían sido muy frías, y para mí era más un extraño que mi tío.

Sabía que él y mi padre no se gustaban, y sabía que ambos odiaban a mi abuelo. Los tres trabajaban juntos, o lo habían hecho hasta que mi abuelo sufrió un derrame cerebral y dejó de participar en el negocio. Había oído a mi padre y a mi madre hablar de ello y de sus cuidados, y de cómo preferían que los “profesionales” se ocuparan de las cosas.

Tenía la sensación de que no querían ocuparse de ello.

Así que, desde hacía un tiempo, solo Hades y mi padre mantenían su imperio como una potencia en la industria. Trabajaban juntos, pero solo porque tenían que hacerlo. Se toleraban mutuamente.

Una vez le pregunté a mi padre por qué no le gustaba Hades. Por qué actuaba como si fuera doloroso estar en la misma habitación con él. Pero todo lo que obtuve fue una sonrisa apaciguadora y mi padre me dijo que era demasiado joven para esos temas.

Volví a mirar al frente y a los jardines, pero fui muy consciente de la presencia de Hades. Era como una mancha

oscura que se derramaba por la mesa, una mancha de tinta que nunca se podía quitar.

Y cuando oí el leve roce de la silla de hierro sobre el patio de piedra que indicaba que se había levantado, sentí que me ponía tensa.

Nunca había sido malo conmigo, nunca había dicho una palabra cruel en mi dirección. Nunca había sido... nada hacia mí, sino distante. De hecho, estaba bastante segura de que esto era lo máximo que me había dicho.

Sentí que se acercaba para ponerse a mi lado, pero se mantuvo a varios metros de distancia.

Ninguno de los dos dijo una palabra mientras mirábamos los terrenos.

Estaba a punto de darme la vuelta y volver a entrar, sabiendo que estar rodeada de esos desconocidos sería mucho menos incómodo que estar al lado de mi tío, pero su voz me detuvo.

Cuando sentí su mirada sobre mí, lo miré. Era un hombre enorme, 30 centímetros más alto que mi padre y más ancho que los jugadores de fútbol que había visto en la televisión.

—Déjame darte un pequeño consejo, Persephone. — Se llevó el cigarro a la boca y le dio una larga calada, sus ojos se entrecerraron ligeramente mientras el humo se enroscaba en la punta antes de disiparse en el aire.

Cuando lo apartó, aguantó un segundo antes de exhalar aquella nube. El humo del cigarro olía dulcemente.

—Nunca confíes en la felicidad. — me sostuvo la mirada antes de enfrentarse a los jardines y enderezarse hasta alcanzar su máxima altura. —Es un veneno. Cambia a las personas, corroe sus venas y las pudre desde adentro.

Y entonces se dio la vuelta y se echó a reír, dejándome sola afuera para que asimilara sus palabras.

No volví a verlo ni a saber de él durante otros siete años.

Capítulo 2

PERSEPHONE



Siete años después...

Fue el día anterior a mi decimoctavo cumpleaños cuando sentí lo que era el verdadero dolor.

Me habían arrebatado a mis padres, dejándome huérfana y a merced de un mundo cruel.

Me vino a la mente la idea de ver sus flores coronadas de colores blanco y morado, pero parpadeé rápidamente.

Apreté los ojos y traté de no dejar que el recuerdo de sus ataúdes bajando al suelo me consumiera.

—*Lo siento mucho.*

—*Mis condolencias.*

—*Pensamientos y oraciones contigo.*

Esas eran las cosas que la gente me decía a la cara, palabras vacías lanzadas para aplacar a los demás porque no sabían qué más decir.

—*Zachariah y Diana eran los mejores de nosotros.*

—*Pobrecita.*

—*Perder a sus padres tan joven.*

— *¿Qué va a hacer ahora? Es tan triste que sea huérfana.*

Esas eran las cosas que se decían a mis espaldas, palabras susurradas que aún me llegaban.

Estaba entumecida. ¿Esto es lo que se siente al morir? ¿Solo había... nada?

El presente -la realidad- se filtró de nuevo hacia mí, y observé el amplio salón de la casa de mis padres, donde todos se habían reunido después del servicio.

Este pesado silencio, este profundo presentimiento, de repente pesaba sobre mí.

Dirigí mi atención a la entrada de la casa en la que había vivido toda mi vida. La entrada por la que había pasado y dejado más veces de las que podía contar.

El lugar de mi casa en el que mi madre se paraba y saludaba cuando me iba al colegio, o donde mis padres se despedían con un beso antes de que mi padre se fuera a trabajar.

Sentí que algo pesado se alojaba en mi garganta mientras miraba al hombre que se encontraba en esa entrada.

Hades.

Era la primera vez que lo veía en demasiados años. El último recuerdo que tenía de él era el de estar en el balcón mientras me decía que la felicidad no era más que veneno.

Aunque los años habían pasado, seguía siendo el mismo hombre de antes. Frío. Duro. Muerto por dentro.

Iba todo de negro, con el pelo del mismo color oscuro que su traje de tres piezas, con los ojos como trozos de ónice astillado mientras me miraba fijamente.

El cielo se estaba volviendo gris, una tormenta inminente amenazaba con crear una atmósfera más deprimente.

Y cuando entró, cerrando la puerta tras de sí, oí el ruido que se filtraba a mi alrededor.

Mi tío no dejó de mirarme mientras se acercaba.

Fui vagamente consciente de que la gente nos miraba fijamente, de que otros se inclinaban para susurrar palabras, cosas que no tenían nada que ver con la muerte de mis padres y todo que ver con el hombre que estaba frente a mí.

—Estás aquí. — no sabía por qué había dicho esas palabras.

—Mi hermano y su esposa murieron. — Me estremecí ante lo cándido que era, como si estuviera recitando la bolsa. — ¿Por qué no iba a venir a presentar mis respetos?

El hombre que tenía delante era un desconocido, aunque no debiera serlo.

No supe cuánto tiempo permanecimos ahí, mirándonos fijamente, sin hablar mientras me rodeaba ese calor y esa espesura incómodos.

Hades echó un vistazo a la habitación, con el labio superior curvado como si todo y todos le parecieran repugnantes. —Malditas sanguijuelas. Todos estos bastardos. — Hablaba más para sí mismo que para mí o para ellos.

Cuando volvió a enfrentarse a mí, se me cortó la respiración. Había algo en los ojos de Hades que me hizo dar un paso atrás. La supervivencia surgió en mí, y me estremecí, rodeando mi cintura con los brazos como si aferrarme a mí misma fuera una especie de salvavidas.

—No pensé que vendrías. — No sabía por qué había dicho esas palabras, no sabía por qué le había dicho nada.

Metió las manos en los bolsillos delanteros de sus pantalones, pero no respondió.

—Después de esto, te reunirás conmigo. Tenemos algunas cosas que discutir.

El tono de su voz me hizo retroceder. Estaba cortado por el mismo patrón que mi abuelo. Lo recordaba de las veces que había estado cerca de Michael Cronus. Pero hacía demasiado tiempo que no lo veía. Lo cual no me suponía ningún problema.

Habían sido como los tiburones, o las pirañas cuando olían la sangre. Estaban acostumbrados a conseguir lo que querían cuando lo querían. Pero nadie se lo negaba. No a menos que quisieran sentir la ira.

—Yo...

—Reúnete conmigo en el estudio de Zachariah. — Hades me interrumpió, ordenándome que cumpliera sus órdenes, porque no había otra forma de describir su tono.

Sentí que algo se me estrechaba en la garganta al escuchar el nombre de mi padre, y algo más duro me palpitó en el pecho ante el tono tan desconectado y apático de su voz.

Pero no quise hacer una escena aunque quería mandarlo a la mierda, preguntarle quién se creía que me estaba dando órdenes cuando no había estado en mi vida.

Así que, en lugar de eso, asentí, junté las manos delante de mi vestido negro y mantuve la compostura delante de toda esa gente. Eso era lo que mis padres habrían querido. No habrían esperado menos.

Una dama remilgada y correcta frente a la sociedad. Porque Dios no quiera que manche el nombre Cronus.

La comisura de su boca se levantó lentamente en lo que habría sido una sonrisa si un hombre como Hades pudiera producir una.

Dejó que su mirada viajara desde la parte superior de mi cabeza hasta la punta de mis pies antes de volver a subirla lentamente. Me estremecí, sentí que mi cara se calentaba ante su valoración, su examen.

—Tan amigable. — murmuró, mirándome fijamente a los ojos. —Esa es una buena chica.

Mis labios se separaron por la sorpresa, pero antes de que pudiera responder, antes de que pudiera respirar profundamente para formar una réplica, se dio la vuelta y se fue, desapareciendo en el mar de cuerpos.

Me quedé mirando, boquiabierta como un pez fuera del agua. Me invadió una sensación de temor muy premonitoria.

Fuera lo que fuera lo que Hades tenía que hablarme, sabía que no podía ser nada bueno.

Capítulo 3

PERSEPHONE



Habían pasado varias horas antes de que la casa se despejara por fin y la empresa de catering y limpieza se fuera.

Todo se había sentido tan silencioso, tan definitivo en esos momentos en los que volvía a estar sola, que divagaba. ¿Quizás era la nostalgia? Tal vez era yo tratando de entender lo drásticamente que había cambiado mi vida.

Caminé sin rumbo, no porque no tuviera nada que hacer, sino porque evitaba tener que ir a hablar con Hades.

Lo había visto intermitentemente desde que llegó, pero no hablamos mientras escuchaba a los demás dar sus condolencias. Actuó como si yo no estuviera ahí, ignorándome solo hasta que lo sorprendí mirándome, momento en el que aparté rápidamente la mirada y me ocupé.

Había algo en su mirada que penetraba en alguien a nivel molecular.

Pero no podía seguir escondiéndome. Así que me paré frente a las puertas dobles del estudio de mi padre, con el corazón latiendo un poco más fuerte, la adrenalina corriendo por mis venas.

Levanté la mano, a punto de llamar a la puerta, cuando me di cuenta de lo estúpido que era. Esta era mi casa ahora. Hades era mi invitado.

Levantando la barbilla y echando los hombros hacia atrás, intenté aparentar que no me aterrorizaba el hombre que estaba detrás de esas puertas cerradas.

Después de respirar tranquilamente, abrí las puertas de un empujón. Pero me quedé helada cuando vi a Hades sentado detrás del escritorio de mi padre, con el cuerpo recostado en el sillón de cuero, los brazos levantados y las manos juntas detrás de la cabeza.

Adoptó una posición muy relajada, de rey en el trono. Expresión estoica en su sitio y ojos como hielo picado.

Solo mirarlo me enfurecía.

—Cierra las puertas y acércate.

Apreté las muelas mientras hacía lo que él decía y me acercaba al escritorio. No me gustó el tono que utilizó, pero hasta que no supiera qué cartas tenía, no iba a devolverle el mordisco.

—Siéntate, dulzura.

Mi corazón hizo algo raro cuando dijo esa última palabra. No lo dijo como un cariño. No, su tono era demasiado rudo, demasiado duro para eso. Era casi condescendiente, como si me viera como una especie de niña que debía escucharlo, cumplir sus órdenes.

Pensé en rechazarlo, en negarlo rotundamente, pero me sentí como si ya me hubieran hecho pasar por el aro.

Emocionalmente, estaba agotada. Físicamente, estaba agotada, y solo quería que esto terminara y se acabara.

Así que me senté en la silla de cuero frente a él, en la que me había sentado demasiadas veces a lo largo de los años mientras veía trabajar a mi padre.

— ¿De qué se trata, Hades?— pasó un momento prolongado mientras me miraba fijamente, con una expresión como la de un muro de ladrillos, pero entonces la comisura de su boca se inclinó hacia delante, apoyando los antebrazos en el escritorio. —Tengo cosas que hacer...

—No tienes nada que hacer, princesa.

—No me llames así. — dije entre dientes apretados. Estaba al borde de las lágrimas, mis emociones eran demasiado volátiles ahora mismo. Juré que vi un destello en sus ojos antes de que lo disimulara tan rápidamente que me pregunté si lo había imaginado.

—Las cosas han cambiado drásticamente en tu vida, Persephone.

Me tragué el grueso nudo en la garganta que de repente se hizo notar.

—No se trata del desafortunado fallecimiento de tus padres.

La forma en que dijo esa última parte me pareció extraña, como si no le importara el hecho de que mis padres hubieran fallecido. Y tal vez no le importaba. No era como si estuviera en buenos términos con mi padre.

—Seré franco contigo. Tu padre estaba jodidamente arruinado... entre otras cosas. — Hades tamborileó con los dedos sobre el escritorio, y la visión me paralizó. —Y por eso, no tienes nada a tu nombre.

Lentamente, dirigí mi mirada hacia su rostro. Me observó, con una expresión inquebrantable grabada en su cruel expresión.

—No tienes acceso a tu dinero. Sin bienes. Sin casa. Nada. Todo menos indigente, Persephone.

Escuché un zumbido en mis oídos que ahogaba todo lo demás. Mi visión se agitó y parpadeé furiosamente, tratando de enfocar.

La imagen de Hades frente a mí vacilaba, y podía ver su boca moviéndose, pero no podía oír nada aparte del torrente de mi sangre a través de mis oídos.

—Persephone. — El fuerte chasquido de su voz me sacó de la caída en la que me estaba sumiendo.

Aspiré una gran bocanada de aire. — ¿Todo menos?— Jadeé esas dos palabras.

Volvió a inclinarse hacia atrás, con un brazo apoyado en el escritorio y el otro en el reposabrazos. Abrió las manos y las extendió, con las palmas hacia arriba. —No todo está perdido, princesa. Somos una familia.

Dios, qué calor hacía aquí. No podía respirar.

— ¿Qué significa eso?— ¿Había dicho esas palabras en voz alta? Parecían susurrar en mi mente, flotando en mi subconsciente. Pero cuando sonrió lentamente -una sonrisa que era cualquier cosa menos agradable o amistosa-, cerré las manos en puños sobre mi regazo, frustrada.

Como si mis palabras hubieran provocado el siguiente torbellino en este giro de los acontecimientos, se oyó un fuerte golpe en la puerta. Hades ladró para que entrara quienquiera que fuera y, un momento después, la puerta se abrió y volvió a cerrarse.

No miré atrás para ver quién era. Una parte de mí tenía demasiado miedo. Oí pasos fuertes que se acercaban antes de que un maletín se depositara en el escritorio a mi lado con un fuerte golpe.

Finalmente levanté la vista para ver a un caballero mayor de pie a mi izquierda. Llevaba un par de gafas con montura de alambre colocadas en la nariz y su traje de tweed cubría su forma de sauce. Llevaba el pelo negro y gris peinado hacia atrás.

El hombre inclinó la cabeza en mi dirección como saludo y dijo: —Señorita Cronus. — abrió su maletín y abrió la tapa, sacando un montón de papeles antes de ponerlos delante de Hades.

Mi tío empezó a hojear las páginas antes de tomar el bolígrafo que le ofrecía el otro hombre y garabatear su firma en la parte inferior de varias de ellas.

— ¿Qué está pasando?— Miré entre los dos, pero ambos me ignoraron mientras Hades terminaba. Recogió los papeles,

los apiló ordenadamente y los deslizó frente a mí.

—Son documentos para nombrar al señor Cronus como tu tutor legal hasta que cumplas veintiún años, momento en el que se liberará tu herencia.

Miré al caballero mayor mientras se dirigía a mí, y luego miré lentamente a Hades. — ¿Perdón?— Me quedé mirando los papeles pero no leí ni una palabra. Las letras nadaban todas juntas.

Oí el *tap, tap, tap* de la pluma de Hades contra el escritorio.

— ¿Qué quieres desglosar, querida?

Odié su tono. Era tan frío y condescendiente, como si yo estuviera por debajo de él. No me extraña que la gente lo odiara si se dirigía así a ellos.

Sentí que seguía parpadeando, mi visión pasaba de borrosa a enfocada. —Yo solo... — Volví a mirar el papeleo y extendí la mano para coger los formularios. Todo estaba escrito en un montón de jerga legal y cosas que no podía entender, pero sabía que era vinculante.

Volví a mirar a Hades, con su mirada fija en mí. — ¿Por qué iba a necesitar un tutor? Tengo dieciocho años. Soy mayor de edad. — Volví a dejar el papeleo y enderecé los hombros. Me negaba a mostrar inseguridad delante de Hades. Pero sabía que había fracasado.

El abogado se aclaró la garganta y levantó la mano para enderezar su corbata. Miró a Hades, pero mi tío mantuvo su atención en mí.

Levantó la mano y le indicó al otro hombre que se fuera. Lo escuché salir, la puerta se cerró tras él, y luego me quedé a solas con mi tío.

Oí sonar el reloj del abuelo y sentí que mi corazón se aceleraba más.

Y aun así, Hades no habló. Se limitó a sentarse y a dar golpecitos con el bolígrafo mientras me miraba a los ojos. *Tap.*

Tap. Tap.

—Haré esto muy simple para ti, dulzura. — *Tap. Tap. Tap.*

No se me escapó que no había respondido a mi pregunta.

—Tus padres te dejaron una herencia, y como tu padre era incompetente en asuntos de negocios, todos los activos de Cronus Trust and Holding han sido transferidos a mí.

Lo comprendí lentamente.

Apreté los dedos en las palmas de las manos con tanta fuerza que mis uñas sin duda dejaban marcas de media luna en mi carne.

—Si quieres tener un techo sobre tu cabeza, comida en tu vientre y que yo pague para que termines tu último año en una prestigiosa escuela privada a la que Zachariah te tenía acostumbrada, firmarás el papeleo. Si no... — Alcanzó el escritorio y dejó caer el bolígrafo sobre los papeles antes de inclinarse hacia atrás y encogerse de hombros. —No lo hagas. No te estoy obligando a hacer nada. Te estoy dando una solución a una situación muy jodida.

Sus groseras palabras no me sorprendieron. Pero lo que no entendía era por qué le importaba tanto.

Todo esto era tan confuso y no tenía sentido, pero no estaba lo suficientemente versada en los aspectos legales de esto como para cuestionar si era siquiera posible.

—El abogado de tu padre se reunirá contigo mañana por la mañana para discutir todo esto. Te confirmará que tu padre murió como un imbécil sin dinero, además de como un fraude y un malversador de la empresa. Pero fue lo suficientemente inteligente como para dejarte algo.

Sentí que mi garganta se cerraba lentamente sobre sí misma. Esto no podía ser cierto. Esto no sonaba como el hombre al que yo llamaba papá.

—No importa lo mucho que tu padre te quisiera o lo dulce que fuera contigo, la gente oculta sus partes más oscuras

a los que más quieren.

Estaba claro que me odiaba por su mirada y su forma de hablar, así que ¿por qué iba a querer ayudarme? Cualquier toxicidad que tuviera hacia mi padre estaba claramente siendo empujada hacia mí.

Cuando la lenta sonrisa se extendió por su rostro, sentí que había escuchado mis pensamientos internos.

—Además, somos familia, Persephone. — Se movió en la silla, su traje tirando contra las duras líneas de su musculoso pecho. — ¿Qué clase de tío sería si echara a mi sobrina?

Volví a mirar el papeleo y negué, aunque no sabía qué intentaba negar.

Hades exhaló exasperado antes de decir: —Tu padre no era un buen hombre.

Levanté la cabeza y entrecerré los ojos. Eso provocó otra sonrisa suya. —No hables así de mi padre. No lo conociste como yo. Nunca estuviste cerca. Durante años, nadie pronunció tu nombre en nuestra casa. Eras como una mancha oscura.

Sentí que mis mejillas se calentaban por mi ira, mis miembros casi temblaban por mi rabia.

—Que nunca dijera mi nombre cerca de ti no significa que no estuviera siempre en su mente. — Pude ver cómo Hades apretaba la mandíbula y cómo sus ojos se endurecían aún más. Este era un tema sensible para él, obviamente. —Y no te equivoques, aunque rara vez nos veíamos, cuando lo hacíamos, era suficiente para recordarme que era el mismo bastardo que siempre había conocido.

Me lamí los labios reseco, sin querer ahondar en lo que dijo Hades. Solo una vez le pregunté a mi padre por qué no se hablaba con su hermano y por qué se odiaban tanto. Mi padre me había mirado a los ojos y simplemente me había dicho que el pasado tenía que quedarse en el pasado. Fue su tono el que hizo que no volviera a preguntar.

—No necesito tu caridad. — me sorprendió lo claras y fuertes que eran mis palabras, cómo mi voz las transmitía con tanta seguridad.

Empujé la pila de papeles hacia Hades.

Y una vez más, apareció esa sonrisa de suficiencia de Hades. —Te dejó una herencia, una considerable, pero dulce, dulce Persephone, no tienes acceso a ella hasta que cumplas veintiún años.

Sinceramente, no sabía cómo funcionaba ninguna de estas cosas. Solo sabía que mis padres tenían una red de seguridad reservada para mí. Pero nunca lo habíamos discutido y, tontamente, nunca había querido saber más sobre cómo sería mi futuro.

Quizá fuera inmadurez. Tal vez fuera un privilegio o un derecho. Pero nunca había pensado que mis padres no estarían cerca. Había pensado estúpidamente que había seguridad para mí, y que no tendría que preocuparme por nada.

Como si hubiera visto esa constatación en mi rostro, empujó lentamente los papeles hacia mí. —Puedes firmarlos o salir de casa mañana por la mañana y esperar que el mundo real no te coma viva, princesa. — Me dirigió una sonrisa. — La casa se vende. Y cualquier otro activo que tu padre pudiera tener se va a liquidar para pagar sus deudas. Así que créeme cuando te digo, dulzura, que estás literalmente entre la espada y la pared. — su mandíbula se tensó y lo oí rechinar las muelas posteriores.

No sabía qué decir. No sabía cómo responder. Mis padres me habían protegido toda mi vida. Nunca había querido nada, todos mis caprichos y deseos se entregaban como un caramelo a un niño pequeño.

No tenía ninguna experiencia en el mundo real, aparte de las vacaciones a las que me llevaban mis padres o lo que aprendía en un libro de texto.

— ¿Puedo pensar en ello?— Mi voz era un susurro, y durante un momento de suspensión, no respondió, solo me

miró fijamente con ese enfoque inquebrantable que estaba segura de que hombres menores se acobardaban ante él.

No sabía por qué tenía que pensar en ello. Si lo que decía era cierto, cosa que tendría que comprobar con el abogado de mi padre, no tenía otra opción. No podría acceder a nada del dinero que me dejaron mis padres hasta dentro de tres años. Y no tenía dónde quedarme, ni a dónde ir.

Pero una parte de mí no quería ceder tan fácilmente porque estaba atrapada en un rincón. No quería someterme a un hombre como Hades.

—Tienes hasta mañana por la mañana. A esa hora me iré y volveré a la ciudad. — Se inclinó de nuevo hacia delante. — A esa hora vendrán los de la mudanza para limpiar la casa.

Se me cortó la respiración y me tapé la boca con el dorso de la mano. — ¿Tan pronto?— Mis palabras se apagaron, las lágrimas corrían por mis mejillas.

—La vida no se detiene. Tenemos que movernos. — Algo parpadeó en su rostro y exhaló, pasándose una mano por la mandíbula, pareciendo sumido en sus pensamientos. — Toma el papeleo. — dijo finalmente y me miró. —Haz que el abogado de tu padre lo revise. Mañana vendré a ver qué has decidido. Y si te vienes conmigo, prepárate con una maleta. Solo las cosas sin las que no puedas vivir.

Odié cómo dijo ese término, tan condescendiente.

—Compraré cualquier otra cosa que necesites.

No dije nada, pero me puse de pie y agarré la pila de papeles, apretándolos contra mi pecho como si fueran una especie de salvavidas que me mantuviera estable.

—Eres un bastardo. — las palabras fueron pronunciadas en voz baja y ronca.

—Sí. — dijo, inamovible. —Lo soy.

Con una última mirada a los ojos oscuros de Hades, me di la vuelta y salí del estudio, cerrando la puerta tras de mí y apoyándome en ella.

No sabía qué me deparaba el futuro, pero mis opciones eran limitadas. Deseaba tener alguien con quien hablar, alguien en quien confiar y a quien preguntar. Deseaba que mis padres estuvieran aquí, deseaba tener amigos que fueran auténticos y se preocuparan por cómo me sentía o por lo que pensaba. Pero estaba sola. Completa y totalmente sola.

Y ya era hora de crecer.

Capítulo 4

PERSEPHONE



Estaba bastante segura de que esto era lo que se sentía si uno saltaba de un avión sin paracaídas.

Miré a Henry, el abogado de mi padre, mientras repasaba los formularios legales que me habían dado anoche.

No se me pasó por alto cómo carraspeó varias veces o cómo levantó la mano y se aflojó la corbata, como si estuviera demasiado apretada.

El silencio que se extendía entre nosotros era espeso y asfixiante. Observé el reloj de pared del comedor, que era donde había hablado con Henry de todo esto. El estudio de mi padre -donde en las últimas veinticuatro horas se había puesto

aún más patas arriba mi vida- era el último lugar donde quería llevar a cabo esto.

Y entonces la imagen de Hades apareció de golpe en mi mente.

Cerré los ojos y exhalé mientras ese familiar escalofrío recorría mis brazos. Había sido como un fantasma en mi vida. Su presencia se sentía mucho, pero no se veía en absoluto.

Henry echó los hombros hacia atrás. Me concentré en él una vez más, conteniendo la respiración para lo que iba a decir.

Empecé a frotarme las manos y, de repente, mis nervios eran tan altos que casi estaba lamiendo el techo. —Entonces, ¿cuál es el veredicto?— le ofrecí una sonrisa tensa.

—Todo es legal. — sus cejas bajaron. —Voy a ser sincero. — Se quitó las gafas de carey y se frotó los ojos antes de volver a ponérselas. —No estoy seguro de que nada de esto sea legal, pero el juez Martin Wilcox lo firmó.

Hice una nota para buscar quién era ese juez cuando estuviera sola.

Cerré los ojos y aclaré mi mente. — ¿Así que realmente no tengo nada? ¿Ni casa, ni siquiera un centavo hasta que cumpla veintiún años?— Abrí los ojos y miré fijamente a Henry. —Si mi padre no tenía nada y estaba endeudado, ¿de dónde salió la herencia?

—Lo siento. — Henry me dedicó una sonrisa empática. —Es cierto que tu padre tenía asegurada una importante deuda. Pero Hades tenía razón en que tu madre había secuestrado los fondos y los había puesto en una cuenta a la que solo tú puedes acceder.

Asentí, incapaz de hablar mientras escuchaba y dejaba que todo se asimilara.

—Así que en cuanto a todas las propiedades y posesiones personales de tu padre... — Dejó que esas palabras quedaran suspendidas entre nosotros. —Todo será liquidado.

— ¿Y su parte del negocio que comparte con mi abuelo y mi tío?

Henry negó. —Existen redes de seguridad para empresas tan grandes como Cronus para protegerla. Y la parte de tu padre revirtió en tu abuelo. — Me observó, con sus gafas deslizándose un poco por el puente de la nariz.

Bajé la mirada hacia mis manos, que había cerrado en puños con la suficiente fuerza como para que el dolor de mis uñas se hiciera notar. — ¿Qué se supone que debo hacer?— Miré a Henry.

No lo conocía, aparte de las pocas veces que había venido a la casa para discutir con mi padre. Pero ahora mismo, era la única cara amable en mi vida.

— ¿Dónde se supone que voy a vivir?— me negué a reconocer la parte de los formularios legales sobre mi entrega a Hades.

El silencio en la oficina era pesado. Hacía un calor sofocante y no podía respirar de repente. Mi pecho empezó a subir y a agitarse frenéticamente. Intenté hacer llegar a mis pulmones el oxígeno que tanto necesitaba.

La habitación giraba a pesar de estar sentada, y apreté las manos alrededor de los reposabrazos, con las palmas sudorosas y resbalando sobre la suave madera.

— ¿Cómo perdió mi padre todo su dinero?— Mi voz sonó como un eco en mis oídos, pero me sentí orgullosa de mí misma por no temblar y mantener la compostura. Todo lo que pude, al menos.

Sentí el torrente de adrenalina moviéndose por mis venas, la garganta apretada, el pulso acelerado. Sería tan fácil derrumbarse. ¿Cómo se supone que alguien puede ser fuerte ante la muerte?

—Esas no son cosas de las que debas preocuparte. Solo tienes que saber que, aunque las cosas parezcan sombrías ahora mismo, el señor Cronus te ha ofrecido una solución.

No me gustó el tono de voz de Henry, como si esperara que me rindiera tan fácilmente. Tal vez vio mi cambio de expresión y esos pensamientos se filtraron en mi expresión, porque exhaló con cansancio y juntó las manos encima de la mesa.

—Te van a cuidar. Y eso es lo que tus padres habrían querido. No habrían querido que sufrieras. Por eso tu madre creó el fideicomiso. — Me dedicó una pequeña pero genuina sonrisa. —Estoy seguro de que si hubieran sabido que las cosas iban a terminar tan rápido para ellos, habrían dispuesto de otras redes de seguridad. Pero tal como están las cosas, estas son tus opciones, Persephone. Y como abogado de tu padre y tu consejero, te sugiero encarecidamente que consideres tomarlas.

Con una sonrisa tensa y comprensiva, Henry se marchó rápidamente, y yo me quedé sentada en la mesa del comedor, mirando fijamente los papeles. Los había extendido y había subrayado las partes que debía firmar. A pesar de que había repasado todas las hojas, asegurándose de que entendía cada uno de los puntos escritos, seguía estando muy confusa.

Cogí el bolígrafo, cuyo peso era considerable. Había sido el que más usaba mi padre. Con su nombre grabado en oro, parecía más una obra de arte que un instrumento para escribir.

Tres años. Era todo el tiempo que necesitaba.

Después de eso, tomaría mi herencia y me mudaría. Empezaría mi vida.

Dudo que lo vea alguna vez. Si se parecía en algo a mi padre en lo que respecta a sus negocios, probablemente iba a estar fuera, viajando, y en reuniones mucho tiempo.

Sí... podía hacerlo. Podía ser fuerte, no porque no tuviera otra opción, sino porque sacaría lo mejor de la situación más mierda imaginable.

Así que cogí el bolígrafo y, con decisión y determinación, firmé.

Una vez hecho esto, me dirigí a mi habitación y preparé la maleta. Había un montón de cosas que solo eran materialistas, objetos que no necesitaba llevar conmigo.

Mientras llenaba la maleta con mi ropa y una foto enmarcada de mis padres y yo, me senté en la cama y me limité a mirar a mí alrededor. Cogí mi teléfono y busqué quién era el juez Wilcox. La mayor parte de lo que aparecía era información estándar sobre su edad, sus credenciales y los círculos a los que se asociaba. Me quedé sin aliento cuando vi una imagen de Hades de pie junto al juez. Hades tenía su característica expresión apática mientras miraba fijamente a la cámara y sostenía un vaso en una mano, con un líquido oscuro que llenaba el cristal hasta una cuarta parte.

La foto había sido tomada en una gala benéfica, donde habían reconocido a Hades como principal benefactor. El juez tenía una mano levantada mientras se reía de algo. Sus mejillas hinchadas tenían un color rojizo y un brillo de sudor salpicaba su frente.

Investigué un poco más en Internet y encontré un artículo del año pasado en el que se afirmaba que el juez había sido acusado de mala conducta grave con una chica del colegio de su hijo cuando la estudiante se presentó y dijo que Wilcox la había abordado y le había hecho comentarios muy inapropiados. Pero no se hizo nada al respecto. No se presentaron cargos. No hubo repercusiones. Lo habían escondido todo bajo la alfombra con menciones de llegar a un acuerdo entre las dos partes.

No sé cuánto tiempo estuve ahí sentada, pero fue el sonido del timbre lo que me sacó de mis pensamientos.

Tras agarrar el asa de mi maleta y salir de mi habitación y bajar las escaleras, mantuve la cabeza alta y me negué a mostrar lo incómoda que me hacía la situación.

No le daría a Hades esa satisfacción.

Una vez en el rellano inferior, lo vi de pie en el vestíbulo, vestido con otro traje oscuro de tres piezas, con las

manos en los bolsillos delanteros, el material incapaz de ocultar la definición de su cuerpo masculino.

Fue sigiloso al echar un vistazo a mi maleta antes de volver a mirarme, con una ceja enarcada cuanto más me acercaba. Me detuve cuando estaba a medio metro de él, con los hombros todavía echados hacia atrás y la cabeza inclinada para poder mirarlo a los ojos.

La luz del sol caía detrás de él y podía oír a los trabajadores en el exterior. Era un día más para todos los demás. Sin embargo, para mí, toda mi vida había cambiado en cuestión de días.

Al estar tan cerca de Hades, pude ver que sus ojos, que una vez pensé que eran negros como la noche, en realidad eran más bien de un color ámbar profundo con motas de miel y rojo arremolinadas en ellos.

Era un color hermoso, aunque el hombre que tenía ante mí era feo como el pecado por dentro.

—Te preguntaría si has tomado tu decisión, pero la maleta que está sentada a tu lado lo ha respondido. — Su voz era tan profunda y áspera que casi resultaba doloroso escucharla, como una cuchilla que recorriera mi piel.

En mi otra mano, tenía la documentación y se la tendí. Solo lo miró un segundo antes de que Hades me lo arrebatara, pasando cada hoja para asegurarse de que, sin duda, había firmado en todos los sitios.

Metió los formularios en el bolsillo interior de la chaqueta de su traje, se pasó las manos por las solapas y se dirigió al elegante coche negro que lo esperaba.

Me quedé un momento mirándolo y me giré para echar un vistazo al único hogar que había conocido. Nunca volvería a ver este lugar. Lo sabía en mi corazón. Y aunque había crecido aquí, en algún momento, este sería solo un lugar en el que había vivido una vez.

Y hoy era ese día.

Capítulo 5

HADES



A los tres años, me encontraron sentado en un charco de sangre de mi madre, con su herida de bala auto infligida y su brazo cubierto de marcas. Había estado sentada allí tanto tiempo que su sangre se había coagulado en un charco

alrededor de mi pequeño cuerpo. Sus ojos sin vida se fijaron en mí.

Sabía que yo había sido lo último que había visto en su miserable vida.

Cuando cumplí cuatro años, había estado en tres hogares de acogida antes de ser adoptado por Michael Cronus.

Aprendí a una edad muy temprana que el dinero no era nada, que causaba más problemas de los que resolvía. Se había utilizado para comprarme, como si yo no fuera más que otro objeto que Michael podía poseer.

Y cuando cumplí diez años, tenía tantas cicatrices en el cuerpo que ya no sabía lo que era “normal”.

La chica sentada frente a mí en mi jet privado no sabía nada del dolor, la angustia o la humanidad que te arrancan lentamente.

Era inocente en todo el sentido de la palabra. Su padre la había mimado, la había protegido hasta el punto de que era ingenua en cuanto a lo jodido que estaba el mundo y la vida.

¿Sabía ella el pedazo de mierda que su padre había sido realmente? Nunca sería capaz de comprender los horrores que su padre me hizo pasar.

Pero lo haría.

El bastardo seguía siendo tan depravado como lo había sido hasta el mismo día de su muerte. Y todas las imágenes, las transacciones telefónicas y los recibos de las tarjetas de crédito que desenterré sobre él lo confirmaron.

No, la dulce y pequeña Persephone no sabía nada de quién era su padre ni de lo que le hacía a la gente. *Lo que me había hecho a mí.*

Me miró; sus ojos tenían el tono del whisky cuando les daba el sol, sus cabellos oscuros se enroscaban en las puntas mientras caían sobre sus hombros. No se parecía en nada a Zachariah y, en cambio, se asemejaba mucho a su madre en la forma de la cara y el color. Pero ahí terminaban las similitudes.

Cerré los ojos y apoyé la cabeza en el asiento de cuero; el sonido de los motores del avión ahogaba todo lo demás mientras intentaba despejar mi mente.

—Adelante, muchacho. Toma la vara y muéstrale a Hades que nunca será realmente un Cronus, no como tú.

La primera vez que había escuchado a mi padre adoptivo, Michael, decir esas palabras había sido la primera noche que pasé en mi nuevo hogar. Me habían adoptado y ahora tenía una familia permanente. Debería haber sido el día más feliz de mi vida.

En lugar de eso, me habían metido en el mismísimo infierno y me encontré con unos ojos fríos e indiferentes, una lista de normas más larga que mi pequeño cuerpo, y había mirado a la cara a las personas que deberían haber sido mi familia pero que ahora solo lo eran de nombre.

—Por favor, no, hermano. — susurré mientras miraba a Zachariah sosteniendo aquella rama de sauce. Tenía los dedos apretados en torno a ella y sus ojos adoptaban la misma mirada apática de nuestro padre.

La primera vez que nuestro padre había obligado a mi hermano a pegarme, Zachariah había dudado. Alegó que no quería hacerlo. Zachariah me miró a los ojos, con las lágrimas cayendo por sus mejillas un segundo antes de que Michael le diera un revés, empujara la vara contra su pequeño pecho y le dijera “sé un hombre y sé un Cronus”.

Zachariah solo tenía unos años más que yo la primera vez que me marcó. Y después de eso, poco a poco, vi cómo el cambio se apoderaba de mi hermano. Porque cada vez que Michael lo hacía participar en el abuso, algo oscuro y retorcido crecía en los ojos de mi hermano mayor.

Llegó a gustarle porque, en definitiva, estaba cortado por el mismo patrón que nuestro padre.

Y cuando Zachariah creció lo suficiente, él mismo se encargó de los latigazos y los puñetazos. La mitad de las cicatrices de mi cuerpo eran de mi hermano.

Abrí los ojos y miré a Persephone. Tenía las piernas enroscadas y metidas debajo de ella, con una manta sobre los hombros.

Tenía la cabeza apoyada en el respaldo del asiento e inclinada hacia la ventana, y el sol se colaba a través de ella y proyectaba ese brillo de miel sobre las oscuras hebras de su cabello. Mis dedos se enroscaron sobre sí mismos mientras crecía en mi interior el deseo de acercarme y apartar los mechones de su frente.

Odiaba a mi hermano y había celebrado su muerte. Y una parte de mí quería odiarla a ella también, por el simple hecho de que era parte de Zachariah. No importaba que fuera inocente. No importaba que no supiera quién era realmente su padre o las cosas atroces que había hecho.

Porque ella pagaría por los pecados de su padre.

Con su cuerpo.

Capítulo 6

PERSEPHONE



La casa de Hades no era lo que yo esperaba. Cuando dijo que su casa estaba en la ciudad, esperaba algo tan frío y distante como él.

Quizá un ático con vistas a la ciudad, todo acero y cristal y poco calor.

Pero cuando entré en la enorme casa de estilo Tudor, toda ella de rica y oscura madera grabada a mano, supe que mis ojos se habían abierto de par en par y que mi boca se había quedado abierta.

El exterior tenía un tejado a dos aguas muy inclinado, dos elaboradas chimeneas de mampostería a cada lado de la casa, portales adornados, grupos de vidrieras y entramados decorativos con mampostería entre la estructura de madera expuesta y entre los espacios de madera.

Había cuatro sirvientes esperando a nuestra llegada, dos enmarcando cada lado de las puertas delanteras, con sus atuendos de librea blanca y negra planchados mientras saludaban a Hades.

Me condujo a la escalera y me mostró mi dormitorio, me dijo que guardara mis cosas y que el almuerzo se serviría en mi habitación, ya que tenía “mierda que hacer”.

Pero como el mundo giraba claramente en torno a Hades, tenía que estar lista para cenar con él a las seis en

punto.

Y ahí es donde me encontraba ahora, de pie en el centro de la habitación durante los últimos cinco minutos después de que él se hubiera marchado sin decir ni una palabra más.

Recorrí con la mirada la gran ventana enrejada y abatible de varios cristales que tenía delante. Las vidrieras tenían motivos heráldicos y eclesiásticos; algo que había aprendido cuando mi padre las hizo instalar en nuestra casa.

Unos ricos paneles de roble enmarcaban la habitación, y tapices y bordados de terciopelo en colores dorados y azules intensos adornaban las paredes.

Miré la cama, una grande de cuatro postes con dosel que estaba cubierta de un dorado brillante con un edredón de damasco con adornos azules.

Todo era ajeno y envejecido para encajar en el estilo de la casa, hasta las mesas de caballete y los bancos empenachados de los lados.

—Esta no soy yo. — siseé mientras dejaba caer el bolso al suelo, sin darme cuenta de que lo había sujetado con fuerza todo el tiempo.

Puede que no hayas sido tú... pero ahora eres tú.

El resto del día me limité a familiarizarme con la habitación, a guardar la ropa y a colocar algunas cosas que había traído en la cómoda y la mesita de noche.

Y luego me limité a mirar por la ventana mientras observaba a algunos de los empleados trabajar en el patio. La propiedad era preciosa, con terrenos abiertos hasta donde alcanzaba la vista. Tuvo que costar una fortuna, ya que no había este tipo de inmuebles dentro de los límites de la ciudad.

La piscina estaba cubierta para la temporada, y un patio de piedra la rodeaba. También había un cenador más cerca de la línea de árboles del bosque.

Alrededor de la hora de la comida, un miembro del personal -una mujer mayor con el pelo blanco recogido en un

moño apretado en la nuca, arrugas pesadas alrededor de sus ojos azules pálidos y un ceño fruncido en la cara que coincidía con el de Hades- trajo una comida a mi habitación.

No me miró a los ojos ni dijo una palabra.

Me pregunté si eso era una orden de Hades. Tal vez pensó que así me daría cuenta de que él tenía todo el poder, que incluso su personal no me reconocería de manera amistosa a menos que él lo considerara.

No podía esperar a que empezara mi último año de instituto. Ni siquiera me importaba que la academia no fuera a la que había ido los últimos tres años. Aunque obviamente hubiera preferido quedarme donde conocía a todo el mundo.

Una hora antes de la cena, otro miembro del personal llegó a mi habitación con una caja en la mano. La dejó sobre mi cama, hizo un breve contacto visual conmigo y luego se alejó corriendo como si tuviera miedo de estar cerca de mí. Fruncí los labios y entrecerré los ojos mientras la molestia me invadía.

Si todo el mundo iba a estar así conmigo durante los próximos tres años, estaba segura de que iba a arrancarme el pelo y a gritar.

Dentro de la caja estaba lo que supuse que era el vestido que Hades quería que llevara para la cena de esta noche. Era modesto, de color negro, con cuello Peter Pan y el dobladillo cayendo hasta las rodillas. Parecía algo que me pondría para ir al colegio, no para comer en mi casa.

Tiré esa mierda al armario y elegí mi conjunto. De hecho, me puse la ropa menos atractiva que pude encontrar, una que seguramente haría enojar a Hades.

Me puse un chándal de gran tamaño y un top corto, un atuendo que usaba cuando pintaba en el porche de atrás en los veranos.

Me anudé el pelo en un moño desordenado en la coronilla, me descalcé y bajé las escaleras.

Fue bastante fácil encontrar el comedor a pesar de la gran extensión de la finca, y me dije que tendría que encontrar a alguien que me mostrara el lugar para no perderme en esta gigantesca casa.

Enseguida vi a Hades. Estaba sentado en una larga mesa de roble colocada en paralelo a la monstruosa chimenea. El sonido de la madera crepitando al arder parecía demasiado fuerte.

No llevaba su típico traje de tres piezas y corbata. En su lugar, llevaba una camisa blanca con botones. El cuello de la camisa estaba abierto y mostraba una muestra de carne masculina dura.

Odiaba que fuera tan guapo mientras estaba sentado como un rey del inframundo. Tenía un antebrazo colgado del lado de la silla y el otro estirado sobre la mesa.

Con un movimiento de sus dedos, me indicó que me acercara. Me detuve cuando estaba a unos metros de la mesa, mirándolo fijamente porque quería que Hades supiera que no me intimidaba. Aunque fuera una mentira descarada.

Escudriñó mi atuendo mientras se sentaba a la cabeza de la mesa.

—Déjame adivinar... — dijo.

Su mirada volvió a los dedos de mis pies, que estaban pintados de rosa. Era el esmalte de uñas que mi madre siempre tenía en su tocador, uno de los objetos que me había traído antes de salir de casa.

—... ese color se llama Princesa.

No reaccioné, solo seguí observándolo. Sabía que era el tipo de hombre que presionaba a la gente. Disfrutaba metiéndose en su piel, le gustaba encontrar su debilidad para poder usarla en su beneficio.

Podía leer eso en él tan fácilmente como sabía que era un imbécil arrogante.

Hades sonrió.

Le devolví la sonrisa. —Si te gusta tanto, puedo prestártelo.

Su sonrisa desapareció y entrecerró los ojos antes de murmurar: —Eres una cosita bocona. — Dejó que eso quedara entre nosotros, las palabras pesadas y sofocantes. —En esta casa, nos vestimos con respeto cuando se nos pide que compartamos una comida. — Se llevó el vaso de corte cuadrado a la boca y dio un trago al líquido de color oscuro.

—Mi ropa está bien. — dije con la voz más firme que pude reunir. Estaba a punto de tomar asiento en el extremo opuesto de la mesa cuando él emitió un sonido profundo, deteniéndome.

—Te sentarás a mi lado cuando cenemos.

Lo último que quería hacer era sentarme a su lado. Pero no dije nada y tomé mi lugar en el sitio junto a él. Pude ver su expresión de suficiencia detrás de su vaso mientras tomaba un sorbo, con la mirada fija en mí.

Por suerte, no tuvimos que hablar porque entró una avalancha de personal y empezó a colocar los platos delante de nosotros.

Un plato con una cúpula de plata fue colocado frente a mí, el sirviente retiró la tapa y se hizo a un lado como si esperara algo.

Miré entre él y el plato, luego a él de nuevo antes de levantar una ceja. — ¿Gracias?

Aunque mis padres tenían el dinero, no teníamos un camarero que nos sirviera de pies a cabeza. De hecho, para ser sincera, me sentía un poco incómoda con este espectáculo. No era nadie especial para que me prestaran este tipo de atención.

—Gerard está esperando tu aprobación de la comida. — La voz de Hades podría haber sonado divertida si un hombre como él pudiera encontrar el humor.

Volví a mirar la bandeja y me centré en el montón perfectamente formado de puré de papas con ajo, las judías

verdes que parecían estar apiladas en un diseño de celosía y la pechuga de pollo con costra de hierbas que olía deliciosamente, y luego había un pequeño plato de porcelana que contenía un panecillo con mantequilla. Gerard puso un vaso de agua helada a mi lado antes de dar un paso atrás.

—Se ve maravilloso. Gracias. — Gerard asintió una vez y se llevó la tapa de la cúpula antes de marcharse.

—Gerard. — llamó Hades, y el sirviente se detuvo.

Podía ver cómo le latía el pulso a un lado del cuello. — Tú y los demás pueden irse por la noche.

Gerard inclinó la cabeza antes de dejarnos a Hades y a mí solos en el comedor.

Cuando Hades empezó a comer, fue cuando yo también lo hice, concentrándome en cualquier lugar que no fuera en su dirección. Aunque podía sentir su mirada sobre mí.

Esperaba que ignorarlo lo hiciera sentir tan incómodo como yo, pero lo dudaba. Era como una losa de granito frío y duro.

Los únicos sonidos que llenaban la habitación eran los del fuego crepitando y los de nuestros utensilios tintineando suavemente en los platos.

Lo miré mientras me observaba y se metía granos de granada en la boca. Hades empujó el pequeño cuenco de cristal hacia mí, y negué.

— ¿Alguna vez los has comido?

Volví a negar.

—Pruébalos, dulzura.

No supe por qué hice lo que me dijo, pero cogí una semilla y me la metí en la boca, dejando que el jugo estallara en mi lengua. Su sonrisa parecía satisfecha, y eso me molestó.

Me di cuenta de que me había comido seis cuando Hades alargó la mano y deslizó el cuenco hacia él.

—Come.

Una vez que terminamos la cena, lo miré y vi que seguía mirándome. —Gracias por la cena. Estaba deliciosa. ¿Me disculpas?— Odiaba ser cortés con él. Me molestaba, y no entendía por qué, no entendía por qué había provocado tal reacción en mí.

También odiaba que me pareciera tan atractivo.

Había hecho un buen trabajo manteniendo mis emociones bajo control después de la muerte de mi madre y mi padre. Porque si me permitía derrumbarme y dejar que todo me arrastrara, no sabía cuánto tiempo pasaría antes de poder recomponerme.

Pero estar en presencia de Hades era como si echara gasolina a ese fuego ardiente dentro de mí.

No respondió por un momento, solo cogió su vaso y se lo llevó a la boca. Hades me observó por encima del borde y me dije que no debía reaccionar.

Pero levanté una ceja. Fue la única reacción de “date prisa” que me permití dar. Esperaba que sintiera el descaro que se desprendía de mí.

Solo quería ir a mi habitación y dormir. Tal vez también llorar.

—No tienes excusa.

Apreté las manos en mi regazo.

—Tenemos cosas que discutir. Esta semana te llevaré a hacer algunas compras. — se apoyó en la silla y me observó.

— ¿Comprar qué? Ya tengo lo que necesito. Me lo he traído, ya que me lo pediste y todo eso.

La comisura de su boca se levantó ligeramente. — Necesitas cosas para la escuela. — Tomó un sorbo de su bebida. —Me puse en contacto con esa escuela privada tan elegante a la que asistes y les pedí que cambiaran todos tus formularios para que yo figurara como tu tutor y contacto de

emergencia. — Cuando no dije nada, fue él quien levantó una ceja. — ¿No te vas a quejar por eso?

Me encogí de hombros. —Quiero decir, tiene sentido que te pongan en la lista como mi contacto de emergencia, ya que no me queda familia. — Sin contar a mi abuelo, que supuse que aún vivía. Hacía años que no lo veía, desde luego no antes de que enfermara, y nunca después.

Pero, de todos modos, Michael nunca había expresado ningún interés por su nieta.

Observé un músculo bajo su mandíbula mientras reflexionaba sobre eso.

—También necesitas ropa. He visto lo que has traído y no es suficiente.

No iba a discutir con él por querer comprarme ropa. Pero una parte de mí odiaba necesitar algo de él.

—Gracias. Cuando reciba mi herencia, te devolveré los gastos que...

—Jodidamente improbable.

Tragué saliva ante el tono duro de su voz. — ¿Perdón?

Tomó otro sorbo de su licor antes de responder. —No necesito ni quiero tu dinero, princesa. Como tu tutor legal, mi trabajo es mantenerte.

Me estremecí. No tenía ni idea de por qué mi cuerpo reaccionaba al oírlo decir que me mantenía, pero ahí estaba, sintiéndome bastante incómoda por la reacción visceral que Hades suscitaba en mí.

—Y como necesitas artículos, te los vamos a conseguir. Tengo algunos asuntos urgentes que atender en los próximos días, pero después de eso, soy todo tuyo. — Lo dijo con una sonrisa en la voz y una curvatura en los labios.

—No necesito que seas mío.

Terminó su licor, dejó el vaso a un lado y empezó a pasar la yema del dedo por el borde. Por un segundo, esa

visión me dejó paralizada. Me di cuenta por primera vez de que tenía tatuajes en los nudillos, en el dorso de las manos, y pude ver la tinta oscura que subía por las muñecas y desaparecía bajo la camisa de vestir.

—Me odias. — dijo con naturalidad. Me tomó un poco por sorpresa. —Podrías mentir. — Fue como si me hubiera leído la mente. —Pero preferiría que no lo hicieras. — Hades se inclinó hacia delante y apoyó los antebrazos en la mesa, con las manos juntas.

Su piel era de un tono oscuro de bronceado, y noté que sus nudillos estaban un poco raspados en el derecho. —Así que adelante.

Me estaba presionando, queriendo salirse con la suya. No estaba dispuesta a complacerlo.

—No tengo tiempo para juegos estúpidos. — empujé la silla hacia atrás y me puse de pie, sabiendo que probablemente me veía temblorosa como el infierno. Pero cuando estrechó los ojos, le devolví la sonrisa. —Puede que ahora seas mi tutor legal, y no tengo más remedio que tolerarte durante los próximos tres años, pero no tiene por qué gustarme. No me tienes que gustar ni tú ni la situación, ni ceder a tus exigencias psicóticas.

Me di la vuelta para marcharme cuando el sonido de su silla rozando el suelo de madera me detuvo.

Me giré justo cuando lo vi rodear la mesa y dirigirse hacia mí, con una expresión tan fría y dura que retrocedí hasta que la pared detuvo mi retirada.

Sentí algo que no quería explorar demasiado. Me apreté contra la pared y, mientras Hades me apretaba, sentí ese intenso calor instalarse justo entre mis muslos.

—Zachariah nunca te disciplinó, ¿no es así?— Me miró fijamente a los ojos.

Levanté mi barbilla en desafío y me quedé callada.

Lo escuché rechinar los dientes mientras golpeaba una mano en la pared junto a mi cabeza y se inclinaba. —Creo que necesitas otro tipo de papi que te enseñe modales, dulzura.

No tuve tiempo de comprender lo que quería decir con eso porque, un segundo después, tenía su mano enroscada en mi nuca. Me empujó hacia su pecho hasta que el movimiento me obligó a colocar las palmas de las manos en sus pectorales. Y entonces me sacó del comedor, subió las escaleras y me llevó a mi dormitorio.

Fue brusco, pero no doloroso. Era más bien exigente, dominante, como si estuviera acostumbrado a salirse con la suya y no hubiera podido evitarlo.

—Hades... — Jadeé. — ¿Qué estás...?— Mis palabras se atascaron en la garganta cuando se sentó en el borde de la cama y me tiró para que quedara en su regazo.

Tenía un grueso antebrazo apoyado en el centro de mi espalda, manteniéndome en su sitio. Miré por encima del hombro y separé los labios, la sorpresa de lo inapropiado que era esto me llenó de una rabia insuperable.

Y entonces me bajó el chándal de un tirón para que mi culo quedara a la vista. Jadeé y nuestras miradas se cruzaron. Vi cómo levantaba la mano.

—No te jodidamente atrevas. — susurré, sin importarme haber utilizado un lenguaje grosero con él. Luché, pero me sujetó con facilidad, sin esfuerzo.

Sus fosas nasales se ensancharon, los músculos de su mandíbula se flexionaron, y mientras me sostenía la mirada, bajó su mano sobre mi culo con tanta fuerza y rapidez que mi espalda se arqueó y un grito salió de mi garganta.

—Apuesto a que tu padre nunca te hizo esto, ¿verdad, princesa?

Grité y me revolqué, pero él se limitó a azotarme de nuevo.

—Esto es lo que pasa cuando haces correr esa linda boquita tuya.

Me azotó el culo con tanta fuerza que sentí que algo se movía en mí, algo oscuro y tortuoso se desenvolvía en mi cuerpo.

Otra nalgada. —Tienes mi mano en este culo perfecto. — Su voz se endureció, sonó más áspera en esa última palabra. —Tienes que aprender a ser una buena chica.

Dio tres golpes más en ambos lados, mi piel ardía, mis bragas se habían movido hacia adentro, por lo que ahora estaban parcialmente entre el pliegue, las mejillas casi completamente expuestas. Solo podía imaginar cómo se veían, mi piel pintada de rojo con las huellas de sus manos.

—Aprenderás a obedecer, Persephone. — *Nalgada. Nalgada.* —Tienes que entender quién manda. ¿Quién hace las reglas?— *Nalgada. Nalgada.*

Me moví en su regazo, tratando de alejarme, pateando, arañando su pantalón, pero su brazo era como un tornillo de banco. Era demasiado fuerte.

Nalgada.

Las lágrimas corrieron por mis mejillas y, mientras luchaba contra él, se me cortó la respiración al sentir la dura longitud de su erección clavándose en mi cadera.

Nalgada. Nalgada.

Algo en mí dio un giro diferente. Seguía doliendo, pero el dolor se convirtió en algo más. Más oscuro y más consumidor.

—Dilo. — Hades jadeó, el aire aserrando dentro y fuera de él mientras me azotaba. —Dime lo que quiero oír, como mi buena chica.

No pude evitar el gemido que se me escapó. Cerré los ojos, levantando el culo para aceptar su siguiente golpe.

Sentí la sutil sorpresa en él por la forma en que su cuerpo se tensó bajo el mío, pero solo duró un milisegundo antes de que maldijera: “*Jesucristo*” y me azotara de nuevo.

El aire se me escapó y el sudor me salpicó la frente. No sabía qué me había pasado mientras seguía levantando el culo justo cuando él bajaba la palma de la mano.

Las yemas de sus dedos rozaron entre mis muslos. Respiré con fuerza por lo inapropiadamente perversa que era toda esta situación.

Esto había empezado como una extraña situación de castigo, pero ahora se estaba convirtiendo en algo erótico e incorrecto y se estaba descontrolando tanto que no había forma de detenerlo.

—Voy a escuchar. — Las palabras desgarradas salieron de mí al mismo tiempo que Hades gemía y se aquietaba. Miré por encima del hombro, sin poder recuperar el aliento. Me miraba el culo, ese pliegue entre las cejas, los labios apretados, la mandíbula apretada.

—No pares. — gemí.

Me miró, saliendo de su confusión, y su frente se arrugó aún más.

No habló, no comentó lo que acababa de decir. En cambio, sentí que sus dedos se movían más entre mis muslos, acariciándome a través de las bragas.

Apretó el material contra mí, y gemí, abriendo un poco más los muslos, sabiendo que podía sentir lo mojada que estaba. Sabía que el material estaba completamente empapado.

Nunca había estado tan mojada en mi vida.

Y entonces me levantó de su regazo y me arrojó a la cama. Reboté dos veces antes de darme la vuelta, impulsándome y apoyando la parte superior de mi cuerpo en los codos.

Se pasó una mano por su pelo corto, oscuro, y un sonido profundo y primario salió de él.

Con una última mirada en mi dirección y con el ceño fruncido, como si lo hubiera enojado, se dio la vuelta y se fue, cerrando la puerta de mi habitación y dejándome preguntándome qué diablos acababa de pasar.

Capítulo 7

HADES



Tenía que alejarme de ella. Así que había hecho precisamente eso.

Todo lo que podía pensar era en tenerla sobre mi regazo y azotar ese culo perfecto. Lo que no esperaba era que ella lo disfrutara. El castigo había sido porque tenía una puta boca inteligente. Persephone necesitaba saber que yo era el que mandaba. Yo mandaba, hacía las reglas.

Pero entonces ella levantó el culo y gimió. Me encontré con que mi control se rompía.

El coño de mi pequeña Persephone se humedeció porque la había azotado con fuerza. Me pasé una mano por la mandíbula mientras el recuerdo de mi mano en su jugoso culo me golpeaba repetidamente en la mente. Sabía que su culo tenía que estar dolorido después de que terminara con ella. Fue después de saber que ella disfrutaba del dolor cuando me sentí como un animal salvaje a punto de destrozar mi presa.

Lo único en lo que podía pensar era en bajarle esas inocentes bragas blancas, abrirle las piernas y ver lo rosa y

empapada que estaba por culpa de mi mano.

Persephone no es para ti así. Es un medio para un fin. Ella sabrá lo que se siente al estar sola, aislada. Quieres que le haga daño, no en el sentido físico como lo hacía tu infancia, sino de una manera que devore a alguien y lo escupa.

Pero pensar esas cosas se sentía tan... mal.

El sudor me cubría la cara. Mi pecho se levantó con fuerza y rapidez mientras respiraba, mirando fijamente a mi oponente, que era un desastre ensangrentado y se movía sobre sus pies, tratando de mantenerse erguido.

El Circuito era el lugar al que acudía para dar salida a esa energía violenta y agresiva que llevaba dentro. Era otra entidad viva que crecía hasta que no había más remedio que dejarla salir de la forma más brutal posible.

Y encontré esa salida en este ring de lucha clandestino controlado por The Ruin, un sindicato del crimen para todo lo ilegal.

Sacudí la cabeza para despejar todos los pensamientos sobre Persephone. Ella no tenía cabida aquí, en este pozo negro teñido de cobre de degenerados y malvivientes.

Mi oponente cargó hacia delante y golpeó su cuerpo contra mí, pero me tensé. Me preparé. Quería que hiciera contacto.

La fuerza me habría derribado si no me hubiera estabilizado. Y cuando el cabrón retrocedió, me balanceé y le di un golpe en la cabeza.

Le había golpeado en el cráneo más veces de las que podía contar, y estaba bastante impresionado de que el imbécil siguiera en pie.

Las únicas reglas aquí eran las que se encontraban en la calle. Lo que significaba que no había ninguna. Había visto peleas a muerte, tan violentas que la sangre había cubierto la alfombra de la jaula de carmesí y goteaba por los lados.

Volvió a perseguirme y yo me agaché, sus movimientos eran descuidados y lentos. Sentí que crecía mi fastidio por querer a Persephone como lo hacía. Ella debería ser un medio para conseguir un fin, no esta dulce y frágil tentación que llamaba al lado más primario y animal de mí.

Dejé que el imbécil me golpeará en la mandíbula, saboreé la sangre que me llenaba la boca, ese sabor metálico que bajaba por mi garganta. Volví a girar lentamente la cabeza hacia el otro luchador, dejé que mi sonrisa se ampliara, y cuando dio un paso atrás, ese lado salvaje de mí se levantó.

—Solo tienes ese. Ahora me toca a mí. — dije en voz baja y profunda.

Golpeé mi puño en su costado repetidamente. Se tambaleó hacia atrás, y yo cargué hacia delante, chocando con él para que cayéramos a la colchoneta.

Luchó contra mí y sonreí aún más. La lucha era la mitad de la diversión, la mitad de la emoción de la pelea.

Y el público enloqueció, gritó pidiendo más sangre. Yo estaba más que dispuesto a cumplir con eso. Estaba demasiado excitado para no ser un salvaje.

Me levanté y me senté a horcajadas sobre él mientras lo golpeaba repetidamente hasta que se quedó sin fuerzas.

Resoplando, retrocedí varios pasos, mirando al hombre que yacía inconsciente y sangrando por los ojos, la nariz y la boca.

Me limpié la boca con el dorso de la mano, y una mancha de sangre cubrió mi piel tatuada.

Me miré los nudillos. Mis oscuros pensamientos se dirigieron a cómo se vería mi pequeña Persephone con esa sangre virgen embadurnada en el interior de sus muslos después de que le reventara la cereza.

Mi corazón se aceleró; mis ansias depravadas por ella aumentaron. Y sabía que cuanto más tiempo mantuviera a Persephone cerca, menos podría controlarme.

Y no me detendría. Porque Persephone sería mía de la forma que yo considerara oportuna.

Capítulo 8

PERSEPHONE



Me evitó durante tres días. Y al tercero, me exigió que estuviera lista en diez minutos para ir a comprar las cosas que necesitaría.

No hablamos del incidente en mi habitación. Ni siquiera sabía si ese era el término correcto para lo que había pasado. Me había parecido un acontecimiento que me había cambiado la vida.

De hecho, estaba bastante segura de que me evitaba tanto como yo a él. Eso estaba claro por el hecho de que no se había dado a conocer durante tres días enteros.

Así que aquí estaba yo, de pie en el vestuario obscenamente grande y totalmente exagerado. Hades me había llevado a esta boutique, y el personal había cerrado la tienda específicamente para que pudiéramos comprar en privado.

Decir que esto había sido exagerado era un eufemismo, pero mantuve la boca cerrada, dejé que la vendedora, e incluso Hades, cogieran artículos para mí antes de que me llevara a una habitación y colgara todo lo que Hades había seleccionado.

—Ven aquí, Persephone. Déjame ver el conjunto. — pude escuchar la suficiencia en su voz fuera del vestidor.

Abrí la puerta y lo vi sentado en un sillón de felpa que había corrido para que quedara frente al vestidor. Estaba

recostado, con los brazos a ambos lados de la silla, una pierna cruzada y el tobillo apoyado en la rodilla.

Durante un segundo, no tuvo ninguna expresión mientras me miraba de arriba abajo. Mi atuendo no era nada extravagante, solo unos vaqueros ajustados y un jersey de cachemira, pero había sido un atuendo que él había elegido, así que se sentía casi... íntimo.

Levantó la mano e hizo un círculo con el dedo, indicando que me diera la vuelta. Mi vientre se apretó y mi corazón se aceleró mientras lo hacía. Y cuando escuché ese profundo estruendo proveniente de él, mi cuerpo se encendió de la manera más íntimamente obscena.

—Pruébate el vestido ahora, dulzura.

Miré por encima de mi hombro para ver su enfoque en mi culo, y cuando levantó lentamente su mirada hacia mi cara, me dio una sonrisa lenta y satisfecha. Le importaba un bledo que lo hubiera atrapado mirándome.

— ¿Te das cuenta de que mirar a tu sobrina es muy inapropiado?

Su sonrisa se amplió hasta que mostró sus dientes blancos y rectos. —No hay relación de sangre, Princesa. Y a mí me gusta ser inapropiado. — Hizo un gesto con la mano hacia el vestuario. —Ahora vete. Cámbiate para mí.

Oh mi Dios, esto estaba tan mal, pero ¿por qué no lo sentía así?

Cerré la puerta del vestuario y me apoyé en ella, mi cabeza se conectó suavemente con ella y produjo un suave golpe. El corazón me retumbó, y había algo nuevo y confuso como el infierno que me estaba sucediendo.

Cerré los ojos e inhalé profundamente antes de exhalar, tratando de centrarme y de no permitir que mi cuerpo entrara en guerra con mi mente. Podía culpar de todo esto al hecho de que había puesto mi mundo patas arriba, y simplemente estaba en un lugar extraño de mi vida.

Las tragedias que me habían lanzado me lanzaron a una espiral oscura.

¿Tal vez por eso Hades me afectaba de la manera en que lo hacía? Tal vez por eso lo miraba de una manera que una sobrina no debería mirar a su tío. Él no es mi verdadero tío. En realidad no lo es.

Cuando abrí los ojos, me centré en la bolsa de ropa negra que colgaba del gancho de plata a mi derecha. El personal que lo había dejado dijo que Hades había elegido el vestido él mismo.

No sabía cuándo había ido de compras, pero tenía que suponer que había sido durante los tres días que había estado como un fantasma.

Me tembló la mano cuando me acerqué a la cremallera y la bajé, sin saber qué encontraría exactamente. Y cuando separé el material para revelar el vestido que había adentro, se me cortó la respiración.

Era hermoso.

Con delicados tirantes y un pronunciado escote, el vestido era de un rojo sangre que parecía seda líquida.

Un ancho cinturón de lo que parecían ser rubíes -que me negaba a creer que fueran las verdaderas gemas, aunque probablemente lo fueran porque era Hades quien lo había comprado- envolvía la cintura.

Dejé que mis dedos patinaran sobre las pequeñas piedras. Se parecían a las semillas de granada que había comido en la cena con Hades.

El vestido era mucho más corto que cualquier cosa que hubiera usado, con el dobladillo cayendo a la mitad del muslo y dejando al descubierto más pierna.

—Estoy esperando.

El profundo arrastre de su voz, procedente del otro lado de la puerta, me sacó de mis pensamientos. Volví a respirar estremecedoramente.

Una vez vestida, me miré en el espejo, preguntándome quién era la persona que me devolvía la mirada. Parecía una... mujer.

Mi cuerpo era curvilíneo, mis pechos llenaban el busto, el escote se derramaba por encima. Me había recogido el pelo en un moño desordenado y unos pequeños mechones enmarcaban mi cara.

Me sentía hermosa, y la idea de si Hades también pensaría lo mismo pasó por mi mente antes de que me llevaran.

Oí la profunda voz de Hades mientras le decía algo a la dependiente y me di un momento más para recuperar la compostura antes de enfrentarme a él.

Cuando abrí la puerta, vi cómo se sentaba en el sillón de cuero. La persona con la que había estado hablando no aparecía por ningún lado, ya que los probadores estaban un poco apartados y no se podía ver la parte principal de la boutique.

Se movió ligeramente y se relajó completamente hacia atrás, con las piernas abiertas y los antebrazos apoyados a ambos lados de la silla.

Me miró lentamente desde la parte superior de mi cabeza, deteniéndose en mis pechos, pasando por mi abdomen y bajando por mis piernas. Dejó que su mirada se detuviera en los tacones que llevaba, unos que había elegido para el vestido.

Cuando volvió a mirarme a los ojos, respiré lentamente para tranquilizarme. Había un magnetismo que desprendía Hades y que podía absorber todo el aire de la habitación en un instante.

No sabía qué era lo que tenía, pero incluso una mirada suya hacía que mis entrañas se sintieran de cierta manera.

Empezó a tamborilear con los dedos en el otro reposabrazos mientras me observaba. Y cuanto más tiempo permanecía en silencio, más nerviosa e incómoda me sentía.

Era una incomodidad que no era terrible. De hecho, te hacía sentir bastante bien.

Y ese tipo de bienestar hacía que los pezones se me pusieran de punta hasta casi dolerme, que mi piel se enrojeciera y que me doliera y me mojara justo entre los muslos.

Mi cara se calentó aún más al darme cuenta de ello, y apreté los muslos. Vi apretar la mandíbula de Hades y dilatar sus fosas nasales. Sabía que había captado la reacción de mi cuerpo.

Sin romper el contacto visual, chasqueó los dedos y, un segundo después, la dependiente se detuvo a unos metros de nosotros. — Nos llevaremos todo. Además, guarda todos tus Louboutins en cajas. — Miró mis tacones y tarareó en el sueño.

Volvió a mirar mi pecho y sentí que mis pezones se clavaban en el delicado material. Levanté un brazo sobre mi pecho por instinto. Él sonrió.

—Envuelve también el vestido. Terminaré matando a alguien si ella usa eso fuera de la tienda.

Sonrió lenta y arrogantemente, y yo me di la vuelta y me retiré a la seguridad del vestidor, cerrando la puerta como si eso lo alejara de mí.

Pero, ¿realmente quieres que se mantenga alejado? Estaba muy confundida. Mi mente y mi cuerpo, mis emociones y mis convicciones me decían que él era el mismísimo diablo, pero aun así me calentaba y mojaba la idea de que me tocara... de que me hiciera suya.

Una vez que me cambié y la dependiente se llevó todas las prendas, Hades se dirigió a la entrada.

Mientras pagaba, salí de la tienda; el sol me daba en los ojos, así que tuve que mover la mano y protegerme la vista. Di un paso a la derecha, pero como no veía muy bien, no me di cuenta de que venía alguien en mi dirección. Choqué con

ellos, el tacón de mi zapato se enganchó en la acera empedrada, lo que me hizo retroceder a trompicones.

Unas manos me agarraron la parte superior de los brazos para estabilizarme, y apoyé las palmas en un pecho masculino muy definido.

—Vaya, ahí.

Levanté la vista para contemplar el rostro de un chico que parecía tener más o menos mi edad. El pelo rubio desgredado le caía sobre la frente y las esquinas de sus ojos azules se arrugaron mientras me sonreía.

Dio un paso atrás y se metió las manos en los bolsillos delanteros de los vaqueros. Mi mirada se dirigió a la chaqueta que llevaba. Vi el escudo del colegio privado al que asistiría. Cuando volví a mirarlo, vi que él también miraba su chaqueta.

—Me obligan a llevar esto cuando hago cualquier tipo de mierda escolar. — Su voz era profunda pero tranquila y tenía un tono juvenil. —Y acabo de terminar de rellenar los formularios para la próxima temporada de fútbol.

Asentí, sin saber qué decir.

Se pasó los dedos por el pelo, haciendo que las mismas hebras estuvieran aún más desgredadas.

Cuando las cosas se volvieron extrañamente silenciosas, dije: —Voy a empezar mi último año ahí.

Volvió a sonreír mientras dejaba caer los brazos a ambos lados. —Genial. Eso es realmente genial. — Su sonrisa me hizo sonrojar.

—Puedo mostrarte los alrededores. Será genial. Soy Trevor, por cierto. — Me tendió la mano y la tomé.

Su agarre era firme, y sentí el roce de su pulgar en el dorso de mi mano antes de retirarla.

—Persephone Cronus. — Sus ojos se abrieron de par en par.

— ¿Como en Cronus Enterprises?— Había asombro en su voz, lo que me irritó.

Asentí, pero no me molesté en confirmarlo verbalmente.

—Así que Hades Cronus es tú...

—Tío.

El sonido de la voz de Hades justo detrás de mí hizo que mi cuerpo reaccionara al instante. Sentí esa tensión en la piel, ese cosquilleo que comenzaba en la punta de los dedos de los pies y se desplazaba hasta la parte superior de la cabeza.

Ahora que me concentraba en Hades, podía sentir su calor corporal y percibir su monumental presencia justo detrás de mí.

—Tío adoptivo. — corregí.

Trevor dio un paso atrás, necesitando inclinar la cabeza hacia atrás para poder mirar a los ojos de Hades.

Hades me puso la palma de la mano en el brazo y sus dedos se enroscaron en mi carne mientras me empujaba hacia atrás. Mis omóplatos chocaron con la amplia extensión de su duro pecho y se me cortó la respiración.

—Eres el chico Wilcox, ¿verdad?— La voz de Hades tenía un extraño chasquido y vi cómo Trevor tragaba saliva. Su inquietud era evidente.

Ese nombre me resultaba muy familiar, y fue entonces cuando me di cuenta de dónde lo había oído. El juez Wilcox.

El hombre que había cedido mi cuidado a Hades a pesar de que yo era un adulto legal. Sabía que había más en esa historia.

Y aquí estaba yo, mirando a su hijo. ¿Cuáles eran las probabilidades?

—Sí, mi padre es el juez Wilcox. — Vi cómo la garganta de Trevor trabajaba mientras tragaba. —Y tú eres Hades Cronus. — No lo dijo como una pregunta.

Miré por encima de mi hombro y a Hades. Estaba concentrado en Trevor y su expresión no revelaba nada.

Lentamente bajó la vista y me miró, y el pequeño rizo de sus labios, esa arrogancia en su rostro, hizo que ciertas partes de mi cuerpo se apretaran.

—Le estaba diciendo a Persephone que estaría encantado de enseñarle la escuela.

— ¿Es eso cierto?— Murmuró Hades sin dejar de mirarme.

—Sí. Por supuesto.

Hades dirigió entonces su atención hacia Trevor. —Sí, ¿qué?

Por un segundo, todo el mundo se quedó en silencio, y pude ver cómo la confusión se movía por el rostro de Trevor hasta que la comprensión que había alcanzado le golpeó la mente.

—Sí... ¿Señor?

Hades emitió un sonido sin compromiso y se quedó mirando a Trevor. Fue una mirada tan larga y tensa que me moví sobre mis pies, sintiéndome aún más incómoda.

—Vamos, dulzura. — murmuró finalmente Hades. —Es hora de ir a *casa*.

No sé por qué, pero me sonrojé al oír a Hades llamarme con ese apodo delante de la gente y afirmar que teníamos que ir a casa.

Rodeó mi cintura con su mano y me hizo girar para que pudiéramos caminar en dirección al coche. El contacto no debería haberse sentido tan íntimo como lo hizo.

—Oh. — dijo Hades en tono de conversación cuando nos detuvimos y miramos de nuevo a Trevor. —La próxima vez mantén tus malditas manos para ti. — Los ojos de Trevor se abrieron de par en par. —Si te veo tocar a Persephone de nuevo, te romperé los dedos.

No esperó a que le respondiera, sino que me hizo avanzar y entrar en el coche que esperaba.

Y me senté preguntándome, una vez más, qué demonios acababa de pasar y por qué me hacía sentir tan bien.

Capítulo 9

PERSEPHONE



A las dos de la madrugada me encontré totalmente despierta. Estuve dando vueltas en la cama durante media hora antes de darme cuenta de que no podría volver a dormirme.

Me levanté de la cama y me puse una sudadera de gran tamaño sobre mis pantalones cortos y mi camiseta, y me puse un par de calcetines gruesos antes de salir de la habitación.

Todo estaba oscuro y silencioso, con el sonido de un reloj en la distancia rompiendo la quietud. Me gustaba esto. Sin nadie alrededor. Sin tener que cruzarme con ningún miembro del personal, que siempre desviaba la mirada cuando me veía. Ya estaba bastante incómoda aquí sin ese estrés añadido.

Primero me dirigí a un pasillo, la casa era tan grande que un frío profundo se instaló en los viejos huesos de la estructura.

Me rodeé la cintura con las manos y me puse a husmear en las puertas abiertas. Pero todo estaba demasiado oscuro para que pudiera ver mucho más que un par de metros dentro de las habitaciones.

Pasé por una habitación que parecía una sala de estar con un par de sofás, unas cuantas estanterías y un enorme jarrón con flores frescas sobre una mesa en el centro de la habitación.

Y luego pasé por la verdadera biblioteca.

Con estantes empotrados, tres de las paredes estaban llenas de libros. Había un sofá de cuero de color intenso en el centro de la habitación y una pequeña mesa con una lámpara de lectura al lado. Junto a ella había un libro abierto y hojeado.

¿Tal vez Hades se sentaba aquí y maquinaba cómo destruir la vida de la gente y atormentarla por deporte?

Sacudí la cabeza porque estaba demonizando a un hombre que realmente no conocía. Solo podía partir del odio que le profesaba mi padre y de los rumores que había escuchado. Seguro que había sido horrible para que a todo el mundo le cayera mal. ¿Verdad?

Disfruté de la soledad y la calma de la casa a esta hora de la noche. Me sentía como si fuera la única persona aquí.

Pero cuando bajé las escaleras y empecé a explorar la planta baja, recorriendo pasillos en los que nunca había estado, doblando esquinas que ni siquiera sabía que estaban ahí, oí un profundo *thump thump thump* cuanto más me aventuraba.

Me detuve frente a una puerta al final del pasillo y escuché una música apagada y pesada.

Probablemente no debería haber estirado la mano para girar el pomo y abrir la puerta, pero me paré en lo alto de una escalera que descendía al sótano.

Antes de bajar las escaleras, vi otra puerta cerrada. A estas alturas, la música era cada vez más fuerte mientras bajaba los escalones y me situaba en el rellano inferior. La curiosidad fue un acelerante cuando abrí la segunda puerta.

Involuntariamente di un paso atrás al ver lo que tenía delante. La música sonaba en el gran gimnasio, y el olor a sudor y a algo más profundo, oscuro y picante, llenaba mi nariz.

Tal vez debería haber sido desagradable.

Pero no era la vista del gimnasio ni el aroma del sudor masculino lo que me tenía paralizada. Fue el hecho de que Hades estuviera de pie en el centro de la inmensa sala con solo

un par de pantalones cortos de boxeo mientras golpeaba el infierno de un maniquí en el centro de la sala.

No solo eso, sino que sus brazos, pecho y espalda estaban completamente cubiertos de tinta oscura. Podía ver la forma en que sus músculos se flexionaban debajo de todos esos tatuajes, y cuando se movió sobre sus pies, rebotando en las bolas, con la espalda mirando hacia mí, me encontré con una cara de calavera de aspecto vicioso.

Le cubría desde los omóplatos hasta la cintura y desaparecía bajo los pantalones cortos. Compuesto de pergaminos y flores, cuchillos e incluso armas entrelazadas, toda ello era un hermoso tapiz que cubría su piel.

La música salía de los altavoces que colgaban en las esquinas del techo. Era furiosa y ruidosa. Y a pesar del tamaño colosal y el cuerpo intimidante de Hades, sus movimientos eran fluidos mientras se balanceaba, se agachaba y lanzaba sus brazos con fuerza y rapidez contra el maniquí.

Lo hacía repetidamente como si estuviera bailando una elegante y violenta coreografía.

Sentí que mis cejas se fruncían cuanto más lo observaba. Cuando la luz le daba de vez en cuando mientras se movía, podía ver extraños patrones grabados en su piel.

Las marcas eran elevadas, largas y se entrecruzaban entre sí. Tardé un momento en darme cuenta de lo que estaba viendo. Alguien lo había golpeado. Lo había azotado. No había otra explicación para ese tipo de patrón en su carne.

Podía ver gotas de sudor deslizándose por la ancha y musculosa extensión de su espalda.

Pero al verlo así... Tenía un aspecto brutal. Como un salvaje. Realmente era tan peligroso como parecía.

No sé cuánto tiempo estuve ahí, observándolo, pero en el momento en que se movió sobre sus pies y se dio la vuelta, nuestros ojos se fijaron. Fue como si mi cuerpo supiera que debía alejarme del depredador.

Retrocedí un paso, mi corazón se aceleró al instante, un torrente de adrenalina llenó mi sistema.

Un segundo después, la música se detuvo por sí sola y tragué, con un grueso nudo en la garganta. Tenía miedo, pero ese torrente de adrenalina del miedo no era aborrecible como debería haber sido. Era casi... excitante.

—Es tarde. — dijo Hades con una voz profunda y áspera. Ni siquiera parecía estar sin aliento, aunque el sudor cubría su cuerpo y su pecho subía y bajaba por el esfuerzo. — ¿Qué mierda haces fuera de la cama y aquí abajo?— Dio un paso hacia delante y yo di uno hacia atrás, pero la pared detuvo mi retirada. Miré a la izquierda para ver las escaleras. Podía subirlas corriendo y rápidamente ir a mi habitación y cerrar y bloquear la puerta.

Lanzó una risa profunda que me hizo devolverle la mirada lentamente.

—Vamos. — se burló mientras se acercaba. —Sube corriendo las escaleras. Deja que te persiga.

Sentí que mis ojos se abrían de par en par. No sabía qué estaba pasando entre nosotros. El cambio en la relación era completamente inapropiado, pero no quería que se detuviera.

—Crees que eres rápida. Pero te prometo que soy más rápido.

El peligro que emanaba de él, la violencia desenfrenada de la que sabía que era capaz, no debería haberme hecho casi gemir.

Me odiaba a mí misma por desearlo, por querer saber qué se sentiría al tener esas manos grandes, ásperas y tatuadas sujetándome, haciéndome moretones. Me sentía asqueada de mí misma.

Tenía que haber algo malo en mí. Sin embargo, me quedé ahí, sin intentar detenerlo. Estaba hiperconsciente y totalmente despierta mientras permanecía congelada en el lugar. Y aun así se acercó.

—No te tengo miedo. — Dije esas palabras y apoyé las palmas de las manos en la pared detrás de mí, mirando a Hades mientras se detenía frente a mí.

— ¿No?— Inclino ligeramente la cabeza y busco en mi rostro, su atención se deslizó hacia mi boca de vez en cuando. —Probablemente deberías tenerlo, princesa.

Me estremecí en respuesta a su tono, a esta visión tan intimidante de él. Y al inhalar, pude percibir el olor a sudor masculino limpio. Nunca en mi vida pensé lo que ese aroma podría despertar, pero descubrí que mi cuerpo seguía encendiéndose por su proximidad.

—Pero voy a ser sincero. — Hizo rodar sus caderas, y entonces jadeé, incapaz de contener el sonido mientras empujaba su polla contra mí. —Me gusta el hecho de que no te afecte como a los demás.

Se inclinó hacia mí y giró la cabeza, cerrando los ojos y diciéndome que era para alejarme de él.

Pero eso era mentira. Y cuando lo oí inhalar y sentí el roce de la punta de su nariz contra el costado de mi garganta, se me escapó un suave sonido porque se sentía muy bien.

—Me pone más duro de lo que nunca he estado en mi vida cuando te comportas como una cosita luchadora. — Cuando no dije nada en respuesta, se apartó y sonrió lentamente. —Nadie tiene las pelotas de meterse conmigo. — estaba completamente sonriendo ahora. —No tener miedo me hace querer follarte, nena.

—*Oh, mi Dios.* — Las palabras salieron de mí antes de que pudiera detenerlas.

Hades levantó su brazo para colocar su mano en la pared junto a mi cabeza, su grueso y tatuado brazo encerrándome. Esto me recordaba a lo ocurrido hace tres días, cuando me había puesto sobre sus rodillas y me había azotado el culo con tanta fuerza que estaba segura de que podría haber llegado al orgasmo solo con eso.

Y como si leyera mis pensamientos, cualquier humor desapareció de su expresión, clavó su dura y prominente erección en mi cadera.

Me mordí el labio, conteniendo un jadeo que me habría dejado.

— ¿Cuál es tu objetivo?— Mi voz era jadeante, como un susurro. Su ceja se movió como si quisiera enroscarla, como si le sorprendiera que yo hiciera la pregunta.

— ¿Mi objetivo?

Me lamí los labios y él se concentró en el acto. —Sí. — Mi voz seguía siendo tan suave que me pregunté si podía oírme. —No soy una tonta. Sé que no me estás ayudando por la bondad de tu corazón. Sé que ningún juez cedería el cuidado de una joven de dieciocho años a otra persona. Legalmente, soy un adulto.

No habló, pero la comisura de su boca se curvó. — ¿Lo eres ahora, dulzura?

—Tú y mi padre no se llevaban bien. Se odiaban. Nunca estuviste cerca de mí y no te preocupaste por mí como lo haría un tío por una sobrina...

—No. — dijo con voz extraña. Se apoyó en mí. —No te veo como mi sobrina, Bunny.

—Deja de hacer eso. — había cero convicción en mi voz.

La sensación de que me clavara esa enorme erección en la cadera me hizo usar todo el autocontrol que poseía para no gemir.

Estaba tan excitada que resultaba embarazoso.

—Definitivamente no pienso en ti como mi sobrina.

El corazón me dio un salto en el pecho.

—Mi objetivo, dulzura. — Se apartó y se alejó varios pasos de mí.

No pude evitar mirar su ingle. Oh, Dios... sus pantalones cortos de gimnasia estaban abultados de forma obscena.

La longitud de su polla era tan larga, la circunferencia tan sustancial, que no había forma de que fuera real.

—Si realmente supieras el bastardo que fue tu padre, Persephone, lo bajarías de ese pedestal en el que lo adoras.

Dirigí mi atención a Hades y fruncí el ceño.

—No puedes hablar de mi padre. — le espeté, molesta.
—No tuviste una relación con él.

—Tuve suficientes recuerdos con tu padre como para durar toda la vida en el infierno.

No sabía a qué se refería, pero mi enojo era ya tan nuclear que no importaba. —Y no adoro a mi padre. Pero era un buen hombre y me quería.

La sonrisa de Hades se desvaneció y no respondió, ni siquiera parpadeó mientras me miraba fijamente.

Desvió la mirada y pude ver cómo apretaba la mandíbula. Estaba claro que pensaba en algo intenso y lo hacía con fuerza. Y con cada segundo que pasaba, su expresión se volvía aún más volátil.

Cuando volvió a mirarme, un pequeño sonido escapó de mis labios porque su expresión era tan aterradora. —Vete, Persephone. Vete antes de que haga algo que te haga llorar.

No podía moverme, no por el miedo, sino por esta confusión electrizante, esta extraña emoción que susurraba para ver hasta dónde podía empujarlo.

Instintivamente, supe que debía irme, pero me imaginé siendo la gacela aterrorizada, y él el león hambriento.

Hades estaba en el filo de la navaja ahora mismo. Estaba a punto de estallar. No sabía por qué ni cómo lo sabía, pero podía ver ese destello desviado en sus ojos. Pero me quedé

clavada en el sitio hasta que un pequeño gruñido lo abandonó y se acercó.

—Vete.

Su voz era aterradoramente baja, una vibración de advertencia que sentí en todas partes.

—He dicho que jodidamente te vayas. — rugió, y fui lo suficientemente inteligente como para marcharme en ese momento, para obligarme a dar la vuelta y correr escaleras arriba, por el pasillo, hasta llegar a mi habitación, donde me encerré.

Lo único que no entendía era por qué estaba tan... mojada.

Capítulo 10

HADES



Debería haber sido más fácil romper a Persephone, arruinarla como Zachariah estuvo a punto de hacer conmigo tantas veces.

Quería herirla, hacerle pagar aunque estuviera muerto y pudriéndose en el suelo.

Pero me resultaba difícil... no quererla tanto como lo hacía.

Después de que ella volviera a su habitación, me pasé otra hora dándole una paliza al muñeco, y luego la busqué.

Y ahí estaba ahora, con el hombro apoyado en el marco de su puerta, concentrado en su forma dormida.

Persephone era una cosa diminuta en el centro de la enorme cama. Su pelo oscuro se extendía sobre la funda de almohada blanca debajo de ella, y su olor... me volvía jodidamente loco.

Dulce. Tentador. Potente.

Era todo lo que podía poner a un hombre de rodillas. Un hombre más débil, eso era.

Entré en su habitación y me detuve junto a su cama. La pequeña subida y bajada de su pecho era casi hipnotizante, y una sensación de casi calma se apoderó de mí.

No había sentido nada parecido antes. No lo llamaría paz porque un hombre como yo nunca conocería esas cosas, pero definitivamente era algo que no debía anhelar.

Extendí la mano antes de que pudiera detenerme y le aparté un mechón de pelo de la mejilla. Se agitó ligeramente, pero por lo demás dormía.

El resplandor de la luz de la luna entraba por una pequeña parte de las cortinas y su piel casi brillaba, parecía luminiscente.

Era demasiado hermosa para alguien tan feo como yo. Era impecable, mientras que yo tenía la piel llena de cicatrices y tatuajes. Ella era pura, y yo era el puto diablo en persona.

La pequeña Persephone, tan frágil y quebradiza. Podría destruirla tan fácilmente. Nunca tendría una oportunidad.

Me permití tocar su piel mantecosa y suave, cuando un suave suspiro brotó de esos labios rosados y afelpados, un sonido indistinto subió a mi garganta.

Era un cabrón por las cosas obscenas que pasaban por mi mente. Por mi mente pasaron imágenes de tirar del edredón, arrancarle el camisón y darme un festín con ella.

Podía imaginarme abriendo sus muslos y chupando ese coño virgen, lamiéndolo mientras ella intentaba apartarme, pero seguía estrechando ese coño perfecto contra mi boca.

Dios, la arruinaría, la haría sangrar, tendría sus arañazos en mi espalda mientras se aferraba a mí y gritaba. Me rogaba que parara, pero yo no lo hacía porque sabía que realmente no quería que lo hiciera. Me suplicaba que fuera más fuerte, que fuera más duro.

Y lo haría. Dios mío, sería tan salvaje con ella que ninguna otra experiencia en su vida sería comparable.

Tal vez era el lado egoísta de mí, o tal vez era algo más, un zarcillo de oscura obsesión.

Porque la idea de que alguien más la probara, la tocara, incluso que mirara en su puta dirección, hizo que esta inusual

rabia hirviera en mis entrañas.

Aparté la mano de ella y retrocedí varios pasos, no me gustaba cómo me hacía sentir, no me gustaba que su sola visión y pensamiento me estuvieran jodiendo la cabeza.

Debería ser al revés. Debería ser yo quien se metiera con ella.

Sentí que aumentaban mi ira y mi irritación por el hecho de que esa mujer tan pequeña, demasiado joven para mí, pudiera tener ese efecto en un hombre como yo.

Giré a la izquierda, bajando por los oscuros pasillos hacia el ala este, una parte de la casa que bloqueé a propósito.

Solo se permitía la presencia de dos miembros del personal en este lado de la casa, que se turnaban en sus funciones para mantener todo limpio... para cuidar a la única persona que quería que viviera jodidamente para siempre. Solo para poder verlo sufrir.

Y solo para poder atormentarlo como él lo había hecho conmigo.

Cuando me detuve frente a la puerta, apoyé la palma de la mano en ella, la madera fría, el silencio proveniente del otro lado.

Se me aceleró la sangre cuando agarré el pomo y lo giré, empujando la puerta y entrando.

Supe al instante dónde estaba. El maldito no podía moverse por sí mismo.

Estaba tumbado en el centro de la cama, con el sonido de su respiración agitada resonando en las paredes.

Me adentré en la habitación hasta que pude oler el antiséptico que le rodeaba, un olor que se adhería a todo.

Aunque mi odio hacia él era profundo, me aseguré de que tuviera los mejores cuidados que el dinero pudiera comprar, con equipos médicos de última generación que mantuvieran viva su decrepita forma. Y es que, si hubiera

podido, me habría asegurado de que el bastardo viviera hasta que diera su último aliento. Me aseguraría de que sufriera el mayor tiempo posible.

Me giré para alcanzar la silla que había junto a la cama, arrastrándola por el suelo para que las patas rozaran la madera. Fue un golpe fuerte, una sacudida, y él abrió los ojos y giró la cabeza para mirarme.

—Mi padre solo por legalidad. Michael Cronus.

Hizo un sonido profundo en el pecho, el silbido se hizo más fuerte al ahogar el sonido del oxígeno que salía del tubo.

Me senté, me incliné hacia atrás y apoyé los brazos a ambos lados de mí, mirando fijamente a Michael y dejándole ver lo mucho que dependía de mí para, literalmente, su próxima respiración.

Hizo otro sonido áspero, incapaz de seguir hablando, pero no importaba. No quería escuchar lo que tenía que decir.

—Seguro que tienes muchas cosas de las que te gustaría hablar conmigo. — Mantuve mi tono de conversación mientras él se movía en la cama. No tenía dudas de que por su cabeza pasaban cosas viles sobre mí. Pero ya no podía expresarlas. La apoplejía se había encargado de ello.

Pero estaba demasiado débil, demasiado frágil, para hacer mucho más que girar la cabeza y ajustar los brazos.

—Apuesto a que desearías poder agarrar tu cinturón ahora mismo, ¿no?— apreté las muelas, con dolores fantasmas que me atravesaban el cuerpo.

Michael había sido un hombre tan corrupto toda su vida que esto era el resultado de todo ese veneno del que se rodeaba.

—Lo carcomía por dentro.

— ¿Sabes quién ha venido a vivir conmigo?— miré mi mano y pasé los dedos por el borde del reposabrazos.

Había marcas de clavos en la madera, unas que tenían recuerdos tan significativos atados a ellas.

Bajó el cinturón sobre mis hombros y clavé las uñas en la silla, conteniendo el llanto. Las astillas me atravesaron los dedos, mi sangre fue un pulimento para la madera. La hebilla se clavó en el centro de mi espalda, el borde afilado raspó mi piel, desgarrándola. Michael afiló el borde específicamente por esa razón. —Las marcas dan carácter. — decía repetidamente, un mantra, un lema que estaba seguro de que se habría tatuado si no fuera tan vanidoso.

Hacía tiempo que había aprendido a mantener la boca cerrada. Aquel ruego, aquella súplica de piedad, de que el dolor y el abuso cesaran, solo me proporcionaba más.

—Dulce, pequeña Persephone. — me pasé el pulgar por el labio inferior, y pensar en ella me hizo subir el pulso. Le había contado la muerte de Zachariah, obteniendo un inmenso placer al darle la “mala noticia”. Había visto una sola lágrima resbalar por la mejilla de Michael después de decírselo.

—Sé que no te importa Persephone. Solo querías a Zachariah. Él era tu calco, ¿no es así? Un soldado al que podías dar forma y moldear. — gruñó incoherentemente. — Pero me voy a divertir domándola. Será mi regalo para Zachariah. Solo desearía que estuviera aquí para verlo. — Michael emitió un gruñido más fuerte y sonreí lentamente, pero algo se retorció en mi interior al pensar en hacer daño a Persephone.

Me incliné hacia delante y apoyé los antebrazos en los muslos, mirando fijamente sus ojos azules nublados. — ¿Te dolerá saber que estoy haciendo daño a algo de Zachariah? — El brazo de Michael se crispó y lo deslizó por la cama, más cerca de mí. Extendí la mano, con la palma hacia arriba. — Adelante. Tómala, viejo. Sé que quieres tener una pelea conmigo como en los buenos tiempos. — jadeó y dejó caer el brazo a varios centímetros de donde yo tenía la palma extendida, y me reí y me recosté en la silla.

—Ve a descansar, Michael. Me sentaré aquí y disfrutaré viendo cómo te esfuerzas por respirar.

Y así lo hice, pero no podía concentrarme, no cuando seguía pensando en Persephone luciendo toda suave y... mía en esa enorme cama.

Así que tracé esas marcas en forma de media luna en la madera, sintiendo que una semblanza de calma se instalaba en mí.

—Recuerdo la primera vez que clavé las uñas en el brazo de esta silla. — dije en voz baja, mirando fijamente a los ojos de mi padre mientras hablaba. —Me amordazaste con un trapo sucio, llamaste a Zachariah a la habitación y lo viste golpearme con esa vara de sauce que tanto te gusta.

Miré la madera marcada.

—Te gustó especialmente esa noche. — Miré lentamente a mi padre. —No podías apartar los ojos de Zachariah mientras me golpeaba hasta la mierda. De hecho... — Me incliné de nuevo hacia delante. —Estoy bastante seguro de que te excitó. ¿No es así, viejo?— sacudí la cabeza. —Bastardo enfermo.

Michael emitió más ruidos ásperos. Estaba lo suficientemente familiarizado con ellos como para saber que si pudiera hablar, me diría las cosas más desagradables ahora mismo.

Inútil.

Pedazo de mierda.

Un desperdicio de espacio.

Solo bueno como hijo de respaldo.

Si no necesitara más hijos, te habría dejado para que te pudrieras en esa alcantarilla de la que saliste.

Durante mucho tiempo, nunca había entendido por qué me quería si me odiaba tanto. Pero había sido el comentario del “hijo de respaldo” lo que finalmente encajó.

Michael era un planificador. Tenía que tener las cosas justo en su sitio, y la cantidad de planes que hacía rozaba lo obsesivo y lo perturbador.

Dios no quiera que le pase nada a su precioso Zachariah, pero por si acaso... me tendría a mí. Un buen soldado entrenado para llevar a cabo el trabajo de su vida.

—Fue una pena que solo pudieras engendrar un hijo, ¿no es así?— Dije las palabras principalmente para mí. —Esa es la única razón por la que me arrastraste a tu infierno hecho por el hombre.

Más gruñidos del bastardo. Eso era lo único de lo que era capaz ahora. Así que me recosté en mi silla, sin esperar una respuesta. Nunca lo hice. No estaba aquí para eso.

Estaba aquí para verlo sufrir. Y lo vi.

No quería una disculpa, ni siquiera me importaba que reconociera lo que me hizo de niño. Ese tiempo había pasado. Michael me moldeó en el hombre que era hoy.

Sin corazón y frío. Apático e indiferente. Y pensé en la dulce y pequeña Persephone metida en medio de todo esto y pagando por los pecados de su padre.

Me pasé una mano por la boca, el cansancio se apoderó de mí. Estaba cansado, agotado mental y físicamente, pero ella se había grabado en mi médula.

Me senté ahí hasta bien entrada la mañana, viendo a Michael luchar por respirar y disfrutando de cada puto minuto.

Capítulo 11

PERSEPHONE



Varias semanas después...

Estaba mirando por la ventanilla del lado del pasajero cuando Hades se detuvo frente a la escuela en la que terminaría mi último año. El resto del verano había pasado como un borrón, y esperaba que el resto del año también.

Aunque mi anterior escuela había sido privada y la mayoría de los alumnos procedían de familias adineradas, el Emerson Mann Private estaba en una liga propia.

Había investigado un poco antes de mi primer día y descubrí que el alumnado principal estaba formado por hijos de políticos, abogados y médicos, dignatarios extranjeros e incluso algunas celebridades.

Podía oler el dinero que se desprendía de ellos mientras sus chóferes mantenían abiertas las puertas de sus coches de lujo.

— ¿Y bien, dulzura?

Me giré y miré a Hades.

Estaba recostado en el asiento de cuero color crema, con un brazo apoyado en el volante y sus gafas de sol oscuras sobre los ojos. Llevaba un traje de tres piezas característico, y su cabello negro y corto estaba peinado de una manera que parecía como si se hubiera pasado los dedos por él.

Una vez más, odié lo atractivo que era y sentí que un rubor recorría mi cuerpo al recordar su aspecto en esos pantalones de gimnasia: toda la carne masculina, dura y sudorosa, cubierta de tatuajes.

Luego mi cara se calentó aún más al recordar cómo me había tenido sobre su regazo. Apreté los muslos mientras la humedad se instalaba entre mis piernas.

Y cuando su sonrisa creció lentamente, tuve la sensación de que sabía exactamente a dónde habían ido mis pensamientos.

Extendió la mano antes de que supiera lo que estaba haciendo y me apartó un mechón de pelo. No me extrañó que su dedo se quedara en mi mejilla un segundo antes de que se retirara, cerrando los dedos en un apretado puño.

Estaba tan aturdida por ese suave toque que no podía moverme.

—Espero que tengas un maldito día fantástico, querida.
— Ante mi silencio y mi mirada de ojos abiertos, una expresión de satisfacción cubrió su rostro. —Haz que papi esté orgulloso.

Mi cara estaba en llamas. —Deja de llamarte así.

—Mmmm. — tarareó y se inclinó más cerca. El aroma de su colonia era tan bueno. Demasiado bueno. — ¿Te incomoda?

Vi movimiento por el rabillo del ojo y miré a un lado para ver cómo pasaba el pulgar de un lado a otro del cuero del volante. Muy lentamente. Sugestivamente. Cuando volví a centrarme en él, fue para ver cómo sonreía.

—No. — resoplé indignada y levanté la cabeza. —Es que es raro. Eres prácticamente un anciano. — Eso era mentira, por supuesto. Hades no era viejo. ¿Pero comparado conmigo? Diablos, era dos décadas mayor que yo. Y eso debería haber hecho que cualquier tipo de atracción que sentía hacia él se marchitara y muriera lentamente.

— ¿Un anciano, Bunny?— Volvió a reírse y se pasó la palma de la mano por la mandíbula. Supuse que no se había afeitado esta mañana, ya que tenía una oscura sombra de pelusa que le cubría las mejillas y la barbilla. —Tú y yo sabemos que eso no es en absoluto cierto.

—Y deja de llamarme esas cosas. — Vi que una ceja oscura se alzaba por encima de sus gafas de sol.

— ¿Y qué cosas son esas, Bunny?

—Dulzura. Princesa... Maldita Bunny. — resoplé y negué. —Esa última es la peor, por cierto. Ni siquiera sé lo que se supone que significa.

Se quedó en silencio durante un largo momento antes de responder. —Tienes un aspecto tan suave, tan pequeño y vulnerable. Me siento como el lobo feroz queriendo devorarte. — Su sonrisa me recordó a la de un tiburón. —Solo quiero acariciarte, Persephone. Ver si eres suave y dulce por fuera, como sé que serás por dentro.

La forma en que lo dijo fue muy sugerente. Sentí mi pulso latir entre mis muslos.

Mi cuerpo era tan malditamente traicionero.

—Eres un bastardo enfermo. — siseé y salí del coche, cerrando la puerta tan fuerte como pude, pero no antes de oírlo reír.

No miré para ver cuánto tiempo estuvo sentado ahí. Me limité a entrar por las puertas delanteras, sin estar segura de dónde demonios debía ir, pero sabiendo que necesitaba alejarme de Hades. Pero aún podía olerlo, esa rica colonia que llevaba y que me hacía cosas raras.

Encontré la oficina principal con bastante facilidad y, después de obtener mi horario, la administradora me hizo tomar asiento y me dijo que encontraría a alguien que me ayudara a llegar a mis clases.

Me senté ahí durante unos instantes antes de sentir que el aire se llenaba de una espesura. Era una tensión en la piel, esa

sensación de hormigueo en la nuca. Levanté la vista y miré hacia el pasillo justo para ver a Hades avanzando a grandes zancadas.

Llevaba una mano en uno de los bolsillos del traje y el otro brazo se balanceaba ligeramente mientras caminaba. Los estudiantes se dispersaron a su alrededor como si fueran agua y él aceite.

Se alzaba por encima de todos, y el aire que le rodeaba lo hacía parecer el mismísimo diablo. Las chicas se detenían asombradas, y los chicos sabían que debían hacer un amplio espacio para que Hades pasara.

Pero él no les hizo caso, con ese ceño perpetuo en su rostro mientras se acercaba. Justo antes de entrar en el despacho, su mirada se fijó en la mía. Esa sonrisa ultra sexy curvó sus labios carnosos y me guiñó un ojo mientras entraba en el despacho.

—Me olvidé de darte esto. — dijo con voz grave y metió la mano en la chaqueta del traje para sacar un teléfono móvil.

— ¿Puedo ayudarle? — dijo la administradora de la oficina y se bajó las gafas por el puente de la nariz para mirar fijamente a Hades. Me gustaba. Le ponía mala cara cuando estaba claro que los demás no lo hacían.

—No. — Esa única palabra sonó aburrida al salir de él. Ni siquiera se molestó en mirar en su dirección al dirigirse a ella. —Para ti. — me tendió el móvil.

—Tengo uno. — susurré y me relamí los labios, aún sentada, lo que hizo que estirara el cuello hacia atrás para mirarlo.

—El servicio se está cortando.

Mis cejas se alzaron hasta la maldita línea del cabello. — ¿Perdón?— Metí la mano en el bolso y saqué el móvil. Y efectivamente, el imbécil había cortado el servicio. Apreté la mandíbula y entrecerré los ojos. —Tu, bastardo.

Canturreó, claramente disfrutando de que lo insultara.

—Necesito todo a mi nombre, y la solución más fácil es conseguírte un nuevo número. Puedes transferir los contactos de tus amigos al nuevo teléfono. Pero esto es más conveniente para mí.

Por supuesto que lo era.

Me tendió un flamante teléfono inteligente y entrecerré los ojos, lo que hizo que Hades sonriera más.

—Eso es, princesa. Muéstrame lo enojada que te pongo. — Se inclinó hacia mí y me dijo con una voz lo suficientemente alta como para que yo la oyera: —Sabes lo mucho que me gusta que te defiendas.

Antes de que me diera cuenta, me agarró la muñeca y la levantó hacia él, deslizando el teléfono en mi palma y obligando a mis dedos a enroscarse alrededor de él.

—Ya he programado mi número. — Me tiró debajo de la barbilla y me guiñó un ojo mientras se ponía de pie.

Y luego se fue.

Me quedé sentada echando humo, frustrada y odiando - pero amando- cada segundo que pasaba en su presencia.

Lo estaba viendo retirarse cuando oí que alguien me llamaba por mi nombre. Cuando miré hacia la recepción, la mujer mayor me miraba expectante.

Miré a un lado y pude ver a Trevor de pie, con cara de vergüenza.

Estaba muy claro, por su posición, que intentaba mantenerse fuera de la vista de Hades. Comprendí el sentimiento, especialmente cuando Hades lo había amenazado de la manera en que lo hizo.

Cogí mi bolso y me dirigí hacia él. Nos dirigimos al vestíbulo, y algunos de los chicos le dieron una palmada en la espalda a Trevor, y algunas chicas se esponjaron el pelo y fruncieron los labios para él.

— ¿Cómo estás? — preguntó mientras dábamos una vuelta y seguíamos caminando.

—Bien. ¿Y tú?— Pude percibir la incomodidad que provenía de él. Me detuve, lo que hizo que Trevor hiciera lo mismo y me mirara, con las cejas levantadas.

— ¿Todo bien?

—Escucha. — dije y sonreí. —Hades puede ser un imbécil. Por favor, sabes que no estoy de acuerdo con su forma de actuar y no quiero que eso afecte a nuestra amistad.

Me dedicó esa sonrisa ladeada. — ¿Entonces somos amigos?

Sentí que mi cara se calentaba y me avergoncé. —Solo asumí...

—Eso me gustaría. —sonrió de lleno ahora, y empezamos a caminar de nuevo.

—Entonces, ¿estás lista para tu primer día?

Levanté la vista hacia él, pero solo por un segundo, ya que tenía que prestar atención al frente.

Los pasillos estaban llenos de estudiantes rebotando de casillero en casillero, el ruido aumentaba constantemente cuanto más tiempo se congregaban.

—Es demasiado pronto para decirlo. — bromeé, y él sonrió mientras miraba al frente.

—No está tan mal aquí. Solo hay que saber a qué grupos acercarse y de cuáles alejarse.

Había sido lo mismo en mi antigua escuela. El dinero no facilitaba las cosas. Solo hacía a la gente más imbécil.

Esa incomodidad inicial se desvaneció cuando empezó a señalar las aulas, y me di cuenta de que tenía mi horario en la mano.

—Así que te tocó hacer de niñera, ¿eh?— Volví a bromear, y él se rió profundamente.

—Aunque esto no me librara de la mitad de la clase, créeme, hay cosas mucho peores que podría hacer un lunes por la mañana.

La forma en que me miró y sonrió, sus ojos se suavizaron, me dijo que estaba tratando de coquetear. Aparté la mirada rápidamente, mi cara se calentó mientras me concentraba en el frente.

Trevor me llevó por todo el primer nivel, donde estaban el gimnasio, la biblioteca y la mayoría de las aulas. En el sótano estaba la piscina, y en el segundo piso la cafetería, varias oficinas administrativas y algunas aulas más.

El tercer nivel era básicamente la azotea, que habían convertido en un invernadero. Mesas de picnic, bancos y un hermoso paisaje cubrían la zona.

Había grupos de estudiantes en cada nivel, y Trevor señaló a los que había que evitar porque eran “malas noticias” aunque estaba bastante segura de que quería decir algo más pintoresco.

Me lo tomé con humor, pero cuando pasamos por delante de un grupo de chicas que se reían, no necesité que Trevor me advirtiera que probablemente eran parte de un escuadrón de perras. La forma en que me miraron de arriba abajo las tres me dijo lo suficiente.

—Escucha. — dijo Trevor y se detuvo, volviéndose hacia mí.

Parecía bastante incómodo en ese momento mientras se pasaba la mano por la parte trasera del pelo, mirando a cualquier parte menos a mí.

—El otro día... si te ofendí, no fue mi intención.

La única vez que me encontré con Trevor fue en la boutique, donde me sostuvo cuando me tropecé con él. ¿De eso estaba hablando? Ante la aparente confusión en mi rostro, continuó.

—Si he ofendido a tu tío...

—Es mi tío adoptivo. No hay relación de sangre. — lo corregí de nuevo. Seguramente no había olvidado cuando Hades se lo había dicho. Pero no sabía por qué me había molestado en mencionarlo. —Y todo le molesta, así que no te lo tomes como algo personal. — Sonrió, pero no llegó a sus ojos.

—Él es... — Desvió la mirada, con las mejillas enrojecidas. —Es bastante intimidante.

—Es muchas cosas. — murmuré en voz demasiado baja para que me oyera.

— ¿Qué?—

Lo miré y sonreí, negando. —Nada. Sí, es intenso, sin duda. — Eso era decir poco, pero para ser honesta, no estaba pensando en todos los males que componían a Hades. Estaba pensando en la forma en que me hacía sentir, en cómo podía mirarme con solo una mirada, y yo me sentía como un charco en el suelo.

Lo odiaba, pero también lo deseaba como nunca había deseado algo o alguien en mi vida.

Para cuando llegué a la clase, solo había llegado unos veinte minutos tarde y, por suerte, Trevor y yo teníamos la misma clase. Fue agradable ver una cara conocida.

El resto de la mañana pasó rápidamente, y cuando llegó el momento del almuerzo, tomé un sándwich, algo de fruta y una botella de agua antes de salir al patio. No estaba preparada para enfrentarme a la cafetería en mi primer día.

Acababa de sentarme debajo de un gran árbol cuando oí el timbre de mi teléfono con un mensaje entrante. Ni siquiera tuve que mirar la pantalla para saber que era Hades. Ignoré la llamada.

Cuando mi teléfono empezó a sonar de nuevo, lo ignoré mientras leía un capítulo de mi libro de texto de inglés para los deberes de esta noche. Me apoyé en el árbol y empecé a comer las uvas que me dieron en la cafetería, diciéndome a mí misma que las cosas no estaban tan mal. *Siempre podrían ser peores.*

Pero el sonido de un mensaje entrante me interrumpió. Debería haberlo ignorado. Sabía que era Hades. Pero también sabía que si no respondía, sería persistente y seguiría llamándome hasta volverme loca.

Con un resoplido irritado y poniendo los ojos en blanco, saqué el móvil y miré la pantalla, solo para que mis ojos se abrieran de par en par. Había programado su número ahí, sin duda. Como *papi*.

Papi: *Bunny, cuando te llame, contesta.*

Entré en los contactos, presioné su nombre y lo cambié enseguida.

Estoy en la escuela. Déjame en paz.

Estaba a punto de tirar el teléfono a un lado cuando sonó otro mensaje entrante.

Imbécil: *¿Te he dicho alguna vez lo linda que eres cuando respondes con descaro?*

No debería haberme gustado ese elogio.

Imbécil: *¿Esos cabrones de tu escuela te dejan en paz, o necesitas que vaya papi a romperles las rótulas por mirarte?*

Dios... este hombre. Era insufrible.

¿No tienes trabajo real que hacer o, no sé, robar almas y entregarlas al infierno? ¿O tal vez te excita acosar a las chicas de la escuela secundaria? Y deja de llamarte papi. Es desagradable.

Pero no es mi cuerpo el que susurra.

Imbécil: *Mmmm, llámame papi otra vez.*

Hice un ruido exasperado y metí el teléfono en el bolso. Que se vaya a la mierda. Era tan molesto. ¿Podría tener la tensión alta a mi edad?

Por suerte, me dejó en paz, pero sabía que se estaría riendo a esa manera arrogante suya si estuviera aquí.

Cuando sonó el timbre y se dio por terminada la escuela, recogí mis libros y los metí en mi mochila mientras caminaba por el pasillo. El ruido era ensordecedor con todo el mundo hablando a la vez y con ganas de salir. Sentía una extraña tirantez en mi cuerpo cuanto más me acercaba a esas puertas, sabiendo que Hades me estaría esperando.

Estaba acomodando mi bolso y no presté atención por una fracción de segundo cuando me topé con alguien. Los libros de texto se esparcieron por el suelo y me agaché a recogerlos, murmurando una disculpa.

—No dejamos de cruzarnos. Debe ser el destino.

Levanté la vista justo cuando Trevor se agachó y empezó a ayudarme a recoger los libros. Solté una carcajada incómoda porque la forma en que me miró después de decir esas palabras significaba algo más de lo que me sentía cómoda.

Cuando tuve todas mis cosas ordenadas, ambos nos dirigimos hacia las puertas, que Trevor mantuvo abiertas para mí. Salí al cálido aire de septiembre.

—Gracias por ayudarme. — dije mientras observaba la fachada del instituto, donde se alineaban todos los coches caros.

Estaba a unos seis metros de la acera cuando me detuve, dándome cuenta de que Trevor seguía a mi lado. Lo miré expectante, su expresión me decía que tenía algo en mente.

—Escucha. — dijo y levantó la mano para taparse el sol de los ojos. —Voy a dar una fiesta este fin de semana. Es una especie de regreso al cole. La hago todos los años. Viene toda la escuela. Tú también deberías.

—Seré sincera. — Me ajusté el bolso al hombro y sentí que esa incomodidad me llenaba. No había hablado del fallecimiento de mis padres, y como habían pasado las semanas y me estaba metiendo en esta nueva rutina, no quería arriesgarme a abrir de nuevo ese dolor fresco.

—Oh, mierda. Lo siento. ¿Me he pasado? No era mi intención hacerte sentir incómoda, y parece que lo estás.

Y ahora mi cara estaba en llamas porque él había notado lo incómoda que hice las cosas.

—No, no hiciste nada malo. Es que... perdí a mis padres no hace mucho tiempo. Por eso estoy viviendo con Hades. Es una situación larga y complicada. Y por mucho que la socialización suene genial, no creo que sea muy divertido estar cerca. — También estaba bastante segura de que Hades no estaría de acuerdo con que fuera a alguna fiesta. Era un imbécil estricto en los mejores días.

—Siento mucho lo de tus padres. Perdí a mi abuela el año pasado. Sé que no es lo mismo, pero estaba muy unido a ella.

No, no es lo mismo, Trevor. Pero gracias por intentar empatizar conmigo.

En lugar de decir todo eso, simplemente sonreí.

—Pero las fiestas son muy discretas. Solo pasamos el rato, comemos un montón de mierda que nos hace mal, y a veces hay bebidas. — Me guiñó un ojo. — ¿Podría ser bueno para ti conocer a otras personas de la escuela?— Extendió las manos, casi en señal de rendición, y sonrió. —Por supuesto, sin presión. Pero la oferta sigue en pie si cambias de opinión.

Mi piel se tensó de nuevo, y me di cuenta de que no tenía nada que ver con la incómoda situación de decirle a alguien que mis padres habían muerto y todo lo que tenía que ver con ser observada.

Me froté la nuca pero me negué a mirar a mí alrededor porque sabía quién me observaba.

Estaba segura de que Hades estaba al acecho en algún lugar de las sombras, mirándome con el ceño fruncido por no ser puntual y estar en el coche. Estaba bastante segura de que lo enojé porque tuvo que esperar.

Bueno, déjalo.

—Gracias de nuevo por lo de hoy y por enseñarme el lugar.

Trevor me dedicó una sonrisa ladeada y se encogió de hombros antes de meterse las manos en los bolsillos de los pantalones. —El placer es mío.

Las manzanas de sus mejillas se volvieron rojas, y me sentí un poco extraña por estar en el extremo de hacer sonrojar a alguien. Mi teléfono vibró en mi bolso, pero lo ignoré mientras escuchaba a Trevor hablar más sobre la fiesta.

No me interesaba, pero escuché y sonreí en los momentos adecuados, tratando de apartar de mi mente el hecho de que sabía que Hades estaba mirando. ¿Hacerle esperar era inmaduro? Probablemente. ¿Justificable? Sí, claro.

Mi teléfono sonó con mensajes de texto, que seguí ignorando. Al quinto timbre, exhalé exasperada y dije: — Dame un segundo, Trevor.

—Si sigues acosándome con las llamadas seguidas, voy a tener que bloquear tu número. — dije con voz cantarina.

En el fondo sabía que estaba jugando con fuego.

—Esa boca inteligente y mocososa va a conseguir que te doble sobre mis rodillas y que mi palma enrojezca tu culo, Bunny.

Mi cuerpo se calentó, pero noté que su tono era diferente. Más duro. Más controlado de lo que había escuchado antes.

Enojar a Hades era lo último que debería hacer, pero estaba tan molesta por toda la situación del teléfono, luego los mensajes de texto y lo incómodamente caliente que me sentía al leerlos. Sentí que esto era una venganza.

Él se metió en mi piel, y ahora era mi turno de meterme en la suya.

—Mete el culo en el coche, Bunny.

Enrosqué mi mano con fuerza alrededor del teléfono móvil. Probablemente le habría contestado si no fuera porque su tono era gélido. Peligroso.

—Si no estás en el coche en los próximos veinte segundos, saldré y le daré una paliza a ese pequeño bastardo por mirarte.

Me concentré en Trevor y, efectivamente, me estaba mirando el pecho. Levanté un brazo y me cubrí los pechos, y él me miró antes de apartar la vista rápidamente. Pero no parecía avergonzado de que lo hubiera atrapado.

—Ahora, Persephone.

Me despedí rápidamente de Trevor y localicé enseguida el coche de Hades. Había estacionado bajo un gran árbol, con su elegante y oscuro Mercedes al ralentí en las sombras. Dejé mi bolso en el asiento trasero y subí a la parte delantera, hundiéndome en el suave cuero y negándome a mirarlo.

Podía sentir su mirada sobre mí, y odiaba que estar tan cerca de él me afectara tanto.

—Mírame.

Así lo hice, incapaz de desobedecerle. Su voz era como una fuerza de la naturaleza, la electricidad de una tormenta, la razón por la que los imanes se atraen entre sí.

La mirada de sus ojos hizo que se me pusiera la piel de gallina.

—No quiero que vuelvas a hablar con el imbécil de Wilcox.

Abrí la boca para decirle que no podía dictar con quién hablaba, pero el sonido indistinto que vibró de su pecho hizo que mis labios se cerraran.

—Escúchame, pequeña. Cuando digo que no hables con Trevor Wilcox, me refiero precisamente a eso, Persephone. No quieres ponerme a prueba, no con esto.

—¿Y qué es *esto*?

Rechinó sus molares. —Conmigo manteniéndote cerca. Si no me escuchas, alguien morirá.

Puso el coche en marcha y nos alejamos de la escuela, con un silencio pesado y espeso, y sus palabras rodando por mi mente como un disco rayado.

No tenía ni idea de lo que quería decir, y no quería saberlo.

Capítulo 12

PERSEPHONE



Las siguientes semanas transcurrieron casi en un borrón, concentrándome en familiarizarme con mis clases y centrándome en las tareas escolares y la preparación para la universidad.

Las noches eran las peores. Cuando estaba sola en mi cama, los recuerdos de mis padres riendo y sonriendo pasaban por mi mente. Oía la voz de mi padre diciéndome que todo iría bien aunque no preguntara, aunque no me preocupara.

Pero de alguna manera, esas palabras me tranquilizaban, me hacían saber que sí, que todo estaría bien porque él lo decía.

Lloraba todas las noches, lágrimas suaves por las cosas que ya no tenía, pero a medida que pasaban los días, esas lágrimas se volvieron menos frecuentes hasta que me quedé dormida sin la nariz tapada ni los ojos hinchados.

Y todas las noches soñaba con Hades, unas en las que estaba sentado en un trono, con las llamas azotando a su alrededor como si fuera el rey del inframundo, como si fuera el mismísimo diablo.

Apenas lo veía, salvo alguna vez que compartíamos la cena. Era frío y distante. Indiferente.

No entendía por qué había cambiado tan drásticamente, y debería haberme alegrado de no tener que verlo tan a menudo, pero sentía un extraño dolor en el fondo de mi pecho que no tenía sentido.

Y hasta me ponía ansiosa y emocionada cuando sabía que iba a cenar con él. Pero esta noche no era una de esas noches.

Hades ya no me llevaba ni me recogía del colegio. Me había sorprendido ver a una bestia corpulenta esperando para llevarme esa primera mañana sin Hades. Había gruñido su nombre como un cavernícola, con un acento muy marcado. ¿Ruso tal vez?

Bruno.

Se sentó en el asiento delantero, melancólico, silencioso, y solo dio respuestas duras cuando le pregunté algo directamente.

—No hables con el chico Wilcox. — me recordaba todas las mañanas antes de que bajara del coche. Yo me limitaba a mirar con desprecio y a seguir con mi día. Su duro acento hacía que sus palabras parecieran furiosas cuando me miraba impasible.

Aunque seguía siendo amiga de Trevor en la escuela, había estado tan ocupada y preocupada por todo lo demás que no había tenido tiempo de hacer nada más que saludarlo de pasada.

De todos modos, probablemente era lo mejor. Era mi último año y quería centrarme en sacar buenas notas. No solo eso, ya tenía suficiente drama en mi vida que no necesitaba añadir provocando que el toro furioso que era Hades detonara como una maldita bomba porque no estaba “obedeciendo sus órdenes”.

Hice algunas amigas, y una de ellas incluso me había convencido de ir a una fiesta esta noche. Como Hades apenas

estaba, no sentí la necesidad de pedirle permiso. No es que lo hubiera hecho, aunque estuviera aquí. No podía esperar que me quedara encerrada en esta casa y no socializara.

Pero una parte de mí quería pedírselo porque me daría algo de interacción con el hombre que estaba consumiendo lentamente mis pensamientos durante las últimas semanas.

No podía dejar de imaginármelo haciendo ejercicio en su gimnasio del sótano, con su cuerpo tatuado, sudoroso y abultado de músculos. Me imaginaba esas enormes manos deslizándose sobre mi piel. Sería un contraste tan marcado. Su carne bronceada y llena de tinta contra mi piel pálida y sin marcas.

Incluso deslicé los dedos entre mis muslos y me toqué mientras lo imaginaba antes de darme cuenta rápidamente de que era enfermizo y retorcido y me detuve.

Mi teléfono emitió un pitido con un mensaje entrante. Lo recogí de mi tocador y miré la pantalla. Era de Sophia, una de las chicas con las que tenía clases. Se había hecho amiga mía al poco de empezar la escuela y en las últimas semanas nos habíamos acercado.

Me dijo que sus padres eran inmigrantes italianos y que su padre se dedicaba a la importación y exportación.

Sophia: Llego en cinco minutos.

Tome mi bolso del tocador y bajé las escaleras. Aunque Hades no estaba aquí, siempre había personal alrededor.

Pude ver a Bruno sentado en una silla en la sala de puros. En cuanto me vio, dejó el periódico y se levantó, acercándose a mí con el ceño fruncido.

Puse los ojos en blanco mientras me miraba de arriba abajo. Pude ver el juicio en su cara, aunque estaba completamente vestida. Unos vaqueros ajustados y una camisa entallada no eran una propuesta de sexo, pero su mirada decía lo contrario.

—El Sr. Cronus ha ordenado que te quedes dentro a menos que estés con un acompañante.

Crucé los brazos sobre el pecho y enarqué una ceja. Bruno era un hombre intimidante, de 1,80 metros de altura y con una complexión similar a la de un tanque. Pero me di cuenta de que siempre se mantenía a metro y medio de mí, como si compartir el mismo espacio pudiera ofender a su jefe.

—Bueno, el señor Cronus no está aquí, y soy una adulta. Puedo entrar y salir cuando quiera, Bruno. — Hice hincapié en su nombre, y me giré, agarrando el pomo y abriendo la puerta justo cuando vi los faros de Sophia acercándose al camino de entrada.

—Esto no le va a gustar. — dijo Bruno desde detrás de mí, y miré por encima del hombro.

—No, sospecho que no. — Y entonces cerré la puerta y subí al coche de Sophia, sintiendo una oleada de placer por el hecho de que estaba enojando a Hades.

¿Por qué me hacía sentir tan bien meterme en su piel?

Capítulo 13

HADES



Escuchar a Markov hablar sin parar sobre lo que no le gustaba del reciente acontecimiento me ponía de los putos nervios.

Pero me senté ahí con mi expresión estoica, actué como si estuviera prestando atención y traté de no torcer el labio por el asco que me producía que esta reunión de negocios se celebrara en un puto club de striptease, de entre todos los lugares.

Estábamos en una de las salas VIP traseras del salaz local de striptease del que era propietario Markov. Tuve que decirles a las mujeres que salieran porque ninguno de los otros hombres estaba prestando atención con todos los culos semidesnudos en exhibición.

Puede que estos hombres sean delincuentes y utilicen este reciente acontecimiento para blanquear su dinero, pero esto no deja de ser un negocio. Y los negocios daban dinero, así que dejé que Markov llevara la voz cantante... hasta cierto punto.

Deberíamos hacer esto en un puto despacho, no con tetas y culos que nos ponen en la cara. Miré a Markov e Ivan mientras seguían hablando de por qué no les gustaba un aspecto concreto del edificio.

El tercer ruso estaba demasiado ocupado mirando por la pared de cristal del suelo al techo que daba a la planta

principal del club de striptease. Estaba claro que lo único que tenía en mente era el coño.

Cronus Enterprises era la parte legítima del negocio. De eso se habían encargado Zachariah y Michael. La mierda legal que los tenía al frente y en el centro del ojo público. ¿Yo? Yo solo era el falso hermano e hijo de mierda que nunca había sido lo suficientemente bueno para ayudar a dirigir el “negocio familiar”.

Me había tocado el lado sórdido del trabajo. Lavado de dinero, tráfico de drogas y armas ilícitas, y un montón de otras cosas despreciables para las que nadie más en nuestros círculos tendría estómago.

Así que hice una empresa fantasma. Cerberus Corp.

Pero las cosas eran diferentes ahora. Con Zachariah pudriéndose en el suelo, y Michael en su lecho de muerte, yo estaba al mando. Yo *era* Cronus Enterprise.

Me pasé una mano por la mandíbula, ya había terminado con esta mierda. —Markov, ¿realmente importa el tamaño de los metros cuadrados de cada habitación?— dije finalmente, incapaz de contener mi fastidio.

Los tres volvieron su atención hacia mí. Sabía quiénes eran esos hombres, y no solo porque estuvieran vinculados a la Bratva.

Eran el tipo de hombres que estaban acostumbrados a salirse con la suya, y si no lo hacían, disparaban balas a través de los cráneos.

Eran el tipo de personas con las que trabajaba. El submundo retorcido de la humanidad con el que me sentía más cómodo. *Porque soy tan oscuro y despojado como ellos.*

— ¿Perdón?— Ivan fue el que habló mientras miraba entre su jefe y yo.

Markov esbozó una sonrisa lenta, pero nada agradable.

Llevaba meses trabajando directamente y solo con Markov, repasando cada detalle del desarrollo, discutiendo los

aspectos ilegales. Este proyecto no era más que una empresa fantasma.

¿Los otros hombres que venían con Markov? Sus perros falderos.

Así que ni siquiera me molesté en dirigirme o reconocer a Iván. Miré fijamente a Markov y levanté una ceja, esperando que respondiera.

—Aunque sea un agujero en la puta pared, sabes que nos ocuparemos de tus bienes. ¿Y no es ese el objetivo? ¿Ganar más dinero y asegurarse de no perderlo?

Eso era lo único que le importaba a Markov. Eso era todo lo que les preocupaba a sus jefes.

Quería salir de esta maldita reunión. Quería llegar a casa para ver a Persephone.

En las últimas semanas, había estado tan ocupado con el trabajo que apenas había visto a mi chica. Ni siquiera contaba el hecho de colarme en su habitación por la noche y verla dormir.

Pero no era solo esa razón la que me mantenía alejado. Ella estaba jugando con mi cabeza, haciéndome dudar de lo que realmente había planeado para ella. Cuanto más la veía, pensaba en ella y escuchaba su dulce y descarada boca responderme, más me daba cuenta de que no quería hacerle daño. No de esa manera. No como lo había planeado.

Romperla hasta que no quedara nada hacía que se me retorciera las tripas y se me acelerara el corazón.

Y jodidamente me enojaba.

Así que me ocupé de estas malditas reuniones. Debería haber pasado esta mierda a alguien por debajo de mí. Pensé que me habría ayudado a despejar la cabeza, pero ella siempre estaba en mi mente. Estar lejos de ella me hacía pensar aún más en Bunny.

Todo lo que podía pensar era cuando me contestó la última vez que la recogí de la escuela.

Quería inclinarla sobre el capó de mi coche, levantarle la faldita a cuadros de su uniforme, apartar esas bragas de algodón y follarla delante de todos.

Estaría tan apretada, tan ajustada, alrededor de mi gruesa polla. Me sentiría como si me estuviera estrangulando. Casi gimoteo ante esa imagen.

Markov estaba en silencio, observándome. Estaba acostumbrado a que la gente hiciera lo que él decía sin hacer preguntas. Pero mi culo, mi negocio, también estaba en juego.

Sabía que yo era el hombre adecuado para esto o no habría acudido a mí. Así que me eché hacia atrás, cogí mi whisky y me lo llevé a la boca mientras seguía mirándolo fijamente. La sala se puso tensa y los hombres sentados a ambos lados se movieron con inquietud.

Quizá esperaban que sacara la pistola que llevaba en el bolsillo interior de la chaqueta del traje. Déjalo. También tenía una.

Y entonces echó la cabeza hacia atrás y se rió al mismo tiempo que se golpeaba la rodilla, como si lo que acabara de decir fuera lo más gracioso.

Los hombres que estaban a su lado se relajaron ligeramente, pero seguían observando a su *Pakhan* con inquietud, esperando que cayera una bomba.

—Tienes razón, Hades. Tú eres el que mejor sabe de estos asuntos. — Se inclinó hacia atrás y levantó las manos, con las palmas hacia arriba. —Me gusta que las cosas sean estéticas. Qué puedo decir... — Miró a sus dos soldados, sonriendo. —Me gustan las cosas a mi manera. — Volvió a reírse.

No me digas, hijo de puta.

Empezó a hablar a sus soldados en ruso mientras se inclinaba de nuevo sobre la mesa y miraba los planos que yo había extendido.

Aunque entendía perfectamente lo que decía, no le presté atención mientras hablaba con sus hombres. La sensación de que mi teléfono vibraba en mi bolsillo me hizo meter la mano y tomarlo.

Vi el número de Bruno parpadear en la pantalla y, al instante, me enderecé. Lo había puesto a vigilar a mi chica.

No confiaba su seguridad al cien por cien en nadie más que en mí, pero como no podía estar ahí en todo momento, Bruno era la siguiente mejor opción para protegerla.

—Sí.

—Jefe. Solo quería comprobarlo. Salió de la casa y fue a una fiesta en otra casa.

La hermosa mocosa. — ¿La fiesta en casa de quién?— Aunque, sabía la respuesta incluso antes de preguntar. Incluso si ella había hecho bien en mantenerse alejada de Trevor Wilcox, estaban obligados a encontrarse.

Tenía suficiente gente trabajando para mí en esa escuela como para saber que había estado concentrada en las tareas y haciendo nuevas amistades con algunas de las otras chicas de ahí.

Sus registros telefónicos también mostraban que no había estado enviando mensajes de texto ni llamándolo.

Probablemente pensó que yo estaba siendo un imbécil prepotente, y sí, esa puñalada de celos era brillante y caliente dentro de mí. Pero esto era algo más que eso. Persephone no conocía a las personas que formaban este mundo... las personas más cercanas a ella.

Si ella supiera el tipo de hombre que era el padre de Trevor y la mierda que yo sabía que Trevor había hecho por sí mismo, se mantendría lejos de él.

Asustarla no era mi intención. Pero tal vez debería haberle dicho que Trevor Wilcox tenía un historial de un brazo de largo por conducta sexual inapropiada y acoso e incluso una

acusación de violación que se había escondido bajo la alfombra gracias a Papi Querido.

El dinero y las conexiones le compraron una nueva vida y un borrón y cuenta nueva.

—La casa del pequeño imbécil. Una de sus amigas la recogió. Estoy sentado frente a la casa ahora. Está bastante llena, y no puedo verla ya que ha entrado. ¿Quieres que entre y la saque?

Me froté los ojos y exhalé. Sería fácil hacer que Bruno entrara y sacara ese bonito culo suyo, la llevara de regreso a la casa y la encerrara en su habitación.

No. Quería ser yo quien hiciera eso. Si ella iba a ser castigada, yo iba a ser, de nuevo, el que lo hiciera.

Mi polla se sacudió con solo pensarlo.

Mi pequeña Bunny tenía este tira y afloja conmigo. Era una lucha de poder. ¿No sabía ella que yo estaba en la cima?

¿No entendía que cuando se trataba de quién era el dominante, ella nunca me superaría?

Si no... Lo descubriría muy pronto.

Persephone necesitaba una buena dosis de disciplina.

—No. Estoy a cuarenta y cinco minutos. Voy a ir ahora. Quédate ahí y vigílala. Si algo cambia, llámame enseguida.

Desconecté el teléfono y lo volví a meter en el bolsillo mientras me ponía en pie. Markov y sus hombres levantaron la vista.

—Tengo que interrumpir la reunión.

Markov apartó los planos. —Por mí está bien. Me estaba cansando de verlos.

Su acento se hizo más fuerte mientras chasqueaba los dedos. Un segundo después, la puerta del VIP se abrió y entraron tres mujeres.

Pusieron la música. Markov volvió a recostarse, echó los brazos sobre el respaldo del sofá, abrió ligeramente las piernas y sonrió cuando una de las chicas se acercó a él y empezó a hacerle un baile erótico.

Y esa fue mi señal para salir de aquí e ir a buscar a mi chica.

Capítulo 14

PERSEPHONE



En cuanto Sophia se detuvo frente a la casa de Trevor, supe que había sido una mala idea. Pero estaba cansada de estar sola en la casa. Estaba agotada de pensar en Hades constantemente.

Quería ver y sentir algo que no girara en torno a él.

La gente se desbordaba fuera de la mansión de tres pisos.

Me incliné hacia delante y miré por el parabrisas, viendo a un tipo borracho que tropezaba en el patio delantero ajardinado, a chicas que corrían en topless mientras los chicos las perseguían y a un grupo de chicos que cantaban tan alto como podían mientras sostenían sus vasos de plástico en el aire.

—Esta noche es salvaje. — dijo Sophia con casi esta emoción en su voz.

— ¿Pensé que estas eran de bajo perfil?— Eso era lo que había dicho Trevor, al menos. Claramente, no era el caso.

— ¿De bajo perfil?— Se echó a reír y sacudió la cabeza. —Esto se nos va de las manos. Normalmente, se llama a la policía a las pocas horas. Pero el padre de Trevor es amigo de ellos, así que la policía se limita a avisar a todo el mundo y a decirnos que no hagamos ruido.

La miré justo cuando sacó su teléfono. Comenzó a escribir un texto, sus dedos trabajando furiosamente sobre la pantalla.

—Jacqueline y Ariel ya están adentro. Nos han traído un par de bebidas. — Guardó el teléfono en su bolso y me miró, sonriendo. —Vamos. Es hora de que saquemos esa cereza de fiesta tuya.

Gemí internamente, pero la seguí hacia la casa.

Los chicos empezaron a lanzarnos comentarios lascivos, y Sophia se limitó a levantar la mano y a rechazarlos mientras seguíamos caminando.

Hubo algunos gritos más en la distancia, el sonido de las chicas hablando en tonos arrastrados, y luego risas, incluso algunos gritos excitados atravesando el aire.

No es que no haya estado nunca en una fiesta, pero las que había ido nunca habían sido así. Salvaje y temeraria.

Una vez dentro de la mansión, nos movimos entre los cuerpos, hombro con hombro. Llegamos a la cocina justo cuando Ariel y Jacqueline salían, moviendo las caderas

mientras bailaban al ritmo de la música, con los brazos por encima de la cabeza y dos botellas en cada mano.

No conocía muy bien a Jacqueline y Ariel, y estaba bastante segura de que no les interesaba ser mis amigas. Pero tenía la sensación de que me toleraban porque Sophia era claramente la cabeza de su grupo.

Le sonreían a Sophia antes de darle abrazos descuidados y empujar una botella contra nuestro pecho.

—Hasta el fondo, perras. — gritó Ariel y levantó su bebida, lo que provocó un rugido de la multitud circundante.

Después de destapar mi cerveza, bebí un pequeño trago, cuyo sabor amargo me recorrió la lengua y bajó por la garganta.

Arrugué la nariz. Solo la ordeñaría durante el tiempo que estuviera aquí.

Media hora después, me sentía más como un mueble que como alguien que disfrutaba de la fiesta.

Me quedé atrás mientras Sophia y las demás chicas coqueteaban con algunos chicos, bailaban y se tomaban más copas. Me mantuve pegada a la pared, con la misma cerveza en la mano. Estaba caliente y completamente llena.

Encontré una planta artificial y me acerqué a ella antes de verter sigilosamente la cerveza en la maceta. No es algo que haría normalmente, pero no quería que nadie me hiciera pasar un mal rato por una “falta de fiesta”.

—Persephone.

Oí gritar mi nombre y miré alrededor de la sala abarrotada. No pude ver casi nada. Todo lo que vi fueron cuerpos apilados como sardinas.

—Oye. Por aquí. — La voz sonó más cerca, y miré a mi derecha justo cuando Trevor levantó la mano y me hizo un gesto para que me acercara.

Aunque quisiera acercarme a él, había demasiada gente apiñada cerca de mí.

—Oye, apártate del maldito camino. — gritó Trevor, pero se reía mientras levantaba la botella de vodka que sostenía. La gente de alrededor gritó, dándole palmaditas en la espalda.

Ni siquiera podía oírme a mí misma por el volumen de la música. El calor era agobiante y no podía respirar. Quería salir de aquí. Quería irme y acurrucarme en mi cama y disfrutar de la quietud, del silencio.

¿Qué tan loco era que ahora anhelara la tranquilidad?

Trevor estaba a mi lado un segundo después, con su cuerpo más grande en mi espacio mientras apretaba su hombro contra el mío.

—No puedo creer que estés aquí. — Gritó para hacerse oír por encima de la música. Una ligera capa de sudor cubría su frente, y sus ojos estaban enrojecidos y brillantes.

Sonreí y me encogí de hombros, sin saber qué responder.

Se llevó la botella de vodka a la boca y bebió un largo trago. Cuando la retiró, solo quedaba una cuarta parte. Trevor la inclinó en mi dirección y yo negué.

Trevor lo terminó y yo levanté las cejas. Sentí que me llegaban hasta la línea del cabello.

Me enseñó la botella vacía y sonrió, con las mejillas rojas y el olor de todo el alcohol que había consumido flotando a su alrededor. Estaba bastante segura de que en ese momento estaba sudando vodka.

Unos cuantos chicos se acercaron y empezaron a hablar con él, y yo busqué a Sophia, pero se había movido más hacia el centro de la sala con Jacqueline y Ariel.

Antes de que me diera cuenta de lo que estaba ocurriendo, Trevor me agarró de la muñeca y me apartó de la pared.

— ¿Qu-qué? hey. Espera. — grité, esperando que me oyera, pero o bien no lo hizo o no le importó.

Trevor miró por encima de su hombro y sonrió, sus ojos adoptaron una mirada de ojos pesados mientras me miraba de arriba abajo. Mi piel se tensó y picó. No me gustaba la forma en que me agarraba la mano e intenté apartarme.

—Solo intento alejarme de la multitud para estar más tranquilo. No puedo ni pensar aquí. — Siguió caminando, con sus dedos agarrando mi muñeca con tanta fuerza que rozaba el dolor.

—Trevor, suéltame.

Dobló una esquina y luego otra antes de que llegáramos a un pasillo trasero más aislado donde finalmente me soltó. Retrocedí varios metros y me froté la piel, mirándolo fijamente.

— ¿Qué demonios? Te pedí que me dejaras ir.

Se pasó una mano por la cara. Su mirada recorrió mis pechos, mi vientre y aún más abajo antes de arrastrarla de nuevo hasta mi cara.

—Lo siento. — balbuceó. —He bebido demasiado vodka de mi padre. — Se echó a reír y se acercó. —Me alegro mucho de que estés aquí. No tenemos tiempo para hablar en la escuela.

Seguí frotándome la muñeca y observándolo, pero él se quedó mirándome con una sonrisa casi tonta en la cara.

—Probablemente debería ir a casa. Esta no es realmente mi escena, si te soy sincera.

—No, quédate. ¿Por favor?— Me lanzó una mirada falsamente patética mientras se acercaba.

—No, creo que debería irme. Llamaré a un Ride Share porque Sophia me trajo, pero se está haciendo polvo. — Antes de que pudiera decir esa última palabra, Trevor estaba frente a mí, acorralándome.

Con mi espalda contra la pared y él delante de mí, me sentí de repente atrapada y asfixiada.

—Estás borracho. — dije e intenté apartarlo.

Se inclinó más, apretando su cuerpo contra el mío, de modo que quedé atrapada entre él y la pared. —Hueles tan bien. Dulce. Como a caramelo. — Gimió y el pánico se apoderó de mí.

—Por favor, para. — No estaba escuchando.

—Te deseo, Persephone. El hecho de que actúes con tanta indiferencia hacia mí me hace desearte más.

Giré la cabeza. —De verdad, Trevor. Retrocede. Dame un poco de espacio para respirar. — Puse mis manos en su pecho y empujé con todas mis fuerzas.

Solo se movió un centímetro antes de volver a hundirse contra mí, con las manos apoyadas en la pared a ambos lados de mi cabeza.

La fiesta estaba a la vuelta de la esquina. Tan cerca, pero lo suficientemente lejos, que estábamos aislados en este rincón de la casa. De todos modos, no importaba. Todo el mundo estaba destrozado. Les importaba una mierda lo que estaba pasando a su alrededor.

—Ninguna se hace la difícil de conseguir. — Su mano se deslizó a lo largo de mi cintura, y lo empujé. —Ceden, como si les impresionara por ser mi padre y por el dinero que tengo. — Su voz sonaba aún más arrastrada ahora. —Pero tú no. — Ahora respiraba muy fuerte. —Actúas como si te importara una mierda si te presto atención o no.

Porque no lo hago.

Me estaba asfixiando, sin poder respirar. Todo lo que olía era alcohol y sudor. Me daba asco su cuerpo pegajoso apretado al mío.

El calor era agobiante y di otro empujón contra él.

Pero antes de que me diera cuenta de lo que estaba pasando, me agarró de las muñecas y las apretó con fuerza contra la pared.

Estaba tan sorprendida por el repentino acto de violencia, por el gruñido de su cara, que lo único que pude hacer fue mirarlo fijamente con sorpresa e incredulidad.

—Me estás asustando. — susurré, odiando haber permitido que el miedo se apoderara de mí en lugar de la ira.

Y así como así, su ira se desvaneció. Fue entonces cuando supe sin lugar a dudas que Trevor no era quien yo creía que era.

Aunque no necesité ver su actuación de Dr. Jekyll y Mr. Hyde para saber que no era el tipo despreocupado -incluso un poco tímido a veces- que había conocido.

Estaba claro que le importaba una mierda mi consentimiento.

—Suéltame. Me haces daño, Trevor. — Intenté una táctica diferente. Apaciguar. Un comportamiento suave. Su agarre era implacable, y sabía que habría moretones en mi carne.

—Solo déjame probarte. — dijo mientras empezaba a inclinarse. Pero no tenía dónde ir, no con el gran peso de su cuerpo presionando contra mí.

—Quítate de encima. — grité, pero el sonido quedó ahogado por el pesado bajo de la música. Intenté levantar la rodilla para darle una patada en la entrepierna, pero no conseguí espacio suficiente para subir la pierna.

Y entonces oí una conmoción repentina. Gritos y chillidos. Una voz profunda y apagada, seguida de vulgares palabrotas.

— ¿Dónde está ella, pequeños hijos de puta?

Mi corazón latía con fuerza, ya que la voz grave que rugía me resultaba familiar. Al instante sentí alivio.

Hubo un golpe y un estruendo, que atrajo la atención de Trevor lo suficiente como para que mirara por encima del hombro.

Pero siguió manteniendo su cuerpo pegado al mío, encerrándome.

Giré la cabeza y, justo cuando pensé que me besaría, me lamería o haría algún otro acto asqueroso y forzado, su cuerpo se apartó de repente de mí.

Hades tenía su mano alrededor de la garganta de Trevor y lo tenía presionado contra la pared frente a nosotros. Se alzaba sobre Trevor, como una enorme secuoya. Todo ángulos duros y asperezas.

Hades respiraba con dificultad, sus hombros subían y bajaban, la violencia y la agresión apenas contenidas. Podía sentir cómo se arremolinaba a su alrededor, llenando lentamente el pasillo como un gas venenoso.

— ¿Qué te he dicho?— la voz de Hades era controlada. Contenedida. Pero podía oír la rabia que bullía en el fondo. — Dije que si la tocabas de nuevo, te rompería las manos.

Más rápido de lo que esperaba, Hades golpeó la parte posterior de la cabeza de Trevor contra la pared. Aulló de dolor, pero a Hades no le importó y claramente no había terminado.

Levantó el brazo hacia atrás, con toda esa fuerza animal desatada burbujeando, y llevó los nudillos al centro de la cara de Trevor. El sonido del crujido de los huesos fue tan repugnante que me subió la bilis a la garganta.

La cabeza de Trevor se desvió hacia un lado con tanta violencia que no pude contener mi jadeo. Un par de personas se congregaron en el hueco del pasillo, con la boca abierta y los ojos muy abiertos.

Sabía que yo tenía la misma expresión.

Pero nadie detuvo a Hades. Nadie se atrevió.

La imagen de la sangre brotando de la boca y la nariz de Trevor fue tan hermosa como brutal.

Y entonces Hades agarró la otra mano de Trevor, y ninguna cantidad de lucha se comparó con el poder y la fuerza que Hades ejercía.

Hades hizo lo mismo con la otra, aplastándola contra la pared y haciendo que unos cuantos cuadros fueran derribados. Se estrellaron contra el suelo, rompiendo los cristales.

Retrocedió y Trevor se hundió en el suelo, sollozando incoherentemente mientras se llevaba las manos al pecho, con la sangre brotando de la nariz y bajando por la barbilla.

Los nudillos estaban cortados y sangraban, y estaba muy claro que algunos de sus dedos estaban rotos, dado el ángulo antinatural de los mismos.

—Pedazo de mierda. — gruñó Hades. —Igual que tu puto padre.

Estaba de pie, jadeando, con los ojos muy abiertos y la boca floja, cuando se dio la vuelta. Hades alisó las manos por la parte delantera de su traje, la sangre en sus nudillos era un fuerte contraste, pero parecía pertenecer a todos esos tatuajes.

Era tan... ominoso en ese momento. Deslicé lentamente mi mirada hacia su cuello, viendo salpicaduras rojas de la sangre de Trevor en el cuello de su camisa y marcando la columna de su bronceada garganta.

Acababa de romperle las manos a alguien y, muy probablemente, la nariz a Trevor, y sin embargo estaba ahí con una expresión como si fuera un día más en la oficina.

Hades parecía que no acababa de convertirse en un salvaje. Se acercó y me quedé congelada en el sitio. Dirigió su mirada a mis muñecas y seguí su línea de visión.

La piel estaba roja y enojada, y sabía que por la mañana mostrarían moretones del tamaño de un dedo.

Hades enseñó los dientes antes de exhalar lentamente, como si intentara controlarse.

—Vamos, Bunny. Deja que te lleve a casa antes de que mate al hijo de puta.

Me rodeó la cintura con el brazo, me apretó contra su costado y, juntos, salimos de la fiesta con todo el mundo mirándonos con ojos enormes, mandíbulas flojas y susurros inaudibles siguiéndonos.

Capítulo 15

PERSEPHONE



Estaba mirando el fuego y, para ser sincera, no recordaba haber conducido desde la fiesta hasta la casa de Hades.

Cuando volvimos a la casa, Hades me llevó a un baño -el suyo- que estaba unido a un dormitorio. Me preparó una ducha caliente.

No me había dado cuenta de lo mucho que había necesitado eso hasta que me dejó sola y me puse bajo el chorro. La había puesto lo más caliente que podía soportar, lavando el sudor y la bebida y el grosor asquerosamente extraño que me cubría.

Me había puesto unos leggings suaves y un jersey de gran tamaño, y aquí estaba, sentada en el sofá de cuero de la biblioteca mientras el sonido de las llamas crepitando sobre la madera me llenaba la cabeza y ahogaba todo lo demás.

Llenaba el vacío.

Podía sentir que Hades me miraba fijamente, pero no lo miré.

La manta que me había envuelto era suave. De cachemira. Pasé las yemas de los dedos por el borde donde estaba cosida una tira de seda.

—Cuando era más joven, me aterrorizaban las tormentas eléctricas. — pasé los dedos por la seda. —Mi padre había estado fuera durante dos semanas por negocios. La noche que

volvió, hubo una tormenta horrible. — Me quedé mirando esas llamas, recordando esa noche vívidamente. No sabía por qué. No era diferente de cualquier otro momento.

—Estaba acurrucada bajo mi manta. Era tarde, pero no podía dormir porque los truenos eran muy fuertes. Mi padre entró y me mostró la manta de lana que había traído de Irlanda.

Recordé lo azul que era. Cobalto, la llamaba.

—Era muy rasposa, pero tenía un ribete de satén alrededor que era muy suave. Me abrigaba y me decía que cuando estuviera asustada e inquieta pasara los dedos por el borde, que eso me calmaría.

Y eso hice ahora, con las yemas de los dedos patinando sobre la seda. Pero esta manta no era pesada ni rasposa. No era gruesa como la de mi infancia.

—Me acurrucaba dondequiera que estuviera, sintiéndome segura y protegida porque tenía esa manta a mí alrededor. Era como si nada pudiera tocarme. — Juré que podía sentir su peso a mí alrededor, y sonreí. —Había dos cosas en mi vida que me recordaban mucho a mi padre. Esa manta y esta caja antigua pulida que él apreciaba. — Sentí que un escalofrío me invadía de repente y miré a Hades.

Se había quedado quieto y en silencio desde que habíamos vuelto, pero aún podía sentir la energía oscura que desprendía. Se había servido un vaso de licor y me dio uno a mí también. Miré fijamente el vaso de corte cuadrado que descansaba en mi regazo. El líquido de color ámbar de su interior parecía brillante y vivo por la luz del fuego.

—Nunca entendí por qué mi padre amaba tanto esta cajita. Era hermosa, pero una cosa diminuta. No tenía nada de especial, desde luego no gritaba que fuera cara como el resto de los objetos que teníamos en la casa. — Podía ver esa caja tan claramente en mi mente. —Estaba hecha de tres tipos diferentes de madera y estaba tan pulida que brillaba cuando la luz del fuego la golpeaba.

Sentí que mis cejas se fruncían al pensar en cómo había pasado sus dedos por la parte superior y luego por el candado dorado de la parte delantera.

—Le pregunté más de una vez qué había adentro, y solo me dijo que era algo precioso, baratijas de su pasado que lo hacían sentir bien, que le recordaban recuerdos que nunca quiso dejar escapar. Se lo había transmitido su padre, así que supongo que era algo sentimental en todo el sentido de la palabra. — Me llevé el vaso a los labios y tomé un pequeño sorbo. El alcohol me quemó la lengua al deslizarse por mi garganta. Pero me sentí bien, esa incomodidad. —Imaginé que había flores secas en su interior, tal vez un guijarro que había pisado al caminar por la costa. Pequeños trozos de experiencias que recogió a lo largo de su vida.

Me miré las manos y me retorcí los dedos.

—Quise traerme la caja cuando me vine a vivir contigo. Pero no pude encontrarla. Supongo que se mezcló con todo lo que estaba pasando y se extravió. — Me encogí de hombros. —Supongo que realmente no importa. Son solo cosas materialistas. Lo único importante son los recuerdos a los que te aferras, ¿sabes?

Como no respondió, lo miré una vez más. Tenía la mandíbula apretada, un músculo trabajando debajo de ella. Miraba fijamente al fuego mientras bebía el resto de su bebida.

Me miré las manos, mis pensamientos abandonaron los recuerdos más felices sobre mi padre y se adentraron en un camino más oscuro. Me miré las muñecas. A primera hora de la noche, habían sido de un rojo furioso, pero ahora eran más profundas, de tonos más oscuros de escarlata.

La visión me enfureció.

Debería haber luchado más, haber gritado más fuerte.

—No habría cambiado nada. — Hades finalmente habló, y me di cuenta de que había dicho esas palabras en voz alta.

—Quería a mi padre y a mi madre. — Alejé todos los pensamientos sobre Trevor. Miré fijamente mi vaso. —Pero

mentiría si no admitiera que estaban más ausentes de mi vida que presentes. — Tomé otro sorbo.

No sabía por qué le estaba contando todo esto. Estoy segura de que no le importaba. Pero las palabras brotaron de mí por sí solas, como si se hubiera abierto un grifo y todas mis entrañas se hubieran derramado.

Me sentía extremadamente vulnerable en este momento. Probablemente más de lo que me había sentido antes.

Volví a mirar a Hades justo a tiempo para ver cómo se levantaba para rellenar su bebida, se sentaba de nuevo, levantaba su vaso y daba un largo trago. Se había quitado la chaqueta y la había colgado sobre el respaldo de la silla, se había desabrochado los puños de la camisa y se había remangado los antebrazos.

Los tatuajes oscuros de su piel chocaban con la nítida blancura de la camisa abotonada. Y luego estaban las salpicaduras de sangre en el cuello de la camisa y todavía algunas gotas en el cuello.

Sentí que una ola de necesidad me recorría. Era lenta, como el agua que toca la orilla antes de ser llamada de nuevo al abismo. Aparté la mirada rápidamente, mi rostro se calentó, mi garganta se tensó.

Esa violencia no debería parecerme atractiva.

—Y cuando fallecieron, sentí que había un agujero dentro de mí. Pero creo que siempre ha estado ahí. Solo que ahora es más grande.

Pasé la yema del dedo por el borde de mi vaso, pensando una vez más en aquella manta que me regaló mi padre y en cómo la envolvía con fuerza. Me daba una falsa sensación de seguridad. De niña, las cosas más pequeñas ayudaban mucho.

Ya no.

La emoción me quitó el aire de los pulmones. —Me siento como si estuviera flotando en un agujero negro. Siento que no soy nada. — Esa última palabra fue susurrada tan

suavemente que ni siquiera supe si realmente la había dicho en voz alta.

Pero el sonido de Hades dejando su vaso en la mesa a su lado me hizo parpadear para volver a concentrarme.

—Trevor... creo que le has roto las manos y la nariz. — Estaba diciendo lo obvio. Lo había sabido incluso antes de salir de la fiesta. Miré a Hades y dije: — ¿Te meterás en problemas? — No quería que los tuviera. Me estaba protegiendo.

Hades negó lentamente.

Me lamí los labios repentinamente secos y asentí. — Bien. Quiero que no te pase nada. — me sorprendió lo mucho que significaban esas palabras.

Pasó un largo momento de silencio mientras me concentraba en la sensación del calor del fuego que me bañaba. Pero todavía no se me quitaba el frío.

—Lo habría matado por ti.

Miré a Hades bruscamente, tan aturdida por su admisión que me quedé sin palabras.

—No digas esas cosas. — susurré sin poder apartar mi atención de él. No habló, solo siguió observándome con esa mirada penetrante. —No está bien...

— ¿Qué no está bien?— La forma en que lo preguntó fue ligera, casi conversacional. Pero podía sentir el interés subyacente en esas palabras.

Y cuando se inclinó ligeramente hacia delante, supe que esperaba mi respuesta.

—Decir cosas que son tan... permanentes.

—Pero es cierto. Y habría disfrutado acabando con su vida solo por tocarte.

Tragué con brusquedad, el calor se acumulaba en el bajo vientre porque disfrutaba oyéndolo decir esas cosas. —Nada

de esto está bien. — Me pasé la lengua por el labio inferior y él observó el acto, con los ojos entrecerrados.

Hizo un ruido extraño en el fondo de su garganta. Recordaba a un gruñido. Hades levantó su vaso, terminando el alcohol.

—Dime cómo te sientes, dulzura. Dime todas las cosas que quieres desahogar.

¿Cómo responder? ¿Acaso me atrevía a decir todas las cosas que me daban vueltas en la cabeza? En su lugar, susurré: —Lo que siento por ti... — tragué con dificultad. —No es lo que se supone que debo sentir. Lo que se supone que debo sentir por ti. Está mal. — admití.

Aparté la mirada bruscamente, avergonzada por haberle dicho eso.

Me sentía como si mi piel se hubiera desnudado, mostrando mi alma a todo el mundo. Era una grieta en mi armadura, oxidada y empañada. Pensé que era más fuerte.

—Es el tipo de mal bueno, Persephone.

Cerré los ojos y me balanceé donde estaba sentada.

Nunca me había sentido más frágil en mi vida.

—Siento que no estoy en tierra firme. — No sabía por qué este momento exacto me impulsó, hizo que todo se abriera, pero aquí estábamos.

Yo abriéndome a un hombre que probablemente no le importaba. Un hombre por el que sentía algo.

Mi tío adoptivo.

Nos sentamos en silencio. Yo porque no sabía qué decir. Él porque sentía que estaba tratando de diseccionarme. Me preguntaba qué encontraría, qué vería.

—No siento que tenga el control. — Sentí que una pesada lágrima rodaba por mi mejilla y la limpié rápidamente, odiando que estuviera mostrando cualquier tipo de

vulnerabilidad frente a un hombre como Hades. —Ya no sé lo que necesito.

Y cuanto más tiempo me miraba, sin decir nada, más descolocada me sentía.

—Yo sé lo que necesitas.

Sentí que algo recorría mi cuerpo, como si esas palabras fueran un interruptor de luz y encendieran una iluminación intensa y cegadora dentro de mí.

La luz del fuego lamía su enorme figura mientras me observaba. —Levántate, Bunny, y desnúdame para mí. Es hora de que yo tenga el control.

Capítulo 16

HADES



Ocultarte de mí solo me pone más duro. — me moví y abrí las piernas ligeramente, dejándole ver la dura longitud de mi polla golpeando contra mis pantalones. —Eres tan inocente, no queriendo que papi vea esos pequeños pechos perfectos. Ahora, dulzura.

Sonrió suavemente.

—Esto es lo que va a pasar. — Tomé otro trago largo y la miré por encima del borde. —Voy a hablar. Tú vas a escuchar. — Sus mejillas se volvieron rosas por el enojo, pero mantuvo esa bonita boca cerrada. —Vas a hacer todo lo que te diga sin tonterías, sin retractarte. — Sus ojos se abrieron de par en par y su boca se abrió. —Y voy a ver cómo obedeces.

— ¿Perdón?— Una mirada de asombro se arraigó en su rostro.

El destello de desafío en sus ojos hizo que mi polla palpitara en respuesta.

Ella era fuerte, pero yo era más fuerte. Y ambos sabíamos que esto era lo que ella quería y necesitaba.

Pero agradecí la pelea que me dio. Me excitaba más.

—Y vas a ser una buena chica y darme esto porque en el fondo, quieres complacerme. ¿Entiendes?

Abrió la boca y la cerró repetidamente. Mi chica se quedó sin palabras.

Corromperla se va a sentir tan jodidamente bien. Ojalá Zachariah estuviera aquí para verlo.

Pero cuando ese pensamiento se me metió en la cabeza, se esfumó rápidamente. Las cosas estaban cambiando, cambiando, reorganizándose por completo dentro de mí de forma tan profunda que no me sentía yo mismo cuando estaba cerca de ella.

Había querido utilizarla, arruinarla para cualquier otro. Quería que se aferrara a mí, como si yo fuera el aire de sus pulmones y la sangre de sus venas. Lo único en lo que podía pensar era en dejarla fría, con el corazón roto y sin dinero. Y no había planeado mirar atrás.

Pero ahora... ahora nada de eso tenía sentido.

—Vamos, Bunny. — le dije. —Muéstrale a papi lo perfecta que eres. — Sus mejillas se volvieron rosadas por la vergüenza.

Pasé los dedos de un lado a otro del reposabrazos de cuero. Estaba excitado, tan jodidamente ansioso por ver hasta dónde podía empujarla.

—Nunca he estado desnuda delante de nadie. — susurró Persephone con voz asustada.

—Oh, querida. — dije con una sonrisa, mi excitación por su miedo a lo desconocido aumentando. —Eso cambia aquí y ahora. Enséñale a papi lo que es suyo.

Después de decirle a Persephone que se quedara y se desnudara, pasó un largo minuto de silencio. El único sonido que llenaba la habitación era el del fuego lamiendo los troncos de la chimenea.

Me recosté en la silla. Había estado esperando este momento. La sola idea de tenerla a mi merced, de que hiciera lo que yo dijera sin dudar, me hacía palpar mañana y noche.

Joder, ni siquiera eso era suficiente para saciar mi necesidad de ella.

Estaba constantemente duro, con la polla a media asta hasta que estaba en la intimidad. Y entonces el cabrón se puso duro como una roca, sabiendo que era el momento de aliviar algo de la presión mientras fantaseaba con Persephone y lo que estaba a punto de hacerle hacer.

Se quedó mirándome, con los ojos muy abiertos, la larga caída de su cabello oscuro cayendo en cascada sobre sus hombros. Tenía miedo. Era como un afrodisíaco para mí. Las puntas de su cabello aún estaban húmedas por la ducha, con suaves ondas enmarcando su rostro.

Y respiraba con dificultad, las apretadas cuentas de sus pezones se clavaban en el raído jersey que llevaba.

Yo ya estaba duro, más duro de lo que recordaba haber estado en mi puta vida.

¿Quizás necesitaba un poco de inspiración, un pequeño empujón?

Sin decir una palabra, me levanté y me dirigí a mi escritorio, abrí el gran cajón del fondo y saqué el regalo que le había hecho aquel día que habíamos ido de compras.

O tal vez fuera mi regalo. Al fin y al cabo, era yo quien más lo iba a disfrutar.

Cuando volví a sentarme en mi silla, relajado, contento de observarla, le tendí la caja marrón con la letra blanca garabateada en la parte superior.

La miró por un segundo, con las cejas fruncidas en señal de confusión, antes de tomarla con vacilación. Y cuando vio la marca garabateada en la parte superior, sus cejas se elevaron hasta la línea del cabello.

— ¿Qué es esto?

Sonreí lentamente y dejé que esperara antes de responder, dejando que se preguntara qué iba a decir.

—Necesitas que alguien te controle, Bunny. Necesitas que yo tenga el control para que no tengas que pensar. Solo tienes que *sentir*. — deliberadamente miré la caja. —Seguro que sabes lo que son los zapatos, Bunny.

Persephone se lamió los labios y abrió la tapa. Sacó la bolsa roja que contenía los tacones, dejó la caja en el suelo y finalmente sacó los zapatos.

Miró entre los zapatos, luego a mí, y de nuevo a los tacones.

—Póntelos. — le ordené con pereza. Escogí los Dolly Pumps de gamuza negra de Louboutin porque cuando los vi, me imaginé a Persephone usándolos y nada más.

Empezó a respirar con más fuerza, y yo esperé pacientemente mientras daba un sorbo a mi bebida.

— ¿Quieres seguir sintiéndote perdida o quieres que papi te haga sentir bien?

Finalmente, exhaló y asintió lentamente.

Ronroneé: —Buena chica. Ahora haz lo que te digo. Desnúdate.

Me relajé contra el sillón y disfruté del espectáculo. Podía ver sus pensamientos revoloteando por su cara como un pequeño colibrí que extrae el néctar de las flores.

Le temblaron las manos al recoger el dobladillo de su jersey. Dudó al mirarme, pero yo mantuve mi expresión estoica, actuando como si se tratara de cualquier otro encuentro con alguien que no significaba absolutamente nada para mí.

Pero por dentro estaba tenso, excitado y haciendo todo lo posible para no tirarla al suelo, arrancarle esa endeble ropa y meterle la polla hasta el fondo en su pequeño y apretado cuerpo.

Cuando Persephone exhaló, se dio cuenta de que deseaba esto, de que yo era el único que podía dárselo. Un gruñido me dejó con ese pensamiento.

Cuando se quitó el jersey y los leggings, y se quedó delante de mí sin nada más que un par de inocentes bragas blancas, levanté la mano y me la pasé por la boca, absorbiendo hasta saciarme de ella.

Había dejado caer su brazo sobre el pecho para ocultar sus turgentes pechos, pero los había visto. La visión se había quedado grabada para siempre en mi mente.

Me excitaría con la imagen de sus pezones de color rosa oscuro y de sus tetas de tamaño de un puñado hasta que se me pusiera la polla en carne viva.

Vi la forma en que su antebrazo se flexionaba, pero la detuve. —Ve despacio. Quiero disfrutar de esto. — Su cara se puso más roja y sonreí.

Dejó que su brazo cayera de nuevo a su lado, y miré esos picos, observando cómo esos pequeños puntos se endurecían bajo mi mirada apreciativa.

—Esa es una buena puta chica. Ahora las bragas. — Cuando estuvo desnuda ante mí, dejé que mi mirada recorriera esa perfecta y femenina raja entre sus muslos.

Era tan condenadamente bonita, con una parcela recortada de vello oscuro cubriendo su montículo, la visión de los labios de su coño desnudo me hizo agua la boca.

—Me muero de ganas de arrastrar mi lengua por tu coño y saborearte. — El pulso a un lado de su cuello latía con más fuerza, y sus pupilas estaban dilatadas por el deseo.

Podría fingir que estaba acostumbrada, o que no quería esto, pero lo hacía. Desesperadamente.

Miré con atención los zapatos. —Vamos.

Inhaló bruscamente y se agarró al brazo de la silla de cuero que tenía detrás para estabilizarse mientras se deslizaba sobre los tacones.

Mi polla ya estaba como el granito al ver las elegantes líneas de sus piernas doblarse mientras se los ponía, pero el codicioso bastardo se sacudió aún más.

Y, diablos, cuando se enderezó y la luz del fuego lamió su piel, podría haberme corrido en mis pantalones solo con la vista.

La deseaba, como un adicto que ha estado limpio y tiene la tentación de esa droga eufórica justo delante de él. ¿Cómo demonios iba a negarme a mí mismo?

¿Por qué iba a hacerlo?

Ni siquiera la había tocado de la forma depravada que deseaba, y sin embargo ella me hacía arder la sangre.

Hacerla hacer lo que yo quería... usarla iba a ser el mejor puto subidón que jamás había experimentado.

Quererla como lo hacía, querer poseerla, reclamar y profanar a mi chica de una forma inquebrantable que me consumía no tenía ningún puto sentido.

No en mi mundo. No en el puto modo en que me mantenía en control en todo momento.

Pero aquí estaba esta joven -boca inteligente, cara preciosa, cuerpo perfecto- y se enfrentó a mí cara a cara. Me hizo cuestionar lo que realmente quería.

No se acobardó ante mí como todos los demás. Y no me había dado cuenta de que ese era el mayor viaje de poder que había sentido.

Su sola presencia amenazaba con deshacer mi contención.

Tardó un momento en acercarse. Pero yo era un hombre paciente, y la vacilación y el miedo en su rostro me excitaron como nada lo había hecho.

Esta mujer me hizo sentir como si hubiera un fuego que lloviera dentro de mí, y no hubiera nada que pudiera extinguirlo.

Cuando se puso a un metro de mí, tuve que enroscar los dedos en el reposabrazos de cuero para no tocarla. Lo único en

lo que podía pensar era en cuando la tenía arrojada sobre mi regazo mientras le daba unos azotes en el culo.

Sentí un cosquilleo en la palma de la mano. Quería hacerlo de nuevo, para ver cómo podía enrojecer su perfecto y redondo trasero.

—Abre las piernas. Déjame ver mejor tu coño.

Su pulso se aceleró y se hizo más fuerte al lado de su garganta, pero fue una buena chica e hizo lo que le dije. Los tacones hacían que sus piernas parecieran kilométricas, todo líneas elegantes y músculos tonificados.

La luz del fuego la amaba, ese brillo dorado que acentuaba las suaves curvas de su cuerpo femenino. Su cintura era diminuta y se hundía, sus tetas no eran demasiado grandes pero sí lo suficientemente redondas como para llenar mi mano.

Mi polla palpitaba, me dolían los huevos, y esa sensación solo empeoró cuando miré su coño. Podía ver que estaba mojado, con los labios brillantes y la excitación untada en la parte interior de los muslos.

—Mmmm. — tararé. — ¿Te gusta que te dé órdenes? — Su pecho subió y bajó rápidamente después de que le preguntara, pero no respondió. —No pasa nada. A papi le gusta que tu cuerpo me diga la verdad. Y no con tu bonita boca. — Señalé la pequeña mesa de café, que estaba sentada frente a mí.

Miró entre el mueble y yo. — ¿Me quieres ahí?

Asentí lentamente. Pero me sorprendió que se sentara en ella como si fuera una silla.

—No, dulzura. Quiero que te pongas de rodillas, con las piernas abiertas y los brazos agarrados por detrás para que salgan esas bonitas tetas. — Cuando estuvo en la posición que yo quería, pude ver la incomodidad en su cara, y mi polla se sacudió de placer. — ¿Las puntas de tus tacones se clavan en tu culo, nena?

Se lamió los labios y asintió, con un rubor que le recorría la parte superior del pecho y le subía por el cuello.

No dije nada más mientras la observaba, recostado en mi silla, el espectáculo que tenía ante mí era magnífico.

—Eres tan bonita, Persephone. — Dejé que permaneciera en esa posición hasta que se estremeció ligeramente y una ligera capa de sudor cubrió su frente.

Quería sus sentidos y receptores intensificados, crudos y abiertos para mí.

No pude contenerme, ni siquiera lo intenté, mientras me inclinaba hacia delante y rodeaba con mi mano el centro de su garganta. Tarareé de placer. —Mi mano tatuada y llena de cicatrices se ve bien como un collar en ti, dulzura. Traga. — le ordené, y ella hizo lo que le pedí. —Me muero de ganas de que vuelvas a hacer esto cuando me corra en tu garganta y te haga beber hasta la última gota.

Gimió y yo gemí. Me incliné hacia ella y arrastré mi lengua a lo largo de su mandíbula, sobre sus labios, lamiéndola como un felino que prodiga afecto a su compañera.

Cuando me retiré, ella se balanceó hacia delante y sonreí satisfecho. Sus pupilas estaban completamente dilatadas, sus pezones de un tono rojo más intenso y su carne mostraba la piel de gallina.

Me levanté y me dirigí al minibar, me serví dos dedos de whisky y volví a acercarme a ella. Me alegré de que no se hubiera movido ni un ápice, aunque sabía que su cuerpo le pedía a gritos que saliera de esa posición.

De pie sobre ella, sabía que intimidaba a mi dulce Persephone. Pero eso solo me excitaba aún más.

Tomé un pequeño sorbo, mirándola a los ojos. Estaba preciosa con la cabeza inclinada hacia atrás mientras me miraba.

Tomé un sorbo más, tragué, luego tomé un tercero y mantuve el licor en la boca mientras dejaba el vaso a un lado.

Me incliné hacia delante, apoyé las manos en la mesa a ambos lados de ella y me centré en sus grandes y hermosos ojos. Era tan bonita cuando se mostraba nerviosa.

No tuve que decirle lo que quería para que lo entendiera. Porque cuando la agarré de nuevo por la garganta y le eché la cabeza hacia atrás, separó los labios y se abrió para mí.

Dejé que el alcohol saliera de mi boca y entrara en la suya, viendo cómo se derramaba por las comisuras y se deslizaba por su barbilla. Seguí escupiendo el líquido en su boca, sintiendo cómo se movía su garganta al tragar.

Y cuando la última gota salió de mí y entró en ella, gemí y me incliné para arrastrar mi lengua por su boca y su barbilla, lamiendo el alcohol derramado.

Estaba jadeando cuando acerqué mi boca a su oreja y dije: —Voy a follarte muy fuerte ahora mismo, Persephone. No hay un pedazo de ti que no vaya a poseer cuando termine.

¿Estaba mal follarte con mi pseudo-sobrino? Absolutamente. ¿Me importaba una mierda? Ni un poco.

—Estás temblando, Bunny. — susurré contra su boca mientras mantenía mis labios pegados a los suyos, sin besarla, solo haciéndole saber que podía hacerlo si quería.

—Tengo miedo. — murmuró finalmente.

Cerré los ojos y me controlé. Oírla decir eso fue un afrodisíaco. Era un maldito enfermo por excitarme con esas palabras.

Ahora mismo, no estaba pensando en romperla por culpa de Zachariah. Ahora mismo, no me preocupaba hacerla pagar por los pecados de su padre. Todo lo que quería era a ella. Todo lo que quería era follarla y ver cuánto sangraba por mí.

Con mi mano en su garganta, la levanté hasta que estuvo de pie frente a mí.

—Tal vez te mereces algo dulce y suave para tu primera vez. — Nos acerqué a la pared, usando mi mano en su cuello para guiarla hacia donde yo quería. —Pero no voy a darte eso.

Apreté todo mi cuerpo contra el suyo, forzándola contra la pared, escuchando su pequeño cuerpo al hacer contacto. Estaba jadeando, los sonidos ásperos salían de mí porque no podía controlarme ahora mismo.

—Pídemelo. — exigí. —Pídemelo. Ahora. — Sus labios se separaron mientras aspiraba aire, una de sus manos rodeaba la mía. Pero no me sacó de su garganta. No es que la dejara, de todos modos.

—Lo quiero, Hades. — dijo, dándome finalmente lo que quería.

Tuve mi boca en la suya y la devoré con ese beso. Fue primario y crudo, áspero y exigente. Nuestros dientes chocaron entre sí, y la saqué entre sus labios como lo haría entre sus muslos en unos momentos.

—Tócame. — gruñí y volví a besarla, y cuando se levantó y me agarró los hombros, clavando sus uñas en mi carne, siseé y la besé más fuerte.

Apoyé mi erección en su vientre, moviendo las caderas hacia delante y hacia atrás hasta que tuve que aflojar o me correría.

Las endorfinas y la adrenalina corrían por mis venas, y me ponían a cien. Me alimenté de ellas y dejé que toda la jodida y sucia necesidad que sentía por esta mujer demasiado joven e inocente que tenía en mis brazos saliera a la superficie y tomara el control.

Me quejé mientras le mordía el labio, sintiendo cómo su carne se convertía en parte de mí, oyendo su jadeo de dolor, su gemido bajo de placer.

Cuando me retiré, fue para pasar el pulgar por el labio inferior y tirar de la almohadilla hacia atrás, para poder ver su sangre untada en mi carne. Mientras la miraba fijamente a los ojos, arrastré mi lengua sobre la almohadilla, lamiendo su sangre.

—Mi buena chica. — ronroneé, observando cómo se tocaba la fisura del labio. Hizo una mueca de dolor pero, un

segundo después, pasó la lengua por la herida. —Me haces sentir primitivo, animal, Bunny. — Apoyé mis manos a ambos lados de su cabeza y me incliné hacia ella, lamiendo sus labios y atrayendo el resto de esa gota de sangre hacia mi cuerpo.

—Es difícil no odiarte cuando me miras tan dulcemente, como si tuviera tu corazón en mis manos y pudiera exprimarte la vida.

Aplasté toda la longitud de mi cuerpo contra el suyo, y aunque llevaba los tacones, seguía sobresaliendo por encima de ella. La dominaba.

—Eres mía.

Capítulo 17

PERSEPHONE



—Es difícil no odiarte cuando me miras tan dulcemente, como si tuviera tu corazón en mis manos y pudiera exprimerte la vida.

Sabía lo que quería decir con esas palabras. Odiaba a mi padre y, por eso, su veneno se dirigía ahora a mí. La hija de mi padre, un recordatorio de por qué, por la razón que fuera, Hades lo detestaba.

Debería haberle dado una bofetada, mandarlo a la mierda y encerrarme en mi habitación. No debería estar desnuda con unos tacones ridículamente caros, esperando -y lista- para que me follara ese hombre.

Cuando me dijo que iba a tomar el control, me desconecté, apagué todo y me dije que esto era para mí. No para él.

Mis pensamientos se apartaron cuando Hades se inclinó y rozó con sus labios la concha de mi oreja. Lo había hecho antes, y se había sentido tan bien, como si me tocara justo entre las piernas.

—Las cosas que quiero hacerte.

Su voz era gutural. Peligrosa.

—Tan jodidamente mal. Tan obsceno. — Apretó su enorme polla contra mi vientre. Estaba mojada, empapada entre mis piernas. Sabía que, siendo realistas, cabría, pero era

tan gruesa y larga que no había duda de que dolería mucho más.

¿Y por qué quiero eso? ¿Por qué se me enroscan los dedos de los pies y se me tensa la piel al pensar en que me la mete con fuerza?

Levanté la mano y enrosqué los dedos alrededor de su bíceps tatuado. Este toque no era para detenerlo. Era para acercarlo.

—No me haces sentir como yo misma.

Eso sonó más como una admisión que nunca admitiría a nadie, pero el sonido de su respiración, la forma en que me golpeó en seco, me dijo que Hades no estaba pensando con claridad en este momento. Y yo tampoco.

Dejé escapar un pequeño sonido, uno que era una súplica, uno que era yo rogando a mi tío que me follara.

—Voy a quitarte la virginidad esta noche, pequeña Persephone. Voy a follarte hasta que mi polla esté resbaladiza y húmeda con tus orgasmos y tu sangre.

Gimoteé.

—Esto no será el dulce y suave acto de amor que has imaginado para tu primera vez.

Nunca le diría que esa nunca fue una de mis fantasías.

—Lo quiero duro y áspero. — dije antes de detenerme, pero no me importó que el oscuro secreto saliera a la luz.

Su cuerpo se calmó, se tensó, y gruñó como un lobo salvaje.

—Una vez que mi polla esté en lo más profundo de este apretado cuerpo, nadie más te tendrá. Eres mía.

Su nombre fue un gemido jadeante de mi parte, y cuando me mordió el lóbulo de la oreja con fuerza, jadeé por el escozor y sentí que me apretaba aún más.

Le gusta mi dolor tanto como a mí me gusta que me lo dé.

Hades me hizo girar para que mis pechos quedaran contra la pared y me cubrió la espalda con su pecho.

Todavía estaba completamente vestido, y no sabía por qué mi vulnerabilidad desnuda hacía que esto fuera aún más caliente.

Me encantaba que fuera áspero y duro mientras me movía hasta que estaba en la posición exacta que quería, como si fuera su muñeca para hacer lo que quisiera.

—Ábrete más. — exhaló esas dos palabras.

Cuando no obedecí lo suficientemente rápido, me abrió las piernas de una patada con el pie. Me quedé mirando su caro y pulido mocasín.

—No me hagas castigarte. Sé la buena chica de papi, de acuerdo.

Una oleada de éxtasis y mareo me golpeó, y apoyé las palmas de las manos en la pared para estabilizarme.

Un gemido entrecortado me abandonó cuando sentí que me palmeaba el culo, separando mis mejillas antes de dejar que volvieran a su sitio.

—Un puto culo tan perfecto. — Sus manos se clavaron en la carne antes de dar un severo golpe. —Estaba tan jodidamente duro cuando estaba azotando este perfecto melocotón. — Su aliento caliente recorrió mi nuca. —Tuve que volver a mi habitación y golpearme. Me corrí tanto, dulzura. Hice un maldito desastre.

Miré por encima de mi hombro y lo vi hundirse en sus rodillas, hundiendo más sus dedos en mi culo, sus grandes manos tatuadas empequeñeciendo los montículos gemelos. Me hacía sentir tan pequeña, delicada, incluso como si pudiera partirme por la mitad.

Dios, quiero eso.

—Voy a disfrutar de esto. — dijo en voz baja y profunda, y me miró. —Voy a jodidamente disfrutar de verdad. — Me abrió el culo y sentí que el aire frío me rozaba esa parte íntima y secreta.

—Gime para mí, nena.

Cerré los ojos y apoyé la frente en la pared, tratando de mantenerme relajada. Pero deseaba tanto esto.

—Voy a romper en este pequeño coño virgen.

Me agarró de las caderas y me sacudió hacia atrás, de modo que quedé en un ángulo extraño, con el pecho casi paralelo al suelo y el culo sobresaliendo obscenamente. Se levantó y separó aún más mis piernas, y cuando sentí su mano caliente y grande entre mis piernas, ahuecándome, gemí.

—Voy a chupar este coño hasta que te corras. Voy a tragarme toda tu miel hasta emborracharme. — Sentí que sus manos volvían a enroscarse alrededor de mis mejillas, abriéndolas una vez más.

Y entonces me estaba chupando, arrancando un grito ronco de mi garganta por lo intenso que se sentía. Debería haberme avergonzado por los sonidos que emitía, esos gritos y maullidos que me hacían parecer un animal herido.

Pero el placer era demasiado intenso. Se sentía demasiado bien.

La sorpresa de que fuera Hades el que me comiera hizo que mi cerebro sufriera un cortocircuito.

Lamió mis jugos, follándome con la lengua hasta que los sonidos obscenos llenaron la habitación y me arrancaron movimientos lascivos. Giré mis caderas, empujé mi culo hacia atrás, haciendo frotar mi coño sobre sus labios y su lengua.

—Buena jodida chica. Eso es. Frota ese jugoso coño por toda mi cara.

Los gruñidos y gemidos que emitía mientras me comía eran húmedos, y yo enroscé mis uñas en la pared, raspando contra ella para estabilizarme.

—Mía. Eres mía, dulce chica. — Puso toda su boca sobre mi coño al mismo tiempo que me azotaba el culo, el escozor me arrancó un gemido.

Me azotó repetidamente, el sonido de la palma de su mano al chocar con mi culo me llenó la cabeza. Empecé a mover las caderas al compás de sus expertos lametones y movimientos con la lengua y los labios.

Cuando gimió, saqué más mi trasero, extendiéndome aun más.

Mi orgasmo estaba al borde del precipicio y me esforzaba por respirar, por llegar a la meta.

— ¿Quieres correrte?

Me mordí el labio pero no pude formar las palabras.

—Dile a papi lo que quiero oír, y le daré a mi dulce chica el mejor orgasmo que jamás haya tenido. — Arrastró su lengua por mi raja y gimió. —Eso es, hasta que te meta mi enorme polla.

Enganchó sus labios alrededor de mi clítoris, el movimiento de succión casi me llevó al límite. Pero se retiró antes de que pasara, y casi grité de frustración.

—Sabes lo que quiero. Así que dámelo. — *¡Nalgada!*
¡Nalgada!

Mi culo ardía, pero no quería que parara.

—Dámelo. Haz que me corra.

—Dilo todo, dulce chica. — *¡Nalgada!*

—Haz que me corra, papi.

Gimió tan fuerte que sentí las vibraciones a través de mí. Me hizo estallar, y llegué al clímax con tanta fuerza que mis piernas se doblaron debajo de mí. Fue su grueso y poderoso brazo alrededor de mi cintura el que me mantuvo en la posición que él quería.

Solo un segundo después de que mi orgasmo llegara a su punto máximo, me hizo girar. El mundo giró durante un segundo y luego me quedé mirando a Hades.

Su expresión era intensa, como si estuviera a punto de deshacerse, como si estuviera a punto de perder el control.

Y es por mí.

Hades me rodeaba la garganta con la mano y con la otra me tocaba el culo, dándole un fuerte apretón al montículo.

—Ninguna cantidad de decirte que estés preparada te ayudará en este momento, Bunny. Porque voy a follarte de la mejor manera.

Le di el gemido que sabía que quería.

—Tu coño va a estar tan adolorido y usado cuando termine, que aún podrás sentirme muy adentro. — Se inclinó y arrastró su lengua sobre mi boca, lamiéndome como un animal. —Lo quiero duro contigo, Persephone.

Dejé que mi cabeza cayera sobre la pared, desnudando mi garganta, sintiendo cómo sus dedos se tensaban.

—Vas a sentirme tan jodidamente duro.

Me dio un doloroso apretón en el culo antes de mover su mano entre mis piernas y acariciar mi sensible coño.

—Sácame. — susurró roncamente.

Me temblaron las manos cuando metí la mano entre nosotros y busqué a tientas su cremallera. Todo el tiempo, Hades me miraba a la cara, con una expresión estoica, como si estuviera... aburrido. Pero sabía que estaba todo menos eso. Podía sentir lo duro que estaba, sentía la mancha de humedad en la pernera de su pantalón porque claramente estaba perdiendo presemén.

Cuando le bajé la cremallera, el sonido de los dientes que se separaban me arrancó un pequeño sonido de necesidad.

—Sácala.

El corazón me retumbaba cuando metí la mano por la bragueta y rodeé su longitud con las manos. Mi boca se abrió. Sabía que era grande, había sentido su longitud presionando contra mi pierna más de una vez, pero sentirlo en la carne era algo totalmente diferente.

Era caliente y grueso, la piel como el terciopelo sobre el acero. La punta estaba empapada de presemen, y pasé la palma de la mano por la corona resbaladiza. Me soltó la garganta y apoyó la mano en la pared junto a mi cabeza, inclinándose para que nuestras bocas se apretaran, pero no nos estábamos besando.

—Frótame dentro de ti.

Cerré los ojos, sabiendo lo que quería decir. Como para animarme, Hades movió sus caderas hacia delante. Incliné su longitud para que la punta me presionara el vientre, y su presemen se esparció por todo mi cuerpo.

—Ahora pasa tus dedos por encima. Frótalo. Frótame.

Sonaba tan... primitivo.

—Eso es. — gimió cuando empecé a untar su semen en mi vientre. —Me gusta saber que te estoy marcando. Me encanta que huelas a mí. — Me besó y luego me mordió el labio inferior. Grité, y él pasó su lengua por el escozor, calmándolo.

—Pon tu pierna alrededor de mi cintura. Sé mi buena chica y haz lo que te diga. — Me lamió una y otra vez. — Quiero que los dos nos sintamos tan jodidamente bien.

Me puse como un flan en sus brazos e hice lo que él quería. Enganché mi pierna alrededor de su cintura, los labios de mi coño se separaron, el aire fresco enfriando mi carne sobrecalentada.

Su beso se hizo más fuerte mientras empujaba su polla contra mí.

—Un poco más abajo, dulzura.

Me moví para que su polla se colocara entre mis piernas. El resbaladizo semen, el calor de nuestros cuerpos y el sonido de nuestros jadeos hacían que mis músculos internos se contrajeran de forma casi dolorosa.

Rompió el beso y arrastró su lengua por mi mejilla y mi cuello, lamiendo, chupando... mordiendo hasta que supe que quedaban marcas.

—Ahora inclina esas caderas, colócame donde debo estar, y aguanta. — se retiró y contuve la respiración. Su expresión se suavizó en lo más mínimo hasta que vi una parte de Hades que nunca había visto antes.

Una suavidad de la que no sabía que era capaz. Y algo más. Algo que le hizo fruncir las cejas y cerrar los ojos.

—Lo que me haces. — susurró tan bajo que casi no lo oí.

Pero cuando volvió a abrir los ojos, esa suavidad había desaparecido, y en su lugar estaba ese exterior áspero que llevaba tan bien.

Puse la punta de él en la entrada de mí, contuve la respiración y agarré sus bíceps. Clavé las uñas en el suave material de su camisa, tensándome porque sabía que, por mucho que lo deseara, me iba a doler.

Enredó su mano en mi pelo y me tiró de la cabeza hacia atrás. —Esto va a doler. — Y con eso, Hades empujó con fuerza y profundidad, abriéndose paso a través de mi virginidad, haciéndome tomar cada grueso centímetro de su polla.

Grité, e instintivamente, tenía mis manos en su pecho, tratando de apartarlo aunque lo quería más cerca.

—Ni siquiera he entrado del todo, Bunny. — dijo entre dientes apretados, con la voz agitada y las venas del cuello erizadas. Agarró mi cintura dolorosamente y empujó dentro de mí otra pulgada más una más.

Me partía en dos, mi cuerpo se veía obligado a estirarse para acomodarse a él. Pero incluso con ese dolor, incluso con esa oscuridad que sentía que se arremolinaba en torno a él, todavía quería más.

—Duele, ¿no es así, chica bonita?— Su mano se enroscó alrededor de mi mandíbula, manteniendo mi cara inclinada justo donde él quería. —Se siente como si te estuviera rompiendo de adentro hacia afuera. — empujó otra pulgada dentro de mí, y grité, el dolor era tan grande que me robó el aliento.

Se inclinó y apoyó su frente contra la mía, jadeando mientras se metía más en mí.

—Te duele, pero por Dios, Persephone, estar dentro de ti es lo mejor que he experimentado jamás. — Hades me metió el pulgar en la boca y gimió: —Chúpalo.

Enrosqué los labios alrededor del dedo, haciendo lo que él decía mientras arrastraba la lengua sobre la almohadilla. Y con una nueva y brutal embestida, se introdujo por completo en mi coño.

Grité, pero el sonido quedó amortiguado con su pulgar en mi boca, y lo chupé con más fuerza, mordiendo la carne para que también le doliera.

—Eso es. Sé mi pequeña víbora. — Se retiró y volvió a introducirse. —Joder. Sí, eso es. Se siente tan bien.

Era tan grande. Tan grueso. Su longitud se sentía interminable.

—Mira qué buena chica eres. Me has tomado todo, dulzura. Apuesto a que te sientes tan llena. — Me mordió el labio.

No pude responder. Ni siquiera podía formar una palabra coherente.

—Dios, Persephone. — Su gemido fue duro y severo, el filo de una cuchilla.

Tenía las manos enroscadas alrededor de sus brazos, mis uñas clavadas en sus bíceps, manteniéndolo cerca. Me encantaba y odiaba que siguiera vestido.

Gruñó y enterró su cara en el pliegue de mi cuello, mordiéndome una y otra vez mientras empezaba a empujarme superficialmente y a retirarse.

—Tu coño está tan apretado. Tan caliente y húmedo. Nunca tendré suficiente. — No parecía que me estuviera hablando a mí mientras me chupaba la garganta con la suficiente fuerza como para saber que me estaba dejando chupones.

Me mordió la parte inferior de la mandíbula, y el escozor hizo que mi coño se apretara alrededor de él con la suficiente fuerza como para que gruñera y aumentara su velocidad.

—Eres tan grande. — jadeé cuando tocó fondo dentro de mí.

Hades arrastró su lengua por mis mejillas. —Sí, lo soy, y me manejas tan bien. Tan jodidamente bien.

Se quedó quieto, con cada centímetro de su polla alojada en mí, sus pelotas presionadas contra la curva de mi culo, su longitud palpitando.

—Me voy a correr tan fuerte, te voy a llenar hasta que gotee de este apretado coño y haga un desastre por todo el puto suelo. — Se retiró. Volvió a meterla. —Y va a ser tan jodidamente caliente.

Hades era un salvaje cuando empezó a follarme, algo se rompió en él para que fuera como un animal. Gruñendo, gruñendo, abriéndome para no volver a recomponerme.

Gimió, su voz era una mezcla de palabras y maldiciones que se mezclaban para que yo no pudiera entenderlas.

El dolor de que me follara lo consumía todo.

Y entonces se salió tan rápido que me tambaleé. Pero sus manos me agarraron por la cintura y evitaron que me cayera. Me levantó en brazos y se dirigió a la silla en la que se había

sentado primero. Hades se sentó conmigo en su regazo, con las piernas abiertas.

—Vuelve a meterme dentro de ti. —

No esperé a obedecer. Me agaché, agarré esa longitud resbaladiza y caliente, mis dedos incapaces de tocar, y lo alineé.

—Ahora móntame. Fóllate sobre mí.

La cabeza empujó a través de mi coño, y mi boca se abrió mientras me hundía, tomándolo todo. Apretó la mandíbula, enseñó esos dientes blancos y fuertes.

—Mírate. — gimió mientras me tomaba, completamente sentada en su regazo ahora. —Tomándolo todo, nena.

Dios, sus palabras eran sucias.

—Vamos ahora, Bunny. Quiero que me folles. — Se inclinó. —Esta es la única vez que te dejaré tener el control, nena, así que hazlo valer. — Sus manos en mi cintura eran dolorosas mientras me levantaba.

Con mis palmas en sus hombros, comencé a moverme hacia arriba y hacia abajo, cada segundo que pasaba hacía que mi cuerpo se calentara más. Mi clítoris se frotó en la raíz de su polla y gemí, mis músculos se aflojaron, mi cabeza cayó ligeramente hacia atrás.

Cerré los ojos y me moví más rápido, mi coño se mojó tanto que los sonidos descuidados de nuestra follada llenaron mi cabeza.

—Mírate. — gimió y se relajó en la silla. —Jodidamente magnífica.

Me dejé llevar, golpeando mi coño contra su polla, sintiendo que me acercaba al precipicio donde todo lo demás se desvanecía hasta que todo lo que sentía era el olvido.

—Te vas a correr por mí, Persephone. — Su mano se movió entre mis muslos, frotando mi clítoris.

Cada parte de mí estaba en llamas, preparándose para un orgasmo explosivo. —Oh Dios, se siente tan bien, Hades.

—Esa es mi chica.

Hice ruidos de éxtasis mientras me corría por el placer y sus elogios.

Mi cuerpo se agarrotó, mi coño se apretó con fuerza, y sentí que me abría, brotando todo sobre Hades. Y fue lo más increíble del mundo.

Me rodeó el culo con las dos manos y empezó a empujar hacia arriba. Tuve que agarrarme a sus hombros mientras se volvía brutal, con los ojos fijos en el lugar donde estaba enterrado en mí.

Con una mano en mi culo y la otra enredada en mi pelo, me tiró de la cabeza hacia atrás y me puso los labios en la garganta.

—Joder, sí. Eso es. Estás tan jodidamente estirada a mi alrededor, Bunny. — Aceleró su ritmo. —Te sientes tan bien. Estás haciendo que me corra. — Mordió con fuerza mientras se corría.

Me corrí de nuevo y perdí toda la sensibilidad en mis brazos y piernas por el placer. Era como el acero. Era tan grande que yo era delicada en sus brazos.

—Nadie me hará sentir tan bien como tú. Nunca. — Jadeó contra mi garganta antes de dar un pellizco en el costado.

Hades me rodeó con sus brazos y me levantó de su regazo. Me temblaron las piernas, pero me obligué a permanecer de pie. Y todavía llevaba los malditos tacones.

Fui a cerrar las piernas, pero el sonido que se desgarró de él me detuvo.

—No lo hagas. Déjame ver.

Las dejé abiertas de par en par, viendo el foco de Hades traspasado entre mis muslos. Y entonces sentí cómo su semen

se deslizaba hacia fuera y se deslizaba por el interior de mi muslo.

Zumbó de placer ante esa visión.

Agarró su polla aún semidura y la sacó por la solapa de su cremallera. —Podría volver a follarte solo para ver cómo mi semen sale de ese bonito coño.

Me calenté y me ablandé después de que hablara. Cuando relajé las piernas, se me escapó más semen.

—Me encanta verte toda ensuciada porque te he follado.

Su polla estaba brillante, cubierta de nuestros orgasmos combinados, y untada con mi sangre virgen. Y todavía se acariciaba perezosamente.

Mis piernas temblaban; mi corazón seguía acelerado. La adrenalina estaba desapareciendo.

Volvió a meterse en los pantalones y un segundo después estaba frente a mí. Hades me acarició la mejilla, susurrando lo buena chica que era.

Me dejé caer sobre él y me sorprendí cuando me rodeó con sus brazos, abrazándome. Me sentí tan bien al tener su cuerpo grande y duro aprisionándome. Protegiéndome.

—Eres demasiado buena para mí.

Deslizó sus manos por mi espalda, un acto tan suave que iba en contra de la brutalidad de lo que acabábamos de hacer.

—Eres un ángel, y yo soy el diablo. Pero aun así no te dejaré ir. Soy demasiado egoísta.

Estaba adormecida y saciada cuando me levantó en sus brazos y salió de la biblioteca y subió las escaleras. Cuando entró en la habitación, me revolví ligeramente y miré a mí alrededor.

—Esta no es mi habitación. — murmuré somnolienta, la cálida sensación de su aliento perfumado a whisky sobre la coronilla de mi cabeza quería devolverme a ese lánguido descanso.

Sus brazos me rodearon con fuerza.

—No. Es mía. — Me tumbó en el centro de la cama y me cubrió con las mantas.

Lo miré fijamente, con los ojos demasiado pesados para mantenerlos abiertos, con el cuerpo dolorido pero saciado.

—Aquí es donde debes estar.

Podía olerlo a mí alrededor. En esta habitación, en mi piel. Me ayudó a meterme en esa extraña oscuridad de la que no quería salir.

Y con esos pensamientos, mis ojos se cerraron solos y suspiré satisfecha.

Y justo antes de que el sueño se apoderara de mí, oí a Hades retumbar con su profunda voz.

—Nunca sentí nada más correcto que verte así. En mi cama.

Estaba bien y jodida en lo que respecta a Hades.

Capítulo 18

HADES



Me quedé a un lado de la cama, mirando a Persephone. Era tan pequeña en mi colchón, su pelo oscuro se extendía sobre las sábanas blancas.

Parecía jodidamente perfecta. El impulso de arrastrarme junto a ella era fuerte, de envolverla en mis brazos y enterrar mi cara en su cuello mientras inhalaba profundamente, y me estaba invadiendo con tanta fuerza que tuve que cerrar los dedos en puños para no hacerlo.

Esta noche me había apoderado de ella, había hecho que no tuviera que pensar. Solo tenía que sentir. La había visto deshacerse ante mis ojos, los acontecimientos de la noche con ese pedazo de mierda de Trevor y la situación de la pérdida de sus padres finalmente hirviendo hasta que no pudo controlarlo más.

Había hecho un buen trabajo poniendo un muro a mí alrededor toda mi vida. Quería derribar esos ladrillos, arrancarlos con mis propias manos hasta que fuera una masa sangrante y rota frente a ella.

El corazón me latía con fuerza y levanté la palma de la mano para colocarla en el centro del pecho. Siempre latía a un ritmo uniforme que bombeaba sangre por mis venas y me mantenía vivo. Pero nunca había estado realmente vivo, nunca había sentido que hubiera algo más para mí.

Hasta que la miré a los ojos, la oí rogar y suplicar por más... mientras la veía correrse por mí cuando la llenaba.

Era malo para ella en todos los sentidos, un tumor canceroso que crecería hasta matarla.

Pero era tan jodidamente egoísta que no podía dejarla ir. Me hacía sentir demasiado bien. Y tenerla para mí solo me hacía más daño que la venganza que había dejado que se infectara en mi corazón durante tanto tiempo.

Pero había querido mi venganza durante tanto tiempo. ¿Cómo podía deshacerme de este sentimiento de venganza contra Zachariah? Se estaba pudriendo en el suelo. Eso debería haber sido suficiente. ¿Pero lo era? Extendí la mano y aparté un mechón de pelo de su frente.

Se movió ligeramente, girando la cabeza en mi dirección como si buscara más de mí toque. Sus labios se separaron y suspiró suavemente. Podía oler el dulce aroma que la rodeaba. Ahora se mezclaba con el mío. La había marcado, y no había vuelta atrás.

—Yo sin ti no tiene ningún puto sentido. — dije en la oscuridad. Cerré las manos en puños y me clavé las uñas romas en las palmas hasta que sentí la punzada del dolor. Eso me hizo volver a centrarme.

Salí en silencio de la habitación y me dirigí al pasillo, todo oscuro y quieto. Silencioso. Cuando entré en la habitación de Michael, él ya estaba despierto, mirándome fijamente como si percibiera mi presencia.

Yo era la parca que venía a regodearse, a dejar que mis dedos helados patinaran sobre su cuerpo decrepito y en descomposición. Arrastré la silla hasta su cabecera como había hecho tantas veces. Me senté y me incliné hacia delante, apoyando los codos en los muslos.

Deseaba tener un padre, una madre o incluso un hermano con quien hablar, para desahogar mis preocupaciones y temores. Para hablar de mis esperanzas y sueños y de todas

las cosas que quería en la vida. Pero no había tenido nada de eso.

Y no lo quería ahora.

—Me he follado a tu preciosa nieta esta noche, padre. La hice sangrar mientras tomaba su virginidad. — Debería haberme sentido como un vil hijo de puta hablando así de Persephone, divulgando los aspectos más íntimos de su primera experiencia, pero la parte enferma y retorcida de mí se excitaba con ello.

Por no hablar de que me gustaba la furia reflejada en la mirada de Michael. Solo había sido mi padre a efectos legales. Me incliné hacia atrás justo cuando vi que las fosas nasales de Michael se ensanchaban. Estaba enojado, el viejo cabrón.

— ¿Qué crees que haría Zachariah si supiera que he profanado a su pequeña Persephone?

Solo con pensar en ella se me puso dura, y me removí en la silla, sin desear nada más que volver a mi habitación y tomarla de nuevo.

Me puse de pie y moví la silla hacia donde estaba, asegurándome de que Michael pudiera verla, para que se acordara de mí y de que volvería.

Le dediqué una sonrisa lenta, como de tiburón, y salí de su habitación, con un destino en mente.

Me pregunté si Persephone volvería a sangrar por mí y mancharía mis sábanas blancas.

Qué jodidamente hermoso recordatorio de que ella era mía.

Capítulo 19

PERSEPHONE



Estaba teniendo el sueño más increíble.

Hades me tocaba, acariciando sus manos a lo largo de mi cuerpo, forzando mis muslos a abrirse para poder encajar sus anchos hombros entre ellos.

Movió las palmas de las manos por la parte inferior de mis muslos para poder agarrarme el culo y levantar la parte inferior de mi cuerpo hacia su boca que esperaba mientras me comía.

El sueño había sido tan vívido que parecía una película en mi cabeza. Había arqueado la espalda con el primer golpe de su lengua grande, cálida y húmeda a lo largo de mi coño. Había sentido su estruendo de placer contra mi carne. El éxtasis era insuperable. Crecía tanto que jadeaba, agarrando las sábanas mientras él me chupaba el clítoris y empujaba un grueso dedo en lo más profundo de mi cuerpo.

Todavía me dolía mucho de cuando me había follado, pero quería ese dolor porque aumentaba todo lo demás.

Y entonces me di cuenta de que no había sido un sueño cuando recuperé la consciencia y abrí los ojos, mirando al enorme y corpulento Hades, con las piernas echadas sobre sus anchos hombros mientras me lamía la raja.

—Este coñito es la cosa más jodidamente dulce que he probado nunca.

Me desperté y jadeé, sus palabras me hicieron arquear la espalda.

—Todavía puedo saborear la sangre de cuando te reventé la cereza, Bunny. — Me agarré a las sábanas mientras él arrastraba su lengua desde el agujero de mi coño hasta mi clítoris antes de succionar el pequeño bulto en su boca y zumbar alrededor de él.

—Me pones tan duro. — Introdujo su lengua en lo más profundo de mi cuerpo y gemí.

Cerré los ojos cuando sentí su pulgar haciendo lentos círculos en mi clítoris, ese grueso músculo rodando alrededor de la parte más sensible de mí. Y entonces introdujo su lengua en mi coño, y mis músculos internos se estremecieron a su alrededor, tirando de él más profundamente, y me puse al límite.

—Abre los ojos y mírame cuando te haga correr.

Grité y abrí los ojos de golpe, contemplando la oscura mirada de Hades. Esas manos grandes, bronceadas y tatuadas se extendieron por el interior de mis muslos mientras me mantenía abierta.

La presión llegó a su punto álgido y explotó fuera de mí, y yo extendí mis manos y las clavé en los cortos y sedosos mechones de su pelo. Todo el tiempo me miraba fijamente a los ojos y me metía dos gruesos dedos. Me mordí el labio mientras el dolor y el éxtasis se mezclaban, creando una sensación explosiva.

Mis ojos se agitaron cuando el placer se hizo demasiado intenso, pero una rápida bofetada en mi coño me hizo mantenerlos abiertos.

—No me desobedezcas cuando te doy una orden.

Mi orgasmo seguía desbordándose a pesar de los azotes en el coño y de sus palabras de mando.

—Es tan jodidamente hermoso cuando te corres para mí.
— Sacó sus dedos justo cuando mi cuerpo dejó de chuparlos.

Hades levantó los dedos brillantes para que yo pudiera ver a la luz de la luna.

—Tú, sucia chica de mierda. Tan hermosa cuando actúas como mi puta. — se los llevó a la boca para lamerlos. —Pero solo mi puta, ¿no es así? Nadie más puede probarte, ver cómo te mojas, o lo fuerte que gritas cuando te corres. — Arrastró su lengua por mis labios. —Eso es todo mío, Bunny.

Tarareó intensamente y se levantó para arrodillarse entre mis piernas, la gruesa y pesada longitud de su polla orgullosa e intimidante mientras me apuntaba. La corona estaba resbaladiza y brillante de premen, y cuando agarró la base, apretándose desde la raíz hasta la punta, vi cómo caía más.

La gota cayó de la corona para aterrizar justo en mi raja, y tomé aire.

Se acercó y pasó sus dedos por encima, frotando su semilla en mi interior.

—Sigo pensando en reventar esa cereza y llenarte. Se me pone la piel de gallina al saber que me he corrido hasta el fondo. Me gusta que mi semen siga saliendo lentamente de este coño perfecto.

Sus palabras eran sucias.

—Me encanta que te haya marcado, que huelas a mí. — Me dio otra palmada entre los muslos. —Apuesto a que este coñito está dolorido de que me lo haya follado. ¿No es así, Bunny?

Jadeé, incapaz de formar ninguna palabra. Pero en realidad no quería que respondiera. Se burlaba de mí porque eso le excitaba.

—Sí. — gimió y miró entre mis piernas. —Apuesto a que te duele en lo más profundo de lo grande y grueso que fui cuando desgarré tu inocencia y te reclamé.

Su voz era tan profunda. Podía encender mi cuerpo como un interruptor de luz solo con la mirada de sus ojos, el recorrido de su dedo por la longitud de mi brazo.

El hecho de que me hubiera estado comiendo mientras dormía debería haber sido aborrecible. Pero no lo fue. Lo deseaba, y a pesar del dolor entre mis piernas, quería que Hades empujara esa gruesa polla dentro de mí y me hiciera tomar todo de nuevo.

Bofetada. Y otra vez. —Dile a papi que te gusta que te abofetee el coño. Dile a papi que te gusta que te azote el coño.

Me levanté ligeramente justo cuando vi a Hades bajar su mano entre mis muslos de nuevo. Ver sus dedos tatuados golpeando mi carne húmeda hizo que el calor me reclamara.

—Adelante, Princesa. Dime cuánto te gusta.

Jadeé cuando lo hizo una y otra vez, el *bofetada-bofetada-bofetada* me llenaba la cabeza.

—Miénteme otra vez que no te gusta que me llame papi.
— *Bofetada. Bofetada.*

Me estaba quemando viva.

—Intenta mentirme diciendo que no estás empapada porque te excita hacer estas cosas malas. — *Bofetada. Bofetada.*

Se inclinó hacia delante y arrastró su lengua por un lado de mi cara como si fuera un león bañándose.

— ¿O tal vez quieres que te llame mi putita?— Ahora me frotaba el coño, deslizando sus gruesos dedos entintados por mi raja, rozando mis labios antes de sumergirlos dentro de mí.

Mis músculos internos se cerraron en torno a ellos, atrayéndolo hasta que maldijo.

Su boca estaba junto a mi oreja y su respiración era agitada. — ¿Te excita eso, nena? ¿Te mojas y te preparas cuando te digo que quiero que seas la putita de papi?

Dios mío, esto está tan mal. Esto es tan caliente.

El sonido húmedo y descuidado de mi coño chupando sus dedos era tan crudo que arqueé la espalda, mis pezones rozando los duros planos de su pecho.

Gruñó y gruñó, y me di cuenta de que estaba haciendo rodar mis caderas, follándome sobre su mano, desesperada por correrme.

—Eres una chica tan buena. — Me chupó el lóbulo de la oreja y luego la concha, gimiendo.

Empezó a empujar contra la parte interior de mi muslo, su longitud rozando mi pierna. Podía sentir la humedad de su presemen en mi carne.

Lo quería por todo mi cuerpo, quería restregarlo para que su olor quedara siempre arraigado en mí.

Arrastró su lengua por el borde de mi mandíbula, a lo largo de mi labio inferior, y succionó mi carne en su boca, tirando suavemente de ella con sus dientes.

—Quiero llenarte, Persephone. Quiero que estés tan llena de mi semilla que no haya espacio para nada más. Quiero que tomes mi semen y que te pongas grande e hinchada con mi bebé.

Niños eran lo último en lo que pensaba, pero escuchar a Hades decir estas cosas era un afrodisíaco auditivo porque mi coño se apretó y sentí que mi humedad se deslizaba por mi culo.

—Te gustaría eso, ¿verdad? Tomar lo que tengo para dar, estar tan llena de mi semen que salga de ti porque no tiene otro lugar a donde ir. — Su mano seguía entre mis muslos mientras me acariciaba, tirando suavemente de los labios de mi coño, abriéndome bien.

Me estaba besando, lamiendo, chupando y murmurando las cosas más sucias que jamás había oído mientras se acomodaba entre mis piernas y colocaba la punta de su polla en la entrada de mi cuerpo.

—Todo lo que puedo pensar es en lo apretado y caliente que está tu coño. En cómo te mojas tanto para mí. — Gimió. —Nunca me cansaré de follarte. — Me agarró de la barbilla y me obligó a acercar la cara hacia él para poder besarme con fuerza y de forma posesiva. —Eres la chica buena de papi, ¿verdad?

Me metió la lengua entre los labios y me hizo saborear en él. —Sí. —murmuró. —Dime lo que quiero oír.

Gemí. —Sí.

—Nadie se sentirá nunca tan bien como tú. Nadie será nunca tan perfecto como tú, dulzura.

Empujó dentro de mí lentamente, con facilidad. Esto era diferente. Esto no era brutal o crudo como había sido en la biblioteca. Me estaba mostrando que podía ser suave. ¿Pero yo quería eso?

— ¿Te gusta esto? ¿Te gusta cuando soy dulce contigo, cuando me tomo mi tiempo?— Se hundió profundamente y se retiró con la misma lentitud. —Mira cómo tienes las pupilas dilatadas, cómo se ha acelerado tu respiración. ¿A mi chica le gusta que le haga el amor?

Hacer el amor.

Me mordí el labio y gemí, mis caderas se levantaron para que él golpeará más profundamente.

—Tú, sucia, jodidamente hermosa chica. — Volvió a bajar su mirada entre mis muslos.

Sus fosas nasales se ensancharon, un gruñido bajo lo dejó, y luego cubrió mi pecho con el suyo.

Y con eso, se introdujo en mí, deslizando sus manos hacia abajo y alrededor para poder agarrar mi culo y angular mis caderas hacia arriba para poder profundizar aún más.

Hades entraba y salía de mí, con una mezcla de pasión y enojo. Los enérgicos movimientos me hicieron subir a la cama, por lo que me vi obligada a levantar la mano y colocarla detrás de la cabeza, apoyándome en el ornamentado cabecero.

—Todo ha cambiado. — siseó como si hablara consigo mismo.

Deslizó sus manos por el interior de mis muslos, me mantuvo abierta y me penetró para que no pudiera hacer otra cosa que aguantar el placer. Me corrí en una explosión de luz y sentimientos, emociones y sensaciones.

—Mírame. Te he dicho que me mires cuando te haga correr.

Y entonces me quedé mirando la expresión salvaje de su rostro. Una gota de sudor se deslizó por su sien, salpicando mi pecho. Y aun así, se abalanzó sobre mí repetidamente. Deslizó su mano por el centro de mi cuerpo y me agarró la garganta, apretando ligeramente pero no lo suficiente como para que no pudiera respirar.

—Quiero que me digas que eres mía, Persephone. Quiero que me digas que, pase lo que pase, eres mía.

No sabía qué quería decir con eso, pero asentí antes de que terminara de hablar, dándole la razón. Era suya. Porque pensar que no lo era, era extrañamente incómodo.

—No. — gruñó y se inclinó para que estuviéramos frente a frente. —Di esas malditas palabras. Quiero oírlas. Quiero sentirlas.

Se introdujo con fuerza y rapidez, mi cabeza se golpeó contra el cabecero. Sentí que se acercaba otro orgasmo y jadeé las palabras que él quería oír tan desesperadamente.

—Soy tuya. — Esas dos palabras fueron un grito arrancado de mi garganta mientras me corría de nuevo, más fuerte que la primera vez. Encendió mi cuerpo desde adentro hasta que lo único que pude hacer fue aferrarme a Hades como si fuera la única ancla de mi vida.

Fue aterrador. Fue increíble.

Y entonces lo oí rugir. Me obligué a abrir los ojos porque quería mirarlo, verlo correrse. Echó la cabeza hacia atrás, con los músculos del cuello tensos, enseñando los

dientes, mientras siseaba y bombeaba dentro de mí tres veces más antes de clavarse profundamente y derramar todo su semen dentro de mí.

Pude sentir su orgasmo, sentí las gruesas y calientes cuerdas cubriendo cada centímetro de mí desde dentro hacia afuera. Jadeé, arrastrando mis uñas por sus bíceps, sabiendo que quedarían marcas. Me miró a los ojos.

Permanecimos tumbados durante unos instantes, tratando de recuperar el aliento, con mis músculos internos apretándose rítmicamente alrededor de su circunferencia. Dios, todavía estaba muy duro.

Cuando por fin la sacó, la orgullosa y gruesa longitud de su polla brillaba con una mezcla de mi humedad y su semen.

Observé en silencio aturdido cómo agarraba la base y arrastraba la palma de la mano por la polla. Al principio, pensé que se estaba masturbando a pesar de haberse corrido. Pero cuando llegó a la corona, empujó el semen fuera de la raja, lo recogió en sus dedos y los introdujo de nuevo en mi coño.

—Este es mi sitio. — dijo mientras me follaba con esos dedos empapados de semen. —No quiero que se desperdicie ninguna puta gota.

Conmovido, se limitó a mirar entre mis muslos, observando cómo salía el semen antes de empujarlo de nuevo dentro de mí y gemir de placer.

Deslizó sus dedos por mi raja una vez más antes de subir los dedos empapados y meterlos en mi boca. — ¿Te gusta mi sabor?

Gemí y chupé sus dedos como un gatito hambriento.

—Eres la puta cosa más caliente que he visto nunca. Podría follarte toda la noche y aun así no me saciaría. — Se inclinó para tumbarse a mi lado, rodeó mi cuerpo con su cuerpo y me rodeó con su brazo para mantenerme cerca.

Sentí su cálido aliento a lo largo de la concha de mi oreja y cerré los ojos, ablandándome aún más contra él. —No te

vayas a ninguna parte. — No sabía por qué lo había dicho,
pero las palabras ya estaban a la vista.

—Te dejaré cuando me muera.

Capítulo 20

PERSEPHONE



Me había despertado con Hades recorriendo con sus manos cada centímetro de mi forma desnuda.

El sol apenas se asomaba por las cortinas, y yo estaba atrapada entre esa nostalgia del sueño y el estar completamente despierta.

Me estiré para él, pero mantuve los ojos cerrados mientras lo dejaba memorizar cada centímetro, cada hendidura, cada hueco y cada curva de mi cuerpo.

Murmuró lo bien que le hacía sentir, lo adictivo de mi sabor y lo dulce de mi olor.

Me hizo correrme dos veces. Luego me rodeó la garganta con la mano, me inclinó la cabeza para poder darme un beso profundo y minucioso, y murmuró contra mis labios que hoy fuera una buena chica para él.

Hades me volvió a tapar, se vistió con su traje de tres piezas y se fue a trabajar.

Me quedé tumbada durante una hora, sin poder volver a dormir, con el cuerpo aun zumbando por lo que me había hecho.

Eso había sido hace horas. Desde entonces había desayunado, me había duchado y vestido para el día, y había pasado el domingo familiarizándome aún más con la casa.

Había tantos rincones, pasillos y habitaciones a los que nunca me había aventurado. No me había dado cuenta de lo grande que era la casa desde afuera.

Así que aproveché el día de hoy para familiarizarme con todo.

Estaba en un lugar tan extraño ahora mismo. La situación con Hades no era algo que esperara, pero aun así, no podía dejar de querer ver hasta dónde llegábamos.

Recorrí un pasillo hasta entrar en la cocina. Me encontré en las dependencias del personal. Podía oler el pan recién horneado, el sonido de los utensilios sobre la vajilla era fuerte.

Algunos miembros del personal estaban hablando, con voces animadas. No quise escuchar a escondidas ni invadir su intimidad, pero el ambiente era agradable.

Era casi familiar. Estaba claro que se preocupaban los unos por los otros por la forma en que se burlaban, por la risa genuina que salía de cada uno de ellos.

Suponía que debían haber formado algún tipo de unidad familiar viviendo con un hombre como Hades, que no mostraba emociones. Estaba bastante segura de que si tuviera una pistola en la cabeza y su vida estuviera en juego, Hades seguiría sin romperse.

Nunca había tenido eso con mis padres, no realmente. Desde luego, no con el poco personal que había trabajado en nuestra casa a lo largo de los años.

No había mentido a Hades cuando dije que amaba a mi padre y que él me amaba. Todo eso era cierto. Cuando estaba en casa, me adoraba, me daba dulzura.

El hecho es que no había estado mucho en casa. Siempre había estado viajando por trabajo. Nunca nos sentábamos en familia a jugar a juegos de mesa o a cenar juntos los domingos.

Así que esto no era un gran cambio en mi vida. Estaba acostumbrada a estar sola. El único momento familiar real que

había tenido era cuando me obligaban a ir a sus fiestas, a estar rodeada de gente que no conocía, pero que no me habría gustado aunque la conociera.

Me alejé de la cocina y seguí con mi exploración. Aunque había dicho algunas palabras amistosas aquí y allá, el personal seguía siendo un poco distante conmigo. Y me pregunté si todo tenía que ver con que no querían relacionarse conmigo por culpa de él.

Podía hacer que la gente se sintiera mal con solo una mirada.

Pasé un rato paseando por los jardines exteriores antes de encontrarme de nuevo en la casa. Llegué a una parte de la finca en la que no había estado. Revisé algunas de las habitaciones, el interior se sentía frío y casi muerto, como si nadie hubiera vivido en esta parte durante mucho tiempo.

Todo estaba sellado, y los muebles y las lámparas estaban cubiertos con telas blancas para evitar el polvo.

Había una habitación al final del pasillo, una pesada puerta de madera con grabados ornamentales alrededor de la moldura. El picaporte era grueso y grande, un objeto de latón brillante que intimidaba un poco para la entrada de una habitación.

Me detuve frente a la puerta y alcancé el picaporte, a punto de abrirla, cuando sentí que una mano se posaba en mi hombro, y el movimiento me hizo sobresaltarme y girar.

Una de las empleadas me miraba con la mirada perdida, con la frente más arrugada. Su expresión me hizo sentir como una niña petulante a la que han atrapado infringiendo las normas.

—Se supone que no debes estar en esta parte de la casa.

No podía recordar su nombre, pero era una de las empleadas de Hades que apenas me miraba. Me apartó de la puerta, con el ceño fruncido.

—El Sr. Cronus seguramente te dijo que te mantuvieras fuera de esta parte de la finca.

No lo había hecho, pero no me molesté en decírselo.

Mientras nos retirábamos, miré por encima del hombro, preguntándome qué secretos tendría Hades en esa habitación.

¿Una guarida secreta? ¿Una habitación llena de equipos de bondage y dominación?

¿Tal vez era ahí donde guardaba a sus enemigos para poder torturarlos?

¿Todo lo que sabía? No se me permitía entrar ahí, eso me hacía desearlo aún más.

Capítulo 21

HADES



Todavía podía saborearla en mi lengua, podía oírla gritar mientras se corría con mi polla enterrada profundamente en su coño.

Mi polla palpitaba, y gemí, moviéndome en la silla, ajustando mi longitud para que el cabrón no se clavara en la bragueta.

Pasé hambre durante todo el día hasta que pude mirarla, tocarla y oírla suplicar por más. La obsesión, la adicción, nunca había sido una dolencia que sufriera. Pero me di cuenta de que Persephone era mi droga preferida.

Llegué tarde el domingo por la noche, la encontré durmiendo en mi cama como la buena chica que era, y le di un orgasmo antes de dejarla volver a dormir. No se quejó, no me apartó. Estaba tan hambrienta de mí como yo de ella.

Y yo estaba cayendo más profundamente en su red. Las líneas habían sido buenas y se habían cruzado. Pero yo siempre había sido uno de los que rompía las reglas, y joder, qué bien se sentía.

Oí el profundo estruendo del juez Wilcox gritando al otro lado de las puertas de mi despacho.

— ¿Sabes quién soy? — gritó.

Mi secretaria murmuró algo inaudible.

—Me importa una mierda si necesito una cita para ver su arrogante culo. Estoy hablando con el bastardo ahora.

Me recosté en mi silla, dándole tres... dos... uno.

Las puertas dobles se abrieron de golpe y sonreí al juez, que irrumpió en el interior. Su rostro estaba enrojecido, su ira era tangible.

—Bastardo. — maldijo, con un escupitajo saliendo de su boca.

No se molestó en cerrar la puerta y Lisa, mi secretaria, entró a toda prisa, con aspecto de estar nerviosa. Estaba frenética mientras miraba entre el juez y yo.

Le hice un gesto para que se fuera, haciéndole saber sin palabras que no necesitaba que llamaran a la policía. Podía encargarme yo mismo de este cabrón.

—Por favor, Lisa, cierra la puerta. — Mi voz era uniforme y clara, y me concentraba en Martin.

Estaba resoplando, con las fosas nasales abiertas y la cara cada vez más roja. Se estaba enojando, y le tendí las manos.

— ¿Qué puedo hacer por ti, Martin?— Tardó un momento en responder. Pude ver cómo intentaba recuperar la compostura, diciéndose a sí mismo que sabía quién era yo, de qué era capaz. Tenía que ir con cuidado. Cuidadosamente.

Pero era un tonto arrogante. Pensaba que estaba por encima de las reglas, de la ley. Pensó que estaba por encima de mi ira.

—Has herido gravemente a mi hijo. Tuvo que ir a urgencias por una nariz rota. No podían creer que no se hubiera fracturado la mandíbula.

Me burlé. —Tendré que perfeccionar mi puntería la próxima vez.

La cara de Martin se puso más roja. — Su mano izquierda fue aplastada, y le rompiste dos dedos de la derecha.

No podrá jugar a la pelota. Y no saben si tiene daño permanente en los nervios.

Mantuve mi expresión en blanco. Porque si no lo hacía, dejaría que toda la rabia por ese pedazo de mierda me atravesara de nuevo. Me encontraría de nuevo en aquella fiesta, viéndolo abordar a Persephone.

Y entonces eso me haría perseguir al bastardo y terminar lo que había empezado.

—Tu hijo cometió un error. — Me incliné hacia delante en mi silla, apoyando los antebrazos en la mesa. —Un puto error muy grande que corregí. — No oculté el veneno en mi voz. Dejé que Martin sintiera que me rodeaba.

Y al menos el bastardo tuvo el sentido común de dar un paso atrás.

—Te pasaste de la raya, Cronus. Te crees intocable, pero puedes ser herido. Me aseguraré de ello antes de que des tu último aliento.

Sonreí. Sabía que no podía hacerme una mierda. ¿Y la ley? La ley trabajaba para mí, no al revés. Por supuesto, no dije nada de eso. No era necesario. Él lo sabía. Solo intentaba ejercer su dominio cuando sabía muy bien que le sometería el culo tan rápido que no sabría qué le golpeó.

Martin sabía perfectamente que, a la hora de la verdad, yo tenía mucho más poder que él.

—Tu hijo es un hijo de puta. Necesitaba que le enseñaran algunos modales. Y así lo hice. — Señalé con el dedo al bastardo, sin poder contener mi ira. —Puso sus manos sobre Persephone. No voy a jodidamente tolerar eso. Me importa una mierda quién seas, con quién estés relacionado. Si tocas lo que es mío, te romperé.

Dio un paso adelante, el muy imbécil. Levanté una ceja, impresionado de que dejara que su ira controlara el sentido común y sus instintos de supervivencia. Llevaba una pistola en una funda atada a mi costado. No la necesitaba.

No, prefería hacer el daño con mis propias manos. Tal vez con un cuchillo, si me sentía creativo.

Me levanté lentamente, apoyando las manos en la mesa e inclinándome hacia delante.

— ¿Tienes algo más que decir?— Torcí el dedo, instándole a que se acercara. —Acércate, Martin. Dímelo para que pueda oírte mejor. — Tenía demasiadas cosas en su contra, muchas pruebas incriminatorias para encerrarlo de por vida.

Pero no duraría en prisión. Puso a demasiados de esos hombres ahí. Estarían salivando para ajustar cuentas.

—Dejemos una cosa clara. Tú me necesitas más que yo a ti. Eres prescindible. — Caminé alrededor del escritorio y lo vi tragar saliva.

Metí las manos en los bolsillos de mis pantalones y lo observé. Me gustaba ver cómo Martin se inquietaba, sin esperar cuál sería mi siguiente movimiento.

—Si Trevor vuelve a poner sus manos sobre Persephone, si siquiera la mira... Diablos, Martin, si descubro que pensó en ella, no me importa quién es, ni dónde está. Lo cazaré y lo destruiré.

Me incliné hacia él y vi cómo se mezclaban su miedo y su ira.

—Creo que has olvidado con quién estás hablando...

—Sé exactamente con quién estoy hablando. Un imbécil corrupto y un delincuente sexual. Estoy hablando con el hombre que irá a la cárcel por un tiempo difícil con las pruebas que tengo sobre él. Solo piensa, si todo eso se hiciera público, ¿Martin? Te codeas con los bajos fondos de la ciudad. ¿Comprando votos, chantajeando y aceptando sobornos?

Respiró con fuerza por la nariz, como un toro cabreado que quiere embestir.

—Pero eso no será todo lo que le haré a tu dulce hijo. Le romperé las rótulas y me aseguraré de que tenga que usar una

silla de ruedas el resto de su vida. Cuando termine con él, el pedazo de mierda no podrá caminar y tendrá que comer de una pajilla.

Di un paso atrás y sonreí lentamente.

—Te vas a arrepentir.

Me reí y negué. —Vete a la mierda de mi oficina.

Me miró fijamente y supe que tenía mucho más que decir. Pero mantuvo la puta boca cerrada.

Después de un segundo, se alisó las manos en la chaqueta del traje, exhaló lentamente y se dio la vuelta para irse. Martin era demasiado cobarde. Era todo palabrería, nada de juego.

Pero si intentaba algo contra mí...

Giré la cabeza alrededor de mi cuello, haciéndola crujir, y sentí cómo me llenaba ese oscuro zarcillo de rabia.

Estaba deseando mostrarle exactamente el monstruo que realmente era.

Capítulo 22

PERSEPHONE



En cuanto salí del coche, supe que hoy había algo diferente. Bruno me había llevado a la escuela porque Hades tenía que estar en la oficina temprano.

Todo el mundo dejó de hacer lo que estaba haciendo y me miró fijamente. Podía oír el coche de Hades al ralentí en la acera, y quise espantar a Bruno porque me hacía sentir aún más notoria, como si necesitara un guardaespaldas.

Pero otra parte de mí quería subirse al coche por la protección que ofrecía, un escudo contra las miradas indiscretas y los susurros inaudibles.

Porque sabía con qué tenía que ver todo esto.

Trevor recibiendo su trasero de asaltante sexual por parte de Hades.

Y no me había importado mucho el hecho de sentir esa punzada en el pecho de que su lado de la cama había estado frío, lo que significaba que Hades se había ido probablemente antes de que saliera el sol.

Respiré entrecortadamente y me pregunté cómo lo llevaría Hades. Seguramente con la cabeza alta y el dedo corazón por delante para que todos lo vieran. Pero la verdad es que nadie le habría dado este tipo de acogida. Le tenían demasiado miedo, y con razón.

Cuando intenté dormir en mi cama la noche después de que me quitara la virginidad, hizo un sonido inhumano y me dijo que a partir de entonces debía dormir a su lado.

Y eso fue lo que hice. Y lo disfruté. Me encantaba cómo me rodeaba con un brazo enorme y me acercaba a él, cómo enterraba su nariz en mi pelo e inhalaba profundamente, como si me perfumara.

No era el momento para esos pensamientos.

Me armé de valor y eché los hombros hacia atrás. Dar ese primer paso fue incómodo, especialmente cuando noté que muchas de las chicas casi me gruñían.

Tal vez si supieran que estaba tratando de agredirme, no me mirarían como si fuera la persona que provocó la caída de uno de sus seres queridos. Pero sacudí la cabeza mientras mis pensamientos me decían que esta gente era como una manada de lobos. Yo era un forastero al que veían como un enemigo.

Y yo hice caer a uno de sus miembros. El día de hoy iba a apestar.

Y al final del día, esas cuatro palabras nunca habían sido más ciertas.

Con los controles de hombros en el pasillo por parte de las chicas, las palabras desagradables que me lanzaban los chicos en todas las direcciones, y cada persona perforando agujeros en la parte posterior de mi cabeza, estaba mental y emocionalmente agotada.

Me salté el último período, sin importarme si le avisaban a Hades, y ciertamente sin importarme una mierda si se enojaba.

Fui al baño y me encerré en la caseta sin usarla. Necesitaba un minuto para recomponerme y esperar a que los pasillos se despejaran mientras todos iban a clase.

Entonces me iría. Regresaría a la finca, porque a decir verdad, solo quería estar sola.

Escuché a alguien entrar y luego el sonido de risas procedió.

—Ella es la que puso a Trevor en el hospital, la perra asquerosa.

—Creía que fue el hombre grande el que apareció y le dio una patada en el culo a Trevor.

—Cállate, Beth. A Trevor no le patearon el culo. Estaba borracho, así que no estaba al máximo rendimiento. Si hubiera estado sobrio, habría podido con el tipo.

Un no rotundo.

—Por supuesto que fue ese imbécil. Puso a Trevor en el hospital. Pero claramente lo hizo por ella.

No reconocí las voces, pero me asomé por la rendija de las bisagras de la puerta.

Pude distinguir al trío de chicas, todas ellas con el pelo rubio que variaba de tono.

Se acicalaron y prepararon, volvieron a brillar sus labios y se retocaron la sombra de ojos.

— ¿Quién es ella? — dijo la del centro. — ¿Una perra que se presenta en un colegio nuevo en su último año? Seguro que tenía muchos esqueletos en su armario. Probablemente era una puta en su última escuela.

La que hablaba jadeó como si acabara de llegar a la conclusión más perfecta.

Miró a las otras chicas. —Apuesto a que se quedó embarazada. Tuvo el niño y tuvo que cambiarse de colegio.

Hubo una ronda de risas, un par de insultos más hacia mí, y luego dos de las chicas se fueron. Todavía podía ver a una de ellas de pie junto al fregadero. Me di cuenta de que no había dicho nada durante todo el tiempo que sus amigas habían estado hablando mal de mí.

Exhaló y se dio la vuelta para marcharse, pero se quedó inmóvil, con la mirada fija en el suelo. Me di cuenta de que

podía ver mis zapatos entre el espacio que había debajo de los puestos.

—Puedes salir. Ya no están.

Su voz era suave y convincente. Casi agradable. No podía esconderme aquí para siempre. Salí y nos miramos fijamente. Ella se quedó junto al fregadero, con una mirada más curiosa que otra cosa. Pero había un extraño tono en sus ojos. Desvió la mirada y se aclaró la garganta.

—Solo quiero que sepas...

—Si vas a llamarme algo pintoresco, ahórrate el aliento. Ya me han lanzado bastantes cosas hoy. Realmente no tengo energía para entretenerte.

Sacudió la cabeza, con su pelo rubio sucio liso y brillante que le caía sobre los hombros. —Solo quería decirte que siento que te haya hecho eso.

Sentí que mis ojos se abrían de par en par. — ¿Perdón? — Mi voz estaba enrarecida. Por supuesto, sabía de qué estaba hablando, pero hasta donde yo sabía, nadie había visto a Trevor atacándome. Claro, los rumores sobre cómo le habían pateado el trasero habían corrido como la pólvora, todos pintándome de forma horrible y haciéndolo a él como la víctima.

Volvió a respirar profundamente y miró al suelo, trazando el borde de una baldosa con su Mary Jane. —Oí lo que ese hombre grande le decía a Trevor. Gritaba lo suficientemente alto como para que toda la casa lo oyera. Actúan como si no supieran lo que Trevor te estaba haciendo, pero lo saben. Todos lo saben porque no es la primera vez que le hace eso a una chica.

Me miró entonces, esa tristeza algo con lo que instantáneamente estaba familiarizada. Empatizaba conmigo. Porque ella había pasado por lo mismo.

Se llevó la mano a la garganta y pude ver cómo le temblaban los dedos. —Me hizo lo mismo el año pasado. Estábamos en una fiesta. Todos habíamos bebido demasiado.

La única diferencia es que... — Se apartó de mí y se agarró al borde del fregadero, mirando su reflejo. —No tenía a nadie que me protegiera.

—Lo siento, no solo porque Trevor intentó quitarte lo que no le ofrecías, sino porque todo el mundo piensa que tú tienes la culpa. — Mi voz era suave, mi tono estaba impregnado de toda la empatía que sentía por ella.

Mi corazón se aceleró y di un paso hacia ella, pero me miró y negó, poniendo una sonrisa falsa que yo sabía que probablemente había perfeccionado para ocultar lo que realmente sentía. La verdad estaba en sus ojos.

—Nadie sabía lo que me había hecho. No se lo conté a nadie porque él dijo que nadie me creería. Y tenía razón. No solo su padre es juez, y además corrupto, sino que Trevor es adorado en la escuela. No importa que lo que me haya hecho esté mal. No importa que me haya quitado cosas que no consentí. Podría haberlo gritado a los cuatro vientos y no habría importado. Porque era mi palabra contra él y su familia.

—Lo siento. — susurré de nuevo, pero se aclaró la garganta y negó. — ¿Cómo te llamas?

Dudó antes de responder finalmente. —Bree. — Se alisó las manos bajo la falda. —Esta escuela es un pozo negro, y todos en ella son pirañas. Protégete y que sepas que la única persona que te cubre la espalda eres tú.

Con eso, salió corriendo del baño, y yo me quedé de pie en un silencio aturdido.

Cuando salí de la escuela, todavía quedaba media hora de la última hora. Mi mente repitió lo que había dicho.

Al principio, una pequeña parte de mí se había sentido un poco mal porque a Trevor le habían dado una paliza. ¿Pero ahora? Que se joda. Esperaba que no se recuperara del todo.

Estaba perdida en mis pensamientos cuando un movimiento delante de mí me hizo detenerme y levantar la vista.

Un lujoso y oscuro todoterreno se acercó a la acera. Todo sucedió muy rápido cuando la puerta delantera del pasajero se abrió y salió un hombre fornido.

La puerta trasera del pasajero ya estaba abierta y salió otro hombre grande vestido de traje. Retrocedí, con mi instinto gritando que algo iba mal.

Y entonces me agarraron del brazo y empezaron a tirar de mí hacia delante.

—Oye, ¿qué estás haciendo?— Luché, a punto de gritar pidiendo ayuda, cuando me empujaron al interior. Dejé escapar un grito desgarrador justo cuando la puerta se cerró.

—Cierra la boca, pequeña perra.

El veneno en su voz era tangible.

—El cristal está insonorizado. Puedes gritar todo lo que quieras. Solo conseguirás enojarme más.

Las cerraduras encajaron, y me apreté contra la puerta trasera del lado del pasajero para ver a un hombre mayor que me miraba con odio.

Tenía sobrepeso, su traje se extendía sobre su cuerpo de manera que su barriga sobresalía. Llevaba el pelo largo y oscuro peinado hacia atrás y con la parte superior suelta.

Me miraba como si me conociera, como si me odiara.

— ¿Quién eres y qué quieres?— Me acerqué a mi espalda a ciegas e intenté tirar del pomo de la puerta. Exhaló con exasperación y se pasó una mano por las solapas. ¿Iba a secuestrarme? ¿Haría algo atroz con mi cuerpo?

Pero el coche no se movió. Se limitó a quedarse al ralentí en el bordillo de la acera frente a la escuela, lo que supuso un ligero consuelo de que tal vez saldría de este vehículo de una pieza.

Más rápido de lo que esperaba, alargó la mano y me agarró de la muñeca, apretando tanto su agarre que grité y empecé a retroceder.

—Me estás haciendo daño. Suéltala. — Pero su agarre era de hierro.

—No sé qué clase de control tienes sobre Hades hasta el punto de que muerde la mano que le da de comer, pero mi mensaje tiene que oírse alto y claro.

Se inclinó hacia mí y el rancio aroma de su carísima colonia me llenó la nariz.

—Diría que tal vez realmente se preocupa por ti como familia. Pero mi opinión es que es tu joven coño dorado lo que no puede negar.

—Al diablo. — susurré. —Ni siquiera sé quién eres. — Las palabras eran un siseo mientras intentaba tirar de mi mano hacia atrás, pero él solo la agarraba más fuerte. El dolor se hizo insoportable, como si me estuviera aplastando la muñeca.

—Quiero que le digas a Hades que si no se alinea, habrá repercusiones. Y éstas van a ser en forma de hacerte daño.

Apretó su mano tan fuerte en mi muñeca que sentí que mis ojos lloraban.

—Hizo daño a mi hijo, así que voy a hacer daño a algo que él considera precioso.

—Oh Dios. ¿Eres... eres el padre de Trevor?— mostró los dientes, no en una sonrisa, sino en algo totalmente sádico.

—Asegúrate de transmitir mi mensaje. — Me soltó la mano tan repentinamente que mi cuerpo se golpeó contra la puerta del coche. Las cerraduras se desengancharon y salí a toda prisa. Justo cuando cerré la puerta, el todoterreno se alejó a toda velocidad.

Me quedé atónita mirando el vehículo que se alejaba.

Fue entonces cuando miré mi muñeca, el furioso moretón que se estaba formando en mi carne con la forma de sus dedos. Quería que se lo dijera a Hades. No iba a hacerlo.

Porque si algo sabía de Hades y del poco tiempo que llevaba con él, era que las cosas se intensificarían hasta el

punto de que todos y todo se ahogarían en la violencia.

Capítulo 23

PERSEPHONE



Agradecí que Hades no estuviera en casa cuando volví del colegio, y aún más que me enviara un mensaje diciendo que no haría la cena, que llegaría tarde a casa.

Al final de la noche me encontré en su baño bajo el chorro de agua tan caliente que casi me quemaba la piel.

No supe cuánto tiempo estuve bajo el agua, pero oí un golpeteo rítmico que se acercaba un segundo antes de que llamaran a la puerta del baño y se abriera.

— ¿Dulzura?— La voz de Hades era profunda y suave, como el whisky que bebía.

Cerré los ojos y apreté la muñeca magullada contra mi costado. Me aclaré la garganta y dije: —H-hey.

Se quedó en silencio, y un momento después aparté la puerta de cristal de la ducha y me obligué a sonreír. Estaba de pie en la puerta, con una expresión imposible de leer.

Ladeó la cabeza mientras me miraba, me examinaba. — ¿Qué pasa?

Aumenté mi sonrisa, que sabía que parecía incómoda y totalmente forzada. Sacudí la cabeza. —Nada. Estoy bien.

Todavía con una expresión estoica, su mirada recorrió mi cuerpo, lo que podía ver, al menos. Permaneció en silencio durante un largo rato... demasiado tiempo.

Y entonces entró completamente, apartando la puerta de vidrio por completo, y su mirada inmediatamente, instintivamente, se posó en mi muñeca magullada.

— ¿Quién te ha hecho eso?— Su voz era peligrosamente baja, y me estremecí a pesar del chorro caliente de la ducha.

No me engañó su postura relajada ni su tono. Parecía poderoso de pie ante mí, observándome con esa violencia desenfrenada que sabía que podía desatarse.

Acunó mi mano entre las suyas. Su atención se centró en mi brazo, mientras deslizaba sus dedos por el borde del hematoma.

— ¿Quién hizo esto, Bunny? Dímelo.

Negué, aunque sabía que no podía mentirle. Al menos no por mucho tiempo. —Puedo cuidarme sola.

Sonrió, pero fue dura, fría, y no llegó a sus ojos. — Sé que puedes, dulzura. Pero aun así quiero que me lo digas. — Me tomó un lado de la cara, con el agua empapando la manga de su traje. —Quiero que me lo digas para que pueda ocuparme de ello.

Me estremecí, mirándolo a la cara con los ojos muy abiertos y el corazón en la garganta. Y por mucho que me aterrara lo que sin duda haría Hades, una parte más oscura de mí deseaba que a Martin Wilcox le hicieran el mismo daño que me había hecho a mí.

No era lo suficientemente fuerte físicamente, no tenía los medios para manejar esta situación, pero lo que tenía era a Hades.

El hombre del que me había enamorado. Mi ángel oscuro. El diablo a mi lado.

Así que... le conté todo.

* * *

Toda la noche di vueltas en la cama, soñando que Trevor me ponía las manos encima, y que su padre hacía lo mismo.

Me gritaban, me llamaban cosas horribles. Me hacían daño. Pero entonces entró Hades, y había sangre por todas partes. Fueron sus gritos de dolor los que ahogaron todo en lugar de los míos.

Me desperté sudando, el lugar a mi lado frío y sin uso. Intenté volver a conectarme, con la mente borrosa por el sueño y el corazón acelerado por el sueño.

Me levanté justo cuando oí que se abría la puerta del baño. La luz se encendió, salió vapor y Hades entró en la habitación, con una toalla alrededor de la cintura, todo ese físico masculino y carne tatuada, haciendo que mi corazón latiera más rápido por otra razón.

—Vuelve a dormir, dulzura. — dijo en voz baja mientras se acercaba al borde de la cama, se quitaba la toalla y se colocaba a mi lado.

Cuando me acercó a su pecho me estremecí, sintiendo las gotas de sudor que me salpicaban la frente por el enfriamiento del sueño.

—Estás temblando. — susurró contra mi oído, la pesada banda de su brazo manteniéndome cerca de su pecho.

—Es solo un sueño. — Cerré los ojos y dejé que su calor me rodeara. Su cuerpo estaba más caliente de lo normal por su reciente ducha. — ¿Adónde has ido?— Deslicé mis dedos entre los suyos y él enterró su cara en mi nuca, inhalando profundamente.

—Nada. Solo trabajo, nena. Vuelve a la cama.

Sentí que mis ojos se volvían pesados por el sueño, pero miré sus manos, viendo sus nudillos rotos con heridas frescas.

— ¿Solo trabajo?— Mi voz era suave mientras deslizaba mi mano de la suya y trazaba el borde de las heridas. Había herido a alguien, y sabía a quién. Sabía por qué. Mi mirada se

posó en la muñeca, los furiosos y feos moretones parecían más oscuros en las sombras.

Inhaló al lado de mi cuello antes de depositar un beso ahí. —Solo trabajo. Tenía asuntos pendientes de los que tenía que ocuparme. Ahora todo está bien. — Deslizó su mano sobre mi vientre y separó sus dedos.

Pude sentir lo duro que estaba, y un segundo después me quitó las bragas, levantó mi pierna para que cayera sobre su muslo y se deslizó dentro de mí.

Gimió: —Joder, sí, Bunny. Eso es. Mi buena chica.

Ya estaba mojada solo por su cercanía, mi cuerpo se abría y lo aceptaba con facilidad.

Y así, borró los malos sueños y los sustituyó por su excitante brutalidad.

Capítulo 24

PERSEPHONE



A la mañana siguiente, sentí la oscura amenaza de Hades. Aunque se había duchado la noche anterior, juré que podía oler la sangre que le rodeaba.

Quise preguntarle qué había hecho, pero el miedo a su respuesta era fuerte en mí, así que me callé.

Además, mi imaginación era lo suficientemente vívida sobre la realidad de quién y qué era Hades, que sabía que si no había matado al juez, lo había llevado absolutamente al borde de la muerte.

Empujé el huevo revuelto en mi plato, mi apetito era inexistente. Volver a la escuela era lo último que quería hacer.

Al menos agradecí que el cardigan que llevaba me cubriera la muñeca, ocultando el moretón. Desde luego, no necesitaba que nadie se fijara en eso, además de todo lo que querían echarme en cara.

Levanté la vista hacia Hades, sin sorprenderme de que me estuviera mirando. Sentí su mirada como una marca en mi piel. Me quemaba por dentro.

Me miraba como si tuviera hambre, como si el desayuno que tenía delante no fuera suficiente para saciar su necesidad de sustento.

Intenté concentrarme en la comida. Pero, de repente, solo podía pensar en lo que habíamos hecho la noche anterior,

en cómo me había hecho el amor a fondo, como si supiera que era lo que más necesitaba en ese momento.

Todavía me dolía, y cada vez que me movía en la silla, sentía esa ligera punzada de incomodidad. Juraría que aún podía sentirlo dentro de mí.

Se pasó el pulgar por el labio inferior, y sus ojos se entrecerraron cuanto más me observaba.

— ¿Qué?— exhalé. Puse las manos en mi regazo, tirando de las mangas de mi cardigan, sintiendo el calor de mi cuerpo. Dios, me sentía como una ninfómana a su lado.

—Solo estoy pensando en lo dulce que sabe tu coño. — Se recostó en la silla, la madera crujió ligeramente. —Sigo imaginando que te extiende sobre la mesa y te como el coño.

Me calenté, me mojé. El sonido del personal en la otra habitación debería haberme dejado más seca que el desierto, pero saber que cualquiera podía entrar y escuchar las cosas obscenas que decía Hades me excitaba.

— ¿Qué pasó anoche?— Mi voz se quebró.

—Te follé, nena. Muy bien, ¿no?

Mi cara se puso insoportablemente caliente. —Ya sabes lo que quiero decir.

—Hmmm. — Sonaba tan satisfecho de sí mismo al hacer ese sonido.

Dejando caer su brazo sobre la mesa, comenzó a alisar sus dedos hacia adelante y hacia atrás sobre su servilleta de lino casi seductoramente.

— ¿Realmente quieres saber, o solo estás dando rodeos? — La comisura de su boca se levantó, y me lamí los labios. — ¿De verdad quieres que te lo diga?

Me sentía como si estuviera en piloto automático ahora mismo, pero tenía que saberlo. ¿Mató al juez? ¿Simplemente lo mutiló como había hecho con Trevor? Sabía que me sentiría

culpable aunque no hubiera cometido el acto. Pero Hades lo habría hecho por mí, para protegerme.

— ¿Lo mataste?— permaneció en silencio, y con cada segundo que pasaba, mi corazón latía más fuerte y más rápido.

—Hice daño al que te hizo daño. — cogió su taza de café y dio un largo sorbo, sin dejar de concentrarse en mí. — Pero no lo maté. No esta vez. Dejé claro mi punto. Mandíbula rota. Rótulas destrozadas. Y sus manos... — Pasó la punta de su lengua por el borde de su taza. —Tomé un martillo en cada dígito hasta que sus huesos se convirtieron en polvo. Si se atreve a respirar en tu dirección, si su hijo bastardo te mira mal, les arrancaré la garganta a ambos.

Sentí que el shock y el horror me reclamaban. La visión de lo que Hades acababa de describir era aborrecible. Pero entonces pensé en lo que el juez me había hecho, en lo que me había dicho. Y cualquier conmoción pareció pasar a un segundo plano ante mí... satisfacción.

Volvió a dejar la taza sobre la mesa y llamó al personal. Un segundo después, entró un señor mayor. Y todo el tiempo, Hades me observó.

Se agachó, cogió su maletín del suelo y lo puso sobre la mesa. Un pop-pop rápido y las cerraduras se abrieron, y estaba abriendo la tapa. No pude ver el contenido desde mi posición, pero solo un segundo después lo cerró y levantó un cuchillo.

Sentí que mis ojos se agrandaban. El cuchillo estaba enfundado en cuero negro, y pude comprobar que la hoja no era enorme, quizá del largo de mi palma. Hades volvió a dejar el maletín en el suelo y lo desenfundó, la plata atrapando la luz del sol de la mañana.

— ¿Para qué es eso?— Mi mente se dirigió inmediatamente a las imágenes de él arrastrando esa hoja a lo largo de mi piel. Sin herirme. Sin cortarme, pero la amenaza estaría ahí. Como si hubiera oído o leído mis pensamientos, sonrió lentamente.

—Otro momento para jugar así, nena. Esto es para que te protejas cuando yo no esté. — extendió la hoja, con el mango hacia mí, y por un segundo no la tomé.

Pero entonces extendí la mano y enrosqué los dedos alrededor de la empuñadura.

—Es una hoja fija de William Henry.

No sabía qué significaba eso, pero asentí de todos modos.

—La hoja de Damasco tiene un índice HRC de sesenta para un afilado óptimo y consta de sesenta y siete capas de tres aleaciones.

Levanté mi mirada hacia la suya. —Impresionante. — De nuevo, no sabía qué demonios significaba eso.

—La turquesa Kingman está comprimida con una matriz de zinc que luce maravillosamente con el mango compuesto de G-10 y el cordón de cuero negro con acentos de plata de ley.

Había una preciosa incrustación de turquesa en la empuñadura, y pasé los dedos por ella.

—Si un hijo de puta se acerca a ti, quiero que uses eso, Persephone.

— ¿Q-qué? No puedo apuñalar a alguien.

—Puedes y lo harás. Apuñala a ese cabrón repetidamente hasta que se detenga.

Mi corazón se aceleró al pensar en usar esto con una persona. Abrí la boca para volver a decirle a Hades que no podía hacerlo, pero entonces pensé en Trevor, y en su padre. ¿Y si alguien como ellos venía a hacerme daño? ¿Y si Trevor quería vengarse?

Así que en lugar de negar nada, dije: —De acuerdo. — con voz suave pero firme.

—Esa es mi chica. — Chasqueó los dedos.

— ¿Señor?

—Carlisle. — Se dirigió al criado. —Quiero que tú y el resto del personal se queden fuera de esta habitación durante la próxima hora.

Sentí que mis ojos se abrían de par en par ante la oscura promesa que escuché en la voz de Hades.

—No importa lo que oigas. — miró al miembro del personal. —No entres aquí. ¿Entendido?

Carlisle asintió, me lanzó una rápida mirada y nos dejó solos.

—Ven aquí, Bunny. — Su voz era baja y uniforme.

Mi corazón latió tres veces antes de que finalmente hiciera lo que me ordenó. Sentía las piernas como si fueran de goma mientras caminaba hacia él. Cuando me paré a unos metros de donde estaba sentado Hades, contuve la respiración.

—Más cerca, dulzura. — ronroneó.

No podía moverme, y no sabía por qué. La excitación y la anticipación se mezclaban con mi inquietud por lo que había planeado.

—No me repetiré, Persephone. — Su voz se endureció.

Levantó los brazos y agarró mis caderas con sus enormes manos.

Yo era mucho más pequeña que él y la anchura de sus manos parecía abarcar casi mi cintura. Me tensé cuando sus dedos presionaron mi carne con más fuerza. Y cuando miré hacia su regazo, pude ver que ya estaba muy duro.

— ¿Estás mojada ahora, nena?

Sacudí la cabeza.

—Linda mentirosa. — murmuró, con sus pulgares moviéndose de un lado a otro por mis costados. —Veamos qué tan mentirosa eres.

Mi corazón latió con fuerza.

—Por mucho que me guste ese pequeño uniforme de colegiala... desvístete.

Se me secó la boca y dirigí mi mirada hacia la puerta que salía del comedor. — ¿Aquí? Cualquiera podría entrar directamente.

—Les dije que no lo hicieran. A diferencia de ti, me obedecen. — sus manos se apretaron contra mí. —En realidad, ¿qué tal si te lo quito de encima, dulce chica? ¿Qué tal si papi toma el control porque sé lo mucho que te gusta eso?

—Tengo que ir a la escuela pronto.

—No hasta dentro de una hora. Quiero hacerte correr antes de que te mande.

No debería haberme excitado cuando se refirió a sí mismo como “papi”. Era algo tan obsceno, sucio... en el mejor sentido.

Sonrió y deslizó sus manos hacia arriba, empujando la holgada camiseta que llevaba hasta que mi vientre plano quedó a la vista. Se inclinó y arrastró su lengua sobre mi estómago y a lo largo de mi ombligo antes de apartarse.

—Tan dulce. — Siguió empujando mi camiseta hacia arriba hasta que me vi obligada a levantar los brazos. Mi mirada no dejaba de dirigirse a la puerta, esperando que alguien irrumpiera en ella, pero nos quedamos solos.

Me bajó los pantalones y me despojé de ellos en silencio y obedientemente.

—Quiero que te desnudes del todo. — Se recostó en su silla, esperando a que hiciera lo que decía.

Cuando me puse totalmente desnuda ante él, noté cómo se dilataban sus pupilas, cómo aumentaba su respiración. — Perfecto, princesa.

No sé cuánto tiempo permanecí totalmente desnuda, expuesta para él como una pieza de arte en un museo.

Me agarró por la cintura y me empujó hacia delante con tanta rapidez que se me escapó un sonido de sobresalto y tuve que apoyar las manos en sus anchos hombros para estabilizarme.

El caro material de su traje era suave como la mantequilla bajo mis manos, y sentí lo musculoso que era cuando se movió ligeramente y se inclinó hacia delante.

Sus labios estaban precariamente cerca de los míos, así que olí el jabón de su piel y sentí el calor que emanaba de su cuerpo.

—Esto es lo que va a pasar. — dijo lentamente, pronunciando cada palabra como si no quisiera que lo entendiera mal. —Vas a desnudarte, sentarte en la mesa y abrir las piernas. — Mi corazón tronó, y él sonrió lentamente. —Y voy a disfrutar de mi desayuno mientras contemplo tu coño. Súbete a la mesa, Bunny.

Después de lo que habíamos hecho, no debía sentir vergüenza por nada. Hades había visto todos los aspectos íntimos de mi vida.

Apartó su plato, movió su silla hacia atrás y abrió más las piernas para dejarme más espacio. Luego me observó como un halcón.

Subir a la mesa fue más difícil de lo que debería haber sido, pero fui muy consciente de cada movimiento y flexión de mi forma desnuda, ya que tuve que moverme entre sus muslos para sentarme justo delante de él.

Estaba ardiendo de deseo. Ni siquiera me estaba tocando, no me había puesto un dedo encima, pero yo estaba lista y dispuesta a todo lo que pidiera.

Estaba tan mojada que mis jugos cubrían el interior de mis muslos en una muestra resbaladiza y sucia.

Pasaron largos momentos mientras nos mirábamos, yo sintiendo que acababa de correr una maratón por lo fuerte que estaba respirando. Una ligera capa de sudor cubría mi cuerpo,

me dolían los pezones y estaba a punto de gemir de necesidad porque quería que me tocara.

Sin embargo, Hades no se vio afectado, sus respiraciones eran tranquilas, constantes, su rostro no mostraba nada.

—Muévete hacia atrás en la mesa, Bunny. Lo suficiente para que puedas separar los muslos y apoyar los talones de los pies en el borde. — La inclinación de su voz era como si estuviera hablando del tiempo, no pidiéndome que le desnudara el coño como si fuera una exposición de arte.

Apoyé las manos en la mesa y me eché hacia atrás lo suficiente como para poder poner los talones de los pies en el borde, tal y como me había ordenado.

Me concentré en los detalles de la moldura que rodeaba el techo y luego moví la mirada a lo largo de la lámpara que estaba justo encima de mí.

—Abre más para mí. Deja que papi vea bien.

Hice lo que Hades quería, abriendo los muslos para que mi coño quedara a la vista, para que mis labios se separaran y el aire fresco los rozara.

Y como los segundos parecían convertirse en minutos y Hades no hablaba, no me tocaba, por fin aparté mi mirada de lo alto para intentar mirarlo.

No se había movido, su cuerpo seguía relajado en su silla, su taza de café en la mano mientras miraba mi coño y bebía.

El pulso me latía en el clítoris, y hacía tiempo que me había insensibilizado al hecho de que un flujo constante de mis jugos se deslizaba por mi coño y la raja de mi culo.

El mantel de lino que tenía debajo estaba húmedo por ello.

— ¿Vas a tocarme o solo a mirar?

—Solo mirar, nena. Solo. Jodidamente. Mirar. — Levantó lentamente su mirada de entre mis piernas para

mirarme a la cara. —Tienes el puto coño más bonito que he visto nunca. Una maldita obra de arte. Déjame disfrutar del hecho de que ningún otro hombre lo verá jamás, excepto yo.

Y así lo hizo, y cuanto más me miraba, más me excitaba.

—Estás haciendo un desastre. El mantel está empapado.

Empecé a morderme el labio, deseando tener solo un chorro de su cálido aliento a lo largo de mi clítoris. Solo eso ya me haría correrme.

Mis pezones me dolían y estaban duros y apretados porque todo lo que podía imaginar era que Hades se inclinara hacia delante y los chupara.

Se levantó de la silla y se quedó ahí un momento, mirándome. Me permití contemplar su enorme e imponente forma, y a través de sus anchos hombros y su amplio pecho que tapaba todo lo que había detrás de él. Seguí observando su estrecha cintura y los músculos que podía ver claramente definidos bajo el caro material de su camisa blanca.

Y cuando mi mirada se posó en la enorme erección que lucía, no pude contener mi gemido.

Me sentí atraída por él de la forma más primitiva que una mujer puede sentir hacia un hombre.

Había tenido a Hades, pero me sentía tan hambrienta, como si él no me hubiera follado ya varias veces.

—Inclínate hacia atrás, con los codos sobre la mesa.

Obedecí al instante, y él estaba arrodillado entre mis piernas, con las manos en el interior de mis muslos mientras me mantenía abierta.

—Pídeme que te chupe el clítoris hasta que te corras.

—Por favor, Hades. Por favor, chupa mi clítoris hasta que me corra.

Sopló ese cálido chorro de aire a lo largo de mi coño, y dejé caer la cabeza hacia atrás mientras gemía.

—Pídemelo como quiero oírlo. — azotó mi clítoris, y grité. No me importaba lo fuerte que era, y si el personal podía escuchar. Tenía tantas ganas de correrme que haría cualquier cosa que él quisiera.

—Quiero que papi me chupe el clítoris y me haga correr.

Su gruñido era primitivo y salvaje, y cuando se metió ese bulto en la boca, gemí tan fuerte que me sonaron los oídos.

Estaba a punto de correrme cuando sentí la frialdad de la cuchilla patinar por el interior de mi muslo. Había estado en una nube de excitación tan nebulosa que ni siquiera recordaba haberla dejado.

Abrí los ojos y vi cómo Hades bajaba el cuchillo por mi pierna hasta el tobillo, y volvía a subir hasta que presionaba la afilada punta en la suave unión entre mi coño y mi muslo.

Me quedé con la boca abierta y él chupó con más fuerza. Fue cuando añadió presión a la cuchilla y me cortó la piel, cuando caí sobre el borde. Y fue la visión de esa pequeña gota de rojo goteando a lo largo de mi piel de alabastro lo que me hizo volar más alto que nunca.

Y todo el tiempo, fueron las alabanzas de Hades y su adoración a mi cuerpo lo que me mantuvo en la euforia.

Capítulo 25

PERSEPHONE



Al principio, no sabía qué me había despertado. Pero entonces oí el áspero gemido que provenía de Hades y giré la cabeza para verlo boca arriba, con el ceño fruncido en su rostro oscuro y hermoso.

— ¿Hades?— susurré su nombre y moví mi cuerpo para estar frente a él.

Estaba a punto de acercarme y despertarlo suavemente, cuando de repente gritó con fuerza. Retiré la mano por instinto, consciente de que estaba claramente perdido en una pesadilla.

Al cabo de un segundo, se relajó de nuevo y exhalé lentamente. No sabía si era una buena idea despertarlo y sacarlo de la pesadilla en la que estaba atrapado.

Pero cuando empezó a murmurar de nuevo, con cara de dolor, me impulsé ligeramente. Apoyé las manos en el colchón, sosteniendo la parte superior de mi cuerpo fuera de la cama mientras lo miraba.

La sábana le rodeaba la cintura, su torso tatuado y cortado estaba a la vista. La luz de la luna que entraba por la ventana bañaba la habitación con un resplandor azul, como si no pudiera evitar llegar hasta él.

Gimió en sueños, el surco entre sus ojos se hizo más profundo, sus manos agarraron las sábanas.

— ¿Hades?— susurré suavemente y fui a tocarle en el pecho, con la piel húmeda por el sudor. Y entonces se disparó en la cama, un sonido áspero saliendo de su pecho mientras giraba la cabeza y me miraba.

Retiré mi mano, ahora congelada en su lugar mientras él me miraba a los ojos. Pero sentí que no me estaba mirando realmente. Estaba mirando a través de mí.

— ¿Hades? Soy yo. ¿Estás bien? Hades, despierta. — dije en voz baja y extendí la mano para tocarle un lado de la mejilla, cuyo vello había crecido de la noche a la mañana. Más rápido de lo que esperaba, gruñó por lo bajo, como un animal salvaje, y alargó la mano para rodear mi cuello.

Hades me empujó hacia atrás en la cama y utilizó su cuerpo mucho más grande para mantenerme inmovilizada en el colchón. Hice un sonido de sorpresa, tanto como pude con sus dedos alrededor de mi cuello. Me agarré a él, tratando de apartarlos, intentando aspirar el tan necesario oxígeno.

Me mareé. No podía respirar. Y entonces le pasé la mano por la cara, abofeteándolo con tanta fuerza que, con cada gramo de fuerza que tenía, su cabeza se desvió hacia un lado.

Parpadeó rápidamente y su visión se aclaró justo antes de respirar estrepitosamente. Y entonces miró hacia abajo y hacia mis ojos. Su mirada se deslizó hacia abajo, hacia donde estaba agarrando mi garganta. Una mirada de horror cruzó su rostro mientras separaba su cuerpo del mío tan repentinamente que casi se cae de la cama.

Hades se levantó y se alejó varios metros de donde yo seguía tumbada en la cama. Su pecho bombeaba rápidamente y no dejaba de apretar y relajar las manos. No me atreví a decir nada, solo me froté la garganta. Tragué, la sensación era cruda, mi atención nunca se apartó de él.

Lo dejé estar durante largos momentos, observando cómo trabajaba en lo que acababa de experimentar. Permaneció en silencio, pero pensativo, y luego empezó a pasearse, completamente desnudo, con su duro cuerpo

interrumpido por las sombras y la pequeña luz de la luna. No pude evitar pensar en lo hermoso que era.

—Lo siento. Joder, lo siento, dulzura. — Exhaló y se frotó la mano en la nuca mientras se acercaba a la ventana y apartaba la cortina. Podía ver las puertas francesas y el pequeño balcón que había más allá. La luna estaba llena esta noche, grande y redonda, y brillaba con fuerza mientras la miraba fijamente.

Finalmente, me lamí los labios y dije: — ¿Qué estabas soñando? — Fuera lo que fuera, tenía que ser aterrador, asfixiarlo. Lo tenía tan agarrado que ni siquiera se había dado cuenta de lo que me estaba haciendo.

No creí que fuera a responder. Pero mientras apoyaba su hombro en la ventana, mirando el terreno, supe que estaba tomando este momento para sí mismo. Podía ver los engranajes de su mente girando, aunque se negara a encontrar mi mirada.

Me envolví con la manta y me limité a esperar, sintiendo el movimiento de las sábanas contra mi piel desnuda, oyendo su suave respiración a través de la habitación.

—Mi padre era un bastardo. — dijo finalmente. Estaba desnudo, con las sombras de la luz de la luna acariciando su piel.

Parecía una de esas estatuas griegas cinceladas en mármol. Todo líneas duras y planos severos. Era absolutamente hermoso.

Un ángel caído. El mismísimo diablo.

—Empezó a pegarme cuando tenía cinco años.

Respiré hondo, mi mirada se dirigió inmediatamente a su espalda. No podía ver del todo las cicatrices debido a las espesas sombras que jugaban íntimamente a su alrededor, pero sabía que estaban ahí.

—El odio y el dolor fueron mis compañeros de infancia.

Pude ver cómo trabajaba su mandíbula, sentir la ira que brotaba de él.

—Aprendí desde muy joven que la única persona en la que podía confiar o depender era yo mismo. Pero ni siquiera yo podía evitar que me doliera. Es como si hubiera absorbido esa mierda, la necesitaba para sobrevivir porque era lo único que había conocido en la vida.

Hades se pasó una mano por la mandíbula, flexionando el bíceps. Pero aun así no me miró fijamente. Miró por la ventana como si estuviera perdido en sus pensamientos.

—Zachariah no tardó mucho en vencerme también.

Por un momento, no pude calcular lo que dijo.

¿Mi padre le pegaba?

De todas las cosas que había imaginado sobre por qué se odiaban, esa no había sido una de ellas.

—Así que cubrí cada una de esas cicatrices con las mías. Cortes oscuros, diseños y escenas de cómo me sentía por dentro, ahora proyectadas por fuera.

—No lo entiendo. — susurré, más para mí que para él. Sacudía la cabeza, aunque él no me miraba. —No creo que mi padre sea un monstruo. — Negué porque ¿cómo podía ser eso cierto?

Ante mi silencio, se giró y me miró, una sonrisa sardónica curvando sus labios carnosos.

—El hombre que fue tu padre no es el hombre que yo conocí. No era suave ni gentil. No era un hermano. Zachariah era frío, duro, y con la ayuda de nuestro padre, me golpearon hasta que lo único que conocí fue el dolor. — Se agarró el cuello, sus bíceps se flexionaron. —Les dejé creer que no era nada, que no podía ser nada. Pero albergaba toda esa ira y ese odio en lo más profundo de mi ser hasta que resurgí de las cenizas.

Entonces se enfrentó a mí, extendiendo los brazos, los músculos flexionados, todo ese poder masculino desenfrenado

a la vista.

— ¿Quieres saber el tipo de hombre que eran tu padre y tu abuelo? Déjame contarte una historia, Bunny.

Capítulo 26

HADES



El puño se abalanzó sobre mí con tanta fuerza y de forma tan repentina que todo mi cuerpo salió despedido hacia atrás. Me esforcé por mantenerme en pie, pero una ola me inundó la cabeza y el mareo lo nubló todo.

Luché por enderezarme mientras me estrellaba contra la pared.

Me agarré al ladrillo, con los dedos en carne viva, ensangrentados y la piel desgarrada. Pero no lloré. A los quince años, era más grande que todos los hombres a los que mi padre me enfrentaba. Todo lo que hice fue comer, dormir y entrenar.

Mis clases particulares las impartían profesores elegidos por mi padre. Ni siquiera me permitía asistir a una escuela normal, no como Zachariah.

No, le daría demasiada vergüenza permitir esa mierda, queriendo utilizarme como arma para ganar más dinero.

Pero el hombre al que mi padre me enfrentó esta noche no era como ninguno de los otros con los que luché. Era una cabeza más alto que yo, tan fornido y musculoso que apenas tenía cuello. Me maldijo en ruso, escupiendo a mis pies y haciendo crujir sus nudillos. Sonreía sádicamente.

Sus tatuajes eran los que había visto muchas veces cubriendo a los hombres que veían estas peleas. Tatuajes de

prisión que contaban la historia de la clandestinidad.

—Estúpido pedazo de mierda. — gritó mi padre, con la cara roja mientras me miraba fijamente.

Tenía mucho dinero en juego en esta pelea, pero yo me sentía borracho por todos los golpes y no podía ni siquiera caminar recto. El ruso me había golpeado dos veces en la cabeza. Estaba seguro de que me había golpeado algo, de que me había hecho perder el cerebro, de modo que cada vez que me movía me golpeaba el cráneo.

—Vuelve a entrar ahí. — Mi padre señaló hacia el centro de la habitación. Cuando me contoneé, me agarró bruscamente del brazo y me lanzó de nuevo hacia el ruso.

Mi oponente sonrió, con la boca teñida de rojo por el único golpe que le di en la mandíbula. Se giró y escupió una bocanada de saliva de color rosado. Me señaló con el dedo. Podía oler la anticipación que lo cubría.

Se abalanzó sobre mí, pero lo esquivé. Era grande pero rápido. Le di unos cuantos golpes en los riñones y sentí mi propio placer sádico cuando gruñó por el impacto.

Seguí asestando un golpe tras otro, y me sentí jodidamente optimista de que ésta no sería la primera pelea que perdiera. Me sentía muy optimista.

¿Quizás Padre y Zachariah me verían como un igual si derribaba a este maldito bastardo? ¿Tal vez se darían cuenta de que no era un pedazo de mierda de poca monta, y que era parte de la familia? Un verdadero Cronus.

Fue ese momento de arrogancia, esa pizca de confianza, lo que me hizo imaginar todas las cosas que nunca tendría en la vida, pero que siempre había deseado.

El ruso se abalanzó sobre mí y me golpeó con el hombro con tanta fuerza que me estrellé contra el suelo y mi cabeza se estrelló contra el asfalto.

Estaba aturdido, confundido. Me rodeó la garganta con la mano y me levantó hasta que solo la punta de los pies tocó

el suelo. Sentí que algo cálido y húmedo se deslizaba por mi nuca y parpadeé furiosamente para tratar de enfocar bien. No podía oír nada más que ese ruido en mis oídos.

Podía ver la boca del ruso moviéndose, pero no podía oír nada.

La multitud estaba enloqueciendo, la violencia y la lujuria saturando el aire. Sabía lo que querían. Querían sangre. Querían la mía. Gritaban para que un cuerpo estuviera en el suelo, roto y arruinado.

Y supe que en ese momento yo sería ese cuerpo. Mi padre no permitiría que el ruso me matara, no cuando aún le era tan útil.

El gran cabrón golpeó su frente contra la mía. Hubo un chasquido de dolor y la sensación instantánea de que la sangre resbalaba por mis sienes. Todo lo que podía oler era cobre. Me llenó la nariz, casi asfixiándome con el aroma del metal.

Finalmente me desmayé.

Me dolía el cuerpo, los huesos y los músculos gritaban. Me moví ligeramente y me di cuenta de que estaba sobre algo duro. El suelo.

—El pedazo de mierda está despierto.

Fue Zachariah quien habló, el veneno y el ácido de su voz eran tan fuertes que deberían haberme quemado la carne. Y lo sentí como una mierda. Pero estaba tan acostumbrado a ello, tan acostumbrado a la malicia que me lanzaban.

Mi hermano había sido envenenado por nuestro padre durante tantos años que no había forma de cambiarlo, de hacerle ver que éramos más fuertes juntos que contra el otro.

Ya había tomado esa decisión, sabía que no podía contar con nadie más que conmigo mismo.

En ese momento, supe que jugaría sus juegos. No dejaría que me doblegaran. Y cuando llegara el momento, cuando llegara mi momento, los derribaría.

Estaría siempre solo, y usé eso como un escudo, un muro que construí ladrillo a ladrillo. Era la única manera de protegerme.

Alguien me dio una fuerte patada en las costillas y gemí, rodando hacia un lado mientras me rodeaba con los brazos.

Sentía el cuerpo como si un ablandador de carne se hubiera puesto a trabajar sobre mí, y estaba bastante seguro de que si miraba mi carne, estaría cubierta de marcas negras y azules.

—Despierta, Hades. — Mi padre escupió las palabras, y me sorprendió que utilizara mi nombre de pila en lugar de otro de los coloridos insultos con los que le gustaba burlarse de mí.

Parpadeé para enfocar la vista y me obligué a sentarme. El dolor era insoportable, pero apreté los dientes y superé la oleada de náuseas que amenazaba con hacerme perder el conocimiento.

Reconocí dónde estábamos. Era un almacén abandonado en las afueras de Desolation, Nueva York. Butcher and Sons era un antiguo matadero que ahora se utilizaba para el negocio ilícito que mi padre dirigía en la parte baja de Cronus Enterprises.

Sabía que me había entrenado para esto. Quería que hiciera el trabajo sucio porque él y Zachariah eran demasiado buenos para ensuciarse las manos con la suciedad con la que se relacionaban.

Debía de llevar un rato fuera para que me llevaran a Butcher and Sons. Era un buen viaje de cuarenta y cinco minutos desde donde habíamos estado.

—He dicho que te levantes. — gruñó mi padre y me puse en pie tambaleándome mientras mis piernas amenazaban con ceder.

Me moría de sed y la cabeza me latía con fuerza. También estaba seguro de que me había roto un par de costillas.

Cuando miré a Zachariah, estaba de pie junto a nuestro padre. Ambos flanqueaban una larga y maltrecha mesa. Y en la parte superior había un surtido de utensilios que usarían conmigo esta noche.

Un látigo para ganado. Un hierro para marcar. Un cuchillo. Sal. Di un paso atrás y cerré la mano en un puño.

Podía defenderme, podría haber derribado a mi padre como mínimo. Pero Zachariah era todavía un poco más grande que yo, e igual de brutal y fuerte. ¿Pero ahora? Estaba demasiado débil, mi cuerpo estaba demasiado maltrecho.

Zachariah se acercó y se agarró a la silla de madera llena de cicatrices que yo había visto demasiadas veces. Me había sentado en esa silla más veces de las que podía contar, sintiendo los listones del respaldo clavarse en mí. Agarré el reposabrazos con las uñas hasta que me sangraron los dedos.

Sacudí la cabeza y eché los hombros hacia atrás, con determinación. El rostro de mi padre se ensombreció de rabia, y Zachariah se limitó a sonreír. Le gustaba mi rebeldía, el muy cabrón. Le gustaba empujarme para que me defendiera. Al imbécil le gustaba.

Bueno, hoy puede que sigan consiguiendo lo que querían, pero también iba a dejar un par de marcas propias.

Porque si iba a sentir dolor al final de todo esto, también iba a recibir mi libra de carne.

Capítulo 27

HADES



Me negué a mirarla después de lo que acababa de decir.

No quería su compasión, no quería su pena. El niño que había sufrido ese abuso ya no existía. Murió hace mucho tiempo en aquel almacén abandonado con moretones y cortes cubriendo su cuerpo.

Y de las llamas de ese tormento, se creó un demonio. Puede que siga siendo de carne y hueso y pueda sangrar, magullar, pero había construido un muro a mi alrededor en el que nada ni nadie podía tocarme.

Era la única manera de sobrevivir.

— ¿Tomaste represalias?

Su voz era suave en la oscuridad. Yo seguía de pie junto a la ventana, negándome a acercarme, a mirarla.

Porque sabía lo que vería. Su mirada tendría empatía. Y eso me enojaría. Cerré las manos con fuerza y sentí su mirada sobre mí, recorriendo cada una de las cicatrices que cubrían mi cuerpo.

Cerré los ojos mientras pensaba en todas las veces que había intentado ir tras Zachariah. —Mantén a tus enemigos cerca. — murmuré. — Mi hermano era inteligente, el bastardo. Así que esperé. Observé. Pero empezó a descuidarse, a ser descuidado. Las grietas se mostraban, las grietas en lo que hacía en la oscuridad. Así que indagué más, y me di cuenta de

que estaba estafando no solo su dinero, sino también los fondos de la empresa. — Rechiné mis molares traseros. — Podría haber acabado con él, destruirlo con todo eso. Y lo habría hecho. Lo había planeado. Quería que sufriera, que se quedara sin hogar y en la indigencia antes de asestarle el golpe final.

Dejé que esas palabras quedaran suspendidas entre nosotros, que se asentaran. Ella tenía que saber el puto monstruo que era realmente.

—Todo lo que corría por mis venas era venganza.

—Tú... eres la razón... — La mirada en mi cara debió asustarla, porque se movió hacia atrás en la cama y acercó la sábana a su pecho.

Como si eso fuera a alejarme de ella. Como si algo en este puto planeta pudiera alejarla de mí.

—Los accidentes no son mi forma de hacer las cosas, nena. No, mi represalia habría sido en forma de venganza despiadada. Y ya que se ha ido... tú eres la siguiente mejor opción. Porque herirte a ti lo habría arruinado.

Me pasé una mano por la cara, sintiéndome de repente agotado. ¿Cuándo habían cambiado exactamente mis planes en lo que respecta a Persephone?

—Sabías que había algo que no estaba bien en todo esto. No solo eres hermosa, sino también inteligente. Vamos, dulzura. — Podía ver su mente trabajando mientras unía las piezas.

Estaba cada vez más enojado. Ella era demasiado buena para mí, pero yo era demasiado egoísta para dejarla ir. Me odié a mí mismo, la odié por hacerme sentir cualquier cosa menos rabia y la oscuridad con la que siempre me había reconfortado.

Me desahogué. Era mi defecto. Y el hecho de desnudarme, de contarle cosas que me hacían vulnerable, conjuró en mí tanta ira que quise destrozarme esta habitación.

—Lo sabía, pero...

—Es más fácil fingir que nadie quiere hacerte daño, dulzura. — gruñí esas palabras y me acerqué a ella, odiándome a mí mismo, a esta situación y a estar tan jodidamente desnudo ahora mismo.

Negó y cerró los ojos.

—No puedes fingir que no está delante de tu puta cara.

Me habían moldeado y formado en el monstruo que era, una máquina que destruía. Incluso si eso significaba mi propia... felicidad.

Como si una criatura como yo pudiera ser feliz, pudiera merecer esa emoción esquivada.

—Tu padre se merecía lo que le pasó. Ojalá hubiera podido verlo sufrir.

Las lágrimas brotaron de sus ojos, la luz de la luna se reflejó en ese brillo antes de que una gota gorda rodara por su mejilla.

—Eres tan bonita cuando lloras. Pero ahórrate esas lágrimas. Ciertamente no las merezco.

—Solo detente. — dijo finalmente, con la voz desgarrada, pero pude ver que su ira empezaba a cruzar sus rasgos.

Seguí acercándome y ella retrocedió hasta que estuvo fuera de la cama y de pie al otro lado del colchón.

Como si eso la pusiera a salvo. Pero la dejé con su falsa sensación de valentía y protección. Le dediqué una sonrisa sádica, una punzada en el pecho que me hacía sentir desquiciado. Podía actuar como si estuviera disfrutando de esto, pero la verdad era que asustarla de esta manera no me producía placer, no como lo hacía con todos los demás.

Hazle ver quién eres realmente. Hazle saber a Bunny que no eres realmente un monstruo. No para ella.

Me coloqué al otro lado de la cama, apenas unos pies nos separaban mientras la miraba fijamente a los ojos. Con las

sombras jugando sobre la habitación, y la energía salvaje que se desprendía de mí, esta situación parecía aún más ominosa.

—Forzaste mi mano. Me compraste. Me usaste.

—El juez Wilcox estaba en mi bolsillo. Es un bastardo baboso, y hace cosas deplorables. O al menos lo intenta. Es un maldito estúpido y lo atrapan todas las veces. Pero su dinero y sus contactos le permiten salirse con la suya. — Sonreí más ampliamente. —Pero tengo mis métodos para conseguir lo que quiero. Tengo correspondencia entre el bastardo y chicas menores de edad. Chicas de la escuela de su hijo. Tengo videos de él tratando de abordar a las mujeres.

Observé su rostro, vi cómo se movía la mezcla de expresiones en él.

—Estaba esperando mi momento, planeaba seguir con todo mientras Zachariah estuviera vivo. Pero el bastardo murió antes de que pudiera llevar a cabo mi venganza. Al menos... mientras él podía presenciar todo.

Respiraba muy fuerte, con los ojos muy abiertos. La pobrecita estaba aterrorizada.

—Hice que el juez Martin Wilcox me firmara la tutela. El maldito no tenía opción. O hacía lo que yo decía, o su desobediencia tendría repercusiones en forma de que todos sus sucios secretos salieran a la luz.

Sacudió la cabeza, tratando de negar todo esto, como si el simple hecho fuera a cambiar el resultado. Observé su garganta mientras tragaba, sin duda imaginando todas las cosas deliciosamente sucias que habíamos hecho juntos.

— ¿Todo esto por venganza?

Aunque lo formuló como una pregunta, pude oír en el tono de su voz que ya sabía la verdad.

—Me has utilizado. — Levantó la barbilla como si fuera mejor que yo, como si hubiera sacado lo mejor de mí. — Actúas como si no te importara que mi padre vea lo que estás haciendo, pero sé que lo haces.

Me reí con una risa oscura. —Oh, dulzura, no necesito que nadie presencie lo que hago. El mero hecho de saber que me he follado a la hija de Zachariah, que le he reventado la cereza y que la he hecho sangrar sobre mi polla, es suficiente para darme un inmenso placer. — No me molesté en hablarle de Michael. No era como si ella tuviera algún tipo de relación real con el imbécil de todos modos.

—Eres un bastardo enfermo. — Su voz era muy suave.

—Sin duda. — Sonreí para hacerle saber que la había escuchado alto y claro y que estaba de acuerdo.

Respiró tranquilamente, como si hubiera tomado una decisión. —Lo que mi padre te hizo... mi abuelo... — Sonaba como si le doliera mientras cerraba los ojos y apretaba sus manitas en puños. —Fue atroz. Deplorable. — Abrió los ojos y susurró. —Lo siento mucho.

La conmoción se apoderó de mí. Ella me creyó. No había ninguna pregunta en su tono, ni ella insinuaba que yo mentía. Me creyó solo con mis palabras y eso hizo que mi pecho se apretara y mi corazón se acelerara.

—No necesito tu compasión. — siseé, con mi rabia a flor de piel.

—Pero la tienes a pesar de todo.

Nunca nadie se preocupó por mí. Nunca nadie se disculpó por lo que me pasó de niño. Nunca había tenido a nadie que tomara mi palabra por lo que era, que no se preguntara qué otro significado tenían.

—Pero eso no te excusa ni te da derecho a manipular las cosas. Para usarme. — Su voz se quebró en esa última parte y tragué saliva mientras ese dolor desconocido me llenaba una vez más.

Pero luché contra mi fría apatía, sabiendo que era lo único que me mantenía con los pies en la tierra.

Hasta ella.

Me encogí de hombros, con la sonrisa en su sitio. El hecho de que me odiara haría que esto fuera mejor. Más fácil. Me recordaba por qué estaba aquí en primer lugar.

Solo una herramienta para usar, un objeto para exigir mi venganza.

Mentiroso.

Malditas mentiras.

Quiero que Michael vea lo rota que puedo hacerla.

— ¿Qué puedo decir?— Bajé la cabeza e hice un sonido áspero en mi garganta. —Soy un oportunista y tú eras la mayor puta oportunidad que no podía dejar pasar. Pero se sintió bien cuando te usé, ¿no? Te corriste tan fuerte en mi polla mientras te follaba como mi pequeña puta.

Me anticipé a sus lágrimas. Lo que sí esperaba era la furia en sus ojos mientras caminaba lentamente alrededor de la cama para venir a pararse justo frente a mí.

Seguía sujetando la sábana alrededor de su pequeño y ágil cuerpo, con los pezones mirando a través del algodón egipcio. Mi polla empezó a engrosar y sonreí.

Tenía curiosidad por saber qué haría mi Bunny.

— ¿Quizá soy yo quien te ha utilizado? ¿Quizá soy yo quien te ha follado?

Empecé a reírme, me encantaba su descaro. Me incliné para que estuviéramos frente a frente. —No, nena, siempre soy el que folla. Mi polla cubierta de tu miel después de que te hayas corrido es una prueba de ello. — Le chasquéé los dientes y gruñí, con la polla ahora tiesa y apuntando hacia ella.

Fue rápida, mi pequeña Bunny. Su mano golpeó y conectó con mi mejilla izquierda, más fuerte de lo que creía que era capaz. Me tomó desprevenido. Mi cabeza se movió hacia un lado por el impacto.

—Jódete, Hades.

Giré lentamente la cabeza para mirarla, la sonrisa se me escapó de la cara. Mi corazón tronaba, mi polla palpitaba.

—Ya hemos jugado a ese juego, Persephone. Y he ganado.

Fue a abofetearme de nuevo, pero extendí la mano y agarré su muñeca. No era duro, pero sí firme, y jadeó, tratando de apartar la mano. —Eras un medio para un fin. Iba a utilizarte, a arruinarte. Iba a hacerte dependiente de mí, para que cuando cumplieras veintiún años y tuvieras acceso a tu herencia, no hubiera habido una puta diferencia. Todo lo que habrías visto era a *mí*. — Esa última palabra fue un rugido de mí.

Pude ver cómo el miedo volvía a su cara, lavando su ira.

—Y cuando llegara ese momento en el que pudieras estar por tu cuenta —independiente— te arrojarías a mis pies y me rogarías que me quedara contigo. Pero yo te echaría, dulce chica. Te dejaría a tu suerte como una muñeca rota.

Las lágrimas brotaron de sus ojos antes de resbalar por sus mejillas. No pude contenerme mientras me inclinaba y lamía ese sabor salado. Tarareé y dije: —lo único más dulce que tus lágrimas es tu coño.

La solté ahora y retrocedió tambaleándose, agarrándose la muñeca al pecho.

—Ver tu muerte no sería tan dulce como si fuera la de Zachariah, pero a veces la vida no te da lo que quieres.

Aunque lloraba, parecía completamente enojada conmigo. Su enojo era un afrodisíaco y emití un sonido bajo de placer, dejándole ver lo degenerado y desalmado que era.

—Tu trauma no es una razón para dar eso a los demás. —se limpió las lágrimas con rabia. Quería lamerlas, meterlas en mi cuerpo. —Un día te vas a dar cuenta de que no todo el mundo va por ti. Vas a recordar las cosas que has hecho, la gente a la que has hecho daño, y te vas a arrepentir.

Me reí por lo bajo. —Lo dudo, princesa. Sigue pensando que puedo ser el héroe si eso te hace sentir mejor para disfrutar de la forma en que te follo.

Sacudió la cabeza lentamente y soltó su propia risa sin humor. —Hades... Nunca te vi como el héroe de ninguna historia. — cerró los ojos y volvió a reír. —Qué estúpida fui al enamorarme del villano.

Con eso se dio la vuelta y se fue y no pude moverme, ni siquiera pude respirar mientras veía su forma en retirada.

La casa estaba quieta y oscura, y la falta de su presencia era tan fuerte que la sentía en mi médula.

Por un momento no pude moverme. Todo se derrumbó a mí alrededor. Sentí que el mundo se abría y amenazaba con tragarme.

Miré alrededor de la habitación, a todos los cuadros caros. Nada de esto significaba nada. *Es decir, nada.*

Vi rojo y empecé a destrozar la habitación, rompiendo todo lo que podía rodear con la mano y lanzándolo contra la pared, oyendo cómo se rompían los cristales.

Arranqué las cortinas de su varilla y arranqué la lámpara de la mesita de noche antes de lanzarla contra la pared. Lo único que oía era la sangre que corría en mi cabeza. Todo lo que sentí fue esta oscuridad que debería haber sido familiar, pero que no lo era en ese momento.

Cuando mi destrucción cesó, me quedé junto a la cama jadeando, resoplando, con las manos cerradas en puños.

Quería llevarlas a mi nariz e inhalar su dulce aroma. Quería perseguir a Persephone, echármela al hombro y llevarla a nuestra habitación para poder follarla de nuevo.

La haría decir que no importaba lo malo que yo fuera, o que ella era demasiado buena para un hijo de puta como yo. No importaba porque ella me quería a pesar de todo.

—*Qué estúpida fui al enamorarme del villano.*

Me quedé mirando la puerta por la que acababa de salir, queriendo ir hacia ella. Pero sabía que lo que acababa de pasar era lo mejor. Era mejor así... que me odiara. Era bueno que ella viera la criatura despreciable que yo era.

Pero si ese es el caso... ¿por qué todo parecía imposible ahora?

Capítulo 28

PERSEPHONE



Habían pasado dos semanas desde el incidente de la fiesta.

Solo habían pasado dos días desde la explosión con Hades en la que me alejé de él. Pero todavía oía esas crueles palabras resonando en mi cabeza.

Sabía que no las había dicho en serio, pero eso no significaba que no me hubieran herido profundamente.

Al día siguiente, cuando me aseguré de que se había ido a trabajar, entré en su habitación para recoger mis cosas. Me encontré con una zona de guerra de muebles revueltos, cristales rotos y ropa esparcida por todas partes.

El estado de la habitación me decía lo volátil que era. Me decía lo mucho que le dolía.

Supuse que ambos necesitábamos un periodo de enfriamiento. No podía ni imaginar el dolor que sentía después de desnudarse ante mí de esa manera.

Los que hieren buscan herir a otros para defenderse.

Y por mucho que quisiera darle espacio, sin importar las cosas horribles que me había admitido y dicho en represalia por su dolor, lo extrañaba.

No me había mandado ningún mensaje ni me había llamado. Y no lo había visto de pasada en todo ese tiempo.

Pero no dejaría que me excluyera, no dejaría que mantuviera ese muro que había perfeccionado toda su vida. No conmigo.

Tenemos que hablar.

Te creo.

Quiero ayudarte.

Te echo de menos.

Mis mensajes habían quedado sin respuesta, lo cual no me sorprendía, pero no por ello escocía menos.

No había podido dejar de pensar en la historia que me había contado Hades, y no podía deshacerme de las horribles imágenes de lo que mi padre y mi abuelo le habían hecho de pequeño.

No podía dormir, no podía pensar en otra cosa que en mi padre dejando esas cicatrices por toda la espalda y el pecho.

Los abusos que soportó, ¿y para qué? ¿Para ganar dinero? ¿Para tener una excusa para repartir comportamientos psicóticos a aquellos que deberían haber sido protegidos y amados?

Era tan aborrecible que ni siquiera podía pensar con claridad y no era capaz de concentrarme en nada más. Pasé mis días como si tuviera esta niebla a mí alrededor.

¿Cómo era posible que un hombre al que creía conocer tan bien toda mi vida resultara ser el mismo monstruo que siempre supuse que era Hades?

Por supuesto, Hades no era inocente ni mucho menos. Tenía esqueletos en su armario, armas a su lado y violencia como escudo. Pero había sido moldeado para ser la criatura que era, el asesino que abrazaba todo lo que había soportado.

Y no me había dado cuenta hasta que me contó su trauma. Cada. Maldita. Instancia. Dios, lo que debe haber pasado. Todas las innumerables veces que lo golpearon hasta casi enterrarlo vivo.

Hades usó esa debilidad para construir su fuerza.

Quería preguntarle a mi padre por qué. Quería pegarle, gritarle. Quería saber por qué había sido tan corrupto, por qué había dañado a la persona que debería haber protegido.

¿Lo sabía mi madre? Y si lo sabía, ¿le había importado?

Un grito de rabia y frustración me subió a la garganta, pero me lo tragué.

Entré en la escuela y mis pensamientos se aclararon al volver al pozo negro.

Las cosas se habían calmado... un poco. No había tantos susurros, ni tantas miradas o insultos hacia mí.

Supuse que había surgido un nuevo drama que desviaba la atención de mí. Pero en cuanto entré, supe que algo era diferente.

Había una energía eléctrica en el aire. Un silencio se apoderó de todos mientras avanzaba por el pasillo. Cuando doblé la esquina para ir a mi casillero, vi a Trevor.

Me detuve bruscamente, sorprendida de verlo.

Con todo el daño que le había hecho Hades, no esperaba verlo en la escuela en mucho tiempo, si es que lo hacía.

Llevaba una venda en el puente de la nariz y tenía moretones debajo de los ojos que se extendían por las mejillas.

Tenía un brazo en cabestrillo sobre el pecho y dos dedos entablillados.

El hecho de que me detuviera bruscamente hizo que la persona que estaba detrás de mí se golpeará contra mi espalda. Me lanzaron una jugosa maldición antes de rodearme.

Pero la conmoción había sido lo suficientemente fuerte como para que Trevor y sus compinches se dieran cuenta, y miró en mi dirección.

No mostró ninguna expresión, o tal vez no podía hacerlo por el estado de su rostro, pero me sostuvo la mirada durante

tanto tiempo que sentí un escalofrío helado que me recorría la espalda.

Y cuando apartó la mirada, exhalé, dándome cuenta de que había estado conteniendo la respiración. La mirada que me dirigió me produjo una extraña sensación que lo delataba.

Era una que decía, “vas a pagar por esto”.

Me miró una vez más y yo entrecerré los ojos.

Lo único en lo que podía pensar era en el miedo que había sentido cuando me apretó contra la pared, y en la impotencia que había sentido. No quería volver a sentirme así.

La navaja que Hades me había dado estaba metida en el bolsillo de mi chaqueta, sintiéndose caliente y pesada. Se sentía como una protección.

Pensé en la chica del baño. Cómo la había atacado, pero ella no tenía a nadie con quien hablar.

Solo podía imaginar los horrores que Trevor le había hecho. Lo desesperada que debió sentirse cuando él se burló de que nadie le crearía.

Esperaba que pudiera ver la ira que ardía en mis ojos y que se dirigía únicamente a él. Esperaba que pudiera sentir lo mucho que mi odio hacia él ardía dentro de mí.

No quería tener más miedo. No lo haría.

Me negué a hacerlo.

Pasé junto a él y me dirigí a mi casillero, con la cabeza alta y los hombros hacia atrás. Que se joda. Que se joda su padre. Y que se joda toda la escuela.

Pasé el resto del día sintiendo una oleada de confianza que no había experimentado en mucho tiempo.

Tenía muchas cosas en la cabeza, cosas que no podía controlar y una situación que parecía desesperada.

Pero a lo largo de toda esta confusión interna, solo un hombre mantenía una presencia constante dentro de mí.

Hades.

El rostro del hombre que creía haber odiado durante tanto tiempo, pero del que me había enamorado tanto. No sabía cuándo había sucedido, pero me alegraba de que así fuera.

Lo amaba.

Fue justo antes del almuerzo, mientras caminaba hacia la cafetería, que todos parecían más animados. Su atención estaba en sus teléfonos mientras se congregaban en los pasillos.

Y cuando me vieron, se detuvieron, tapándose la boca con las manos mientras susurraban. Otros me señalaban directamente.

—Oh mi Dios, no solo ha hecho que Trevor salga herido, sino que también ha ido por su padre.

Miré a la chica que había dicho esas palabras y se apartó un paso de mí, como si pensara que la iba a herir.

Encontré un rincón apartado de todos los demás, saqué mi teléfono y empecé a buscar noticias. Por supuesto, sabía lo que había hecho Hades.

Varios informes de noticias eran muy vagos sobre lo que le había sucedido a Martin Wilcox, pero todos decían que lo habían golpeado brutalmente y lo habían encontrado en el callejón trasero detrás de un matadero abandonado conocido como Butcher and Sons.

También había habido varias pistas anónimas de que el juez Wilcox estaba involucrado en actividades ilegales. El chantaje, la extorsión y el soborno eran las acusaciones “menores”.

Hubo una serie de informes sobre agresiones sexuales que se revelaron, y que se borraron del registro, o eso creía él. Solo leí un par de informes antes de que se me revolviera el estómago y tuviera que salir de los sitios web.

Apagué el teléfono y lo metí en el bolso. No quería notificaciones. No quería que los mensajes llenaran mi teléfono porque todo el mundo estaba jugando al juego de la culpa y todo apuntaba a mí.

¿Pero no es mi culpa? susurró esa pequeña e insidiosa voz en el fondo de mi mente. Puede que Hades haya seguido con todo, pero fue por mí. Por mí.

Alegré esa voz de perra. El juez se lo merecía. Se merecía mucho más.

Me quedé mirando al suelo durante largos momentos, antes de que sonara la campana y me sacaran de mis cavilaciones. Tenía que organizar mi puta vida.

Pasé el resto del día en esta nebulosa hasta que finalmente llegó el último período. Miraba el reloj, contando los minutos que faltaban para salir. Y cuando por fin llegó, tomé mis cosas, sintiéndome como un zombi mientras salía.

Me había adormecido ante los susurros y las miradas durante todo el día. Si lo supieran. *No habría importado*, pensé. Esta gente... no habría importado.

Tuve que desviarme a una de mis clases anteriores para dejar una tarea. Había estado aturdida todo el día. Estaba bastante segura de que había olvidado entregar un montón de mierda.

Pero, ¿importaba algo de esto? Perder los deberes, llegar tarde a clase... cualquiera de las cosas mundanas que hacíamos a diario y que no suponían ninguna diferencia en tu vida. No cuando la gente estaba siendo asaltada, mutilada y asesinada.

Cuando salí de la clase, saqué mi teléfono. Quería hablar con Hades. Seguiría llamando y enviando mensajes hasta que se diera cuenta de que no iba a ninguna parte.

Doblé una esquina justo cuando sentí esa extraña sensación recorrer mi espalda.

—La mierda que empezaste, maldita perra.

Levanté la cabeza y me quedé helada al ver a Trevor de pie al final del pasillo. Estaba furioso mientras me miraba fijamente.

Después de mirar a mí alrededor, me di cuenta de que esta parte de la escuela ya había sido desalojada, y la posibilidad de que un estudiante o profesor pasara por ahí era probablemente escasa. Miré por encima del hombro desde donde había venido. Podía volver corriendo al aula en la que acababa de estar y decírselo a la profesora, pero entonces Trevor me dijo.

—Puedes intentar irte, pero seguiré yendo por ti, puta.

Ahora tenía la mano en el bolsillo de la chaqueta mientras me enfrentaba a él de nuevo. *Se acabó el correr.*

—El daño que has hecho. — Su cara estaba roja y se acercó un paso más. —Lo que tu maldito perro guardián le hizo a mi padre. — La saliva salió de su boca mientras se acercaba.

Retrocedí entonces, pero él me estaba acorralando, moviéndome hacia donde él quería, y eso era con la pared a mi espalda y la única salida a través de él.

No le mostraría que tenía miedo. —Si te refieres a que tú y el imbécil corrupto de tu padre tienen lo que se merecen y ya no pueden hacer daño a la gente porque los focos están sobre ustedes... — Me encogí de hombros, mis dedos se enroscaron alrededor de la vaina del cuchillo. Tuve que maniobrar para poder agarrar la empuñadura y llegar al arma.

Sus fosas nasales se ensancharon, y pude ver cuán fuertemente sus manos estaban apretadas en puños. Esperaba que mis palabras dolieran. Esperaba que le hicieran daño.

Todavía tenía la mano apretada alrededor de la empuñadura del cuchillo. No quería usarlo. Pero lo haría. No volvería a ser una víctima. No permitiría que alguien me dominara.

—Lo has jodido todo. Mi padre casi muere. Y te cagas en mi puta reputación, y he tenido mucho tiempo para pensar

en esto, perra.

Más rápido de lo que podía prever, se abalanzó sobre mí. Abrí la boca para gritar, pero me pasó la mano por los labios con saña, y su cuerpo me apretó a la fuerza contra la pared.

Mi cabeza se rompió contra el bloque de hormigón y gemí cuando el dolor me atravesó el cráneo. El sonido se amortiguó mientras las estrellas bailaban frente a mi visión.

La bolsa se me cayó del hombro, pero él se movió, apretando más contra mí, asegurando la correa entre nuestros cuerpos.

Su boca estaba justo al lado de mi oreja mientras siseaba: —Voy a joderte de la misma manera que me has jodido la vida. Voy a hacerte sangrar de la peor manera posible, arrancarte toda esa puta inocencia a la que te aferras. Y cuando acabe contigo, estarás llorando y temblando en un rincón, deseando al puto psicópata con el que vives. — Me mordió el lóbulo de la oreja con la suficiente fuerza como para que gritara detrás de su mano. —Y entonces iré tras él. Ninguna cantidad de tiempo curará las heridas que te haga.

Cuando mi visión se aclaró y el escozor en mi cabeza se desvaneció, sus palabras calaron. Podía verme exactamente como él describía, imaginaba la destrucción causada en mi interior.

No era débil. Era fuerte. Él estaba a punto de descubrir cuánto.

Se inclinó hacia atrás y chasqueó los dientes hacia mí, los moretones de su cara parecían mucho más intensos cuanto más cerca estaba.

—Primero, voy a romperte la nariz como me hizo ese maldito imbécil. Luego te voy a romper todos los dedos. — bajó la voz. —Y cuando finalmente hayas tenido suficiente — o creas que lo has tenido— voy a atiborrarme entre tus muslos hasta que la sangre corra por tus piernas.

Ni siquiera pudo pronunciar esa última palabra antes de que sacara el cuchillo. Tenía la hoja presionada contra su

garganta, y sentí una sádica satisfacción cuando sus ojos se abrieron lentamente. Y dejé que mi sonrisa se extendiera mientras me inclinaba hacia él, con la hoja tan afilada y precisa que cortaba su carne suavemente.

—Parece que el único que va a tener su sangre derramada eres tú, hijo de puta. Ahora quita tus malditas manos de encima. — Aflojó su agarre sobre mí, pero seguí empujando hacia adelante, clavando ese cuchillo más en su cuello.

No me haría falta mucho más para cortarle la yugular. Estaría cubierto de su sangre. Sería sucio e incómodo, pero un sentimiento muy oscuro surgió en mí.

—Esto es lo que va a pasar. — avancé, y él dio un paso atrás, tratando de quitar la presión de donde el cuchillo estaba presionado en su cuello, pero no iba a dejarlo.

Estaba demasiado drogada por el poder ahora mismo, demasiado borracha por el control que tenía.

—Todos tus secretos van a estallar. No eres más que una infección. Cada una de esas chicas a las que asaltaste te va a mirar a la cara y le va a decir al mundo la mierda que eres.

Sus ojos se entrecerraron y sus manos se levantaron.

—Ahora, ahora. Ni siquiera lo pienses. — Más sangre goteaba por su cuello, y yo me quedé clavada en la vista. — Ahora vas a ser *mi* perra, Trevor. — Clavé el cuchillo con más fuerza y jadeó, su piel se abrió. No lo corté lo suficientemente profundo como para cortar algo vital, pero le dejaría una cicatriz.

—Maldita perra loca.

Sentí que una sonrisa se extendía por mi cara mientras una carcajada histérica brotaba. —No estoy loca y no soy una perra. Estoy cansada de aguantar la mierda de la gente, especialmente la tuya.

Con eso, lo empujé con la cuchilla y retrocedió a trompicones, su mano volando hacia el lado de su cuello.

—Si vuelves a acercarte a mí, si me entero de que has vuelto a acercarte a otra chica sin su consentimiento... — di un paso adelante y levanté la hoja ensangrentada. —Te cortaré las pelotas y te las meteré por la garganta.

Murmuró “perra loca” en voz baja antes de darse la vuelta e irse. Me quedé ahí durante mucho tiempo. Sentí que empezaba a deshacerme lentamente. Y esa pesadez se apoderó de mí.

Metí el cuchillo en el bolso y apoyé una mano en la pared, entrando a trompicones en el baño, agradeciendo que no hubiera nadie cerca. Estaba a punto de enloquecer, de gritar, de rasgarme la ropa para quitarme el hedor de la sangre de Trevor.

Por suerte, el baño estaba vacío y me acerqué al lavabo y me miré las manos. Tenían su sangre, y respiré con fuerza.

Me lavé durante mucho tiempo y con mucha fuerza. Cuando cerré el grifo, mis manos estaban en carne viva y rojas, pero felizmente limpias.

Respiré con calma y luego exhalé, sabiendo que tenía que salir porque Bruno me estaría esperando. No quería que tuviera una excusa para entrar a buscarme.

Ese no era el tipo de atención que quería.

Me sequé las manos, me ajusté el bolso y me miré una vez más en el espejo.

Me dije que debía encontrar esa fuerza interior y aferrarme a ella.

Y así me aferré a ella hasta que no hubo manera de que se fuera.

Nunca más.

Capítulo 29

HADES



Ella era lo único en lo que pensaba. No podía pensar, dormir, ni siquiera comer.

Me alegré de haberle contado a Persephone un trozo de mi vida a manos de su padre y del mío. Porque una parte de mí quería que ella estuviera más cerca que nadie.

Pero anhelaba verla. Ansiaba jodidamente decírselo.

Quemaría el puto mundo entero si eso significara tenerla delante de mí en este mismo momento.

Me pasé un dedo por el labio roto y la sangre me manchó la mejilla.

Durante las últimas cuarenta y ocho horas, había estado haciendo una pelea tras otra en la clandestinidad. Quería esa violencia, la necesitaba. Era un recordatorio físico de que realmente estaba aquí.

No podía fingir que dejar caer la bomba en el regazo de Persephone la otra noche no iba a causar un daño irreparable. Debería haberle dado suficiente dinero para vivir el resto de su vida y dejarla en paz.

Pero mi orgullo... mi venganza había sido demasiado profunda.

Ella no me necesitaba.

Pero yo la necesitaba.

Mi cuerpo estaba magullado y maltratado, uno de mis ojos estaba negro e hinchado, y mi labio inferior estaba partido por un lado. Y aunque el dolor se hubiera sentido tan jodidamente bien, liberador hasta la médula antes de que Persephone entrara en mi vida, ahora mismo apenas arañaba la superficie de lo que necesitaba de ella.

Aunque me había mantenido alejado durante el día, había vuelto a la casa mucho después de saber que ella estaba en la cama. La encontré fácilmente, sabiendo que no se habría quedado en mi habitación, y no porque hubiera destrozado el puto lugar.

Durante los dos últimos días, me quedé en su habitación viéndola dormir, deseando acurrucarme a su alrededor, sentirla, follarla, hacerla mía y decirle que nunca la dejaría marchar.

Me puse unos vaqueros y una camiseta, mi cuerpo me gritaba con cada movimiento. Me tomaría un respiro el resto del día, pero esta noche tenía preparada otra pelea. Y la necesitaba.

No sabía cuánto tiempo podría seguir haciendo esto. Tal vez hasta que mi cuerpo se rindiera. Tal vez hasta que me sacara la cabeza del culo y dejara de ser un cobarde para poder enfrentarme a Bunny.

Mi teléfono móvil vibró en mi escritorio con una llamada entrante.

— ¿Sí, Bruno?— La piel me tiró del lado de la boca después de hablar. Sentí que la herida se abría ligeramente, y una vez más, el sabor metálico de la sangre se derramó por mi lengua.

—Jefe, no sé qué pasa, pero tu chica está actuando de forma extraña.

Cada parte de mí se puso en alerta máxima. — ¿Qué quieres decir?— Miré la hora y vi que ya había salido de la escuela. Estaba tomando mis cosas y saliendo por la puerta antes de que Bruno empezara a hablar de nuevo.

—No lo sé. Está actuando rara, tranquila, como si estuviera en shock. Y luego hay sangre en su jersey. Estoy bastante seguro de que no es de ella, pero...

Colgué y salí por la puerta antes de que Bruno terminara de hablar.

Intenté llamar a Persephone cuando salí de mi oficina y me metí en el coche. Pero cuando saltó el buzón de voz, por primera vez en mi vida, sentí... pánico.

Un millón de cosas pasaron por mi cabeza mientras entraba y salía del tráfico.

¿Estaba herida? ¿La sangre era suya o de otra persona? Si Trevor, ese jodido imbécil, la volvía a herir... lo llevaría a Butcher and Sons y lo despellejaría vivo. Luego colgaría su cadáver en un gancho para carne hasta que el hedor atrajera a la gente.

No debería haberla herido. No debería haberla abandonado.

Nunca más.

Capítulo 30

PERSEPHONE



En cuanto llegué a casa de la escuela, me dirigí directamente al baño.

— ¿Estás bien?— preguntó Bruno desde el otro lado de la puerta cerrada.

Apoyé las manos en el lavabo y exhalé. —Estoy bien. Puedes irte. — Necesitaba que se fuera. No quería ver ni oír a nadie más en este momento.

Me temblaron las manos cuando abrí el grifo y dejé que el agua cayera sobre mis dedos. Aunque estaban limpios, recordé la visión de la sangre que había arrastrado por el desagüe.

La sangre de Trevor.

Se merecía más de lo que le había dado. Todavía estaba vivo, el único consuelo para la mierda que era.

Cerré el agua y me apoyé en el fregadero, cerrando los ojos y respirando a un ritmo determinado para calmarme.

Una inhalación profunda. Una exhalación larga y lenta.

Una vez que me sentí más como yo misma, me sequé las manos y me enfrenté a mi reflejo. Mi pelo oscuro parecía desordenado alrededor de mi cara, como si el viento lo hubiera levantado y enredado los mechones. Mi chaqueta de la escuela, con el emblema cosido en el bolsillo derecho del pecho, se burlaba de mí. Bajé la vista y observé la sección blanca que rodeaba el borde del escudo.

Era una gota de sangre de Trevor.

Cogí papel higiénico y lo pasé por debajo del grifo, luego restregué y restregué esa gota. Pero lo único que hizo fue mancharla y teñirla de rosa.

Cerré los ojos e inhalé y exhalé.

Una larga inhalación. Una larga exhalación.

Otra inhalación. Otra exhalación.

—Bruno. — dije y abrí los ojos, mirándome en el espejo. Me veía... tranquila.

— ¿Sí?

Sabía que no se había movido de donde estaba. Seguramente también había llamado a Hades al verme al borde de la locura.

— ¿Puedes traerme un vaso de agua?— seguía mirando mi reflejo, sabiendo lo que tenía que hacer. Era lo que necesitaba hacer.

Pude percibir que aún no se había movido, pero entonces me dijo que volvería enseguida y oí sus pasos en retirada. Me mantuve tan silenciosa como pude mientras abría la puerta, la cerraba de nuevo y subía las escaleras y el pasillo. Tenía un destino en mente: el único lugar al que me habían dicho que no debía ir.

Sentí que estaba cometiendo un pecado capital, que estaba infringiendo la ley y que en cualquier momento me atraparían. Pero no me detuve. Sorteé las esquinas, me moví rápidamente por los pasillos.

Bruno estaría volviendo al baño ahora mismo, pero no importaba porque ya estaba al otro lado de la puerta cerrada con la mano agarrando el pomo.

Esperaba que estuviera cerrada con llave, pero cuando la giré y la puerta se abrió, la sorpresa se apoderó de mí.

La habitación estaba a oscuras, con las cortinas corridas para que ni siquiera la luz del sol penetrara en el interior. El aroma que invadió mi nariz me recordó a un hospital. Olía estéril, como si hubieran utilizado lejía para limpiar el olor de la muerte.

Podía escuchar un zumbido de un porta sueros y un *beep, beep, beep* que provenía de un monitor cardíaco. Miré a mí alrededor, observando la única cómoda que había frente a la cama con dosel y un pequeño armario escondido en una esquina. La habitación era pequeña, mucho más pequeña que

cualquier otra habitación de la casa que había visto hasta ahora.

El poste de la intravenosa estaba a un lado de la cama, y seguí el tubo hasta una mano arrugada. Luego arrastré la mirada hacia un pecho delgado hasta que me encontré con el rostro de un hombre que no había visto en mucho tiempo.

Michael Cronus nunca había sido un verdadero abuelo en ningún sentido de la palabra. Casi nunca lo veía, pero sabía que había estado enfermo. Había oído a mis padres hablar de su salud en declive.

Estaba tumbado en el otro extremo de la cama, con el tubo de oxígeno colocado en la nariz y la mirada fija en mí. Su pecho subía y bajaba lentamente, como si luchara, el sonido que salía de él era un silbido.

Su boca se movía como si intentara decirme algo. Pude ver el movimiento de su dedo, como si quisiera que me acercara. Y así lo hice.

Me adentré en la habitación y me estremecí. ¿Por qué hacía tanto frío aquí? Imágenes horribles de mi abuelo y mi padre golpeando a Hades se movieron por mi mente. Me asfixiaron.

Michael había sido tan gélido toda mi vida. Nunca me había dado una sonrisa cálida, nunca me había dicho que me quería. No pasaba tiempo con él, no es que quisiera hacerlo, sino porque se había desinteresado tanto por mí como nieta que ni siquiera estaba en su radar.

Y yo era de su sangre.

Las cosas que le había hecho a Hades... mi cuerpo reaccionó al instante, la bilis subió a mi garganta. Podría haber vomitado.

Me acerqué, con el odio creciendo en mi interior. Me sorprendió lo oscuros que eran mis pensamientos.

Yacía inmóvil, con sus ojos blancos y lechosos clavados en mí mientras miraba su forma descompuesta.

—Sé lo que hiciste. — susurré. No importaba si él sabía que yo era consciente del abuso o no, pero las palabras ya se habían derramado. —Sé la mierda que eres, bastardo. Sé que no sientes ningún remordimiento. Eres malvado y has vivido tu vida como tal. Pronto morirás. Solo y sin que a nadie le importe lo que te pase. — Se me hizo un nudo en la garganta, y jadeé en busca de aire.

Encontré mis manos ya en el borde de mi camisa, apretando alrededor del material, como si necesitara algo para estabilizarme. Un ancla que me mantuviera en este mundo.

La sangre me corría por los oídos, el pulso me latía en la base del cuello y no podía apartar la mirada de Michael ni aunque me hubieran apuntado con una pistola a la cabeza.

—Todo este tiempo pensé que Hades era una persona horrible. En realidad, tú creaste quién y qué es él. Tú y mi padre. Ustedes son los verdaderos monstruos.

Michael sonaba como si realmente tuviera problemas para respirar. Y el monitor cardíaco al que estaba conectado emitía pitidos frenéticos mientras el ritmo aumentaba.

Aunque pudiera hablar, no me hubiera gustado escuchar una palabra que saliera de su vil boca.

Miré la pequeña mesita de noche que contenía frascos de medicamentos, jeringas y demás parafernalia médica. Pero eso no fue lo que hizo que mi corazón se acelerara o que mi estómago se sintiera como si tuviera una piedra alojada en él.

Sentí como si alguien me hubiera golpeado de nuevo en el costado de la cabeza. La habitación giró y me agarré a la barandilla de la cama.

La caja de mi padre estaba sentada ahí, con un pequeño rayo de luz que se abría paso a través de la cortina y mostraba la brillante madera tricolor. Mis rodillas se doblaron cuando di un paso hacia ella.

Avancé hasta situarme justo delante de la caja y pude agacharme y tomarla. La sostuve en mis manos. Era muy

pesada, más de lo que recordaba. Pero por el peso que tenía en las palmas, ahora parecía mucho más pequeña.

Cerré los ojos mientras me imaginaba a mi padre tocando esto mismo. Pero ya no sentía felicidad ni amor. Sentí que la bilis ácida me subía a la garganta.

El hombre al que había amado -el que me envolvía en una manta de lana cobalto porque me ayudaba a dormir por la noche durante las tormentas- no era el hombre al que admiraba.

Era un monstruo que golpeaba a su hermano pequeño hasta que su cuerpecito estaba plagado de cicatrices. Le había quitado la inocencia a Hades y en su lugar había creado otra cosa.

Apreté los dedos con fuerza en torno a la madera, ese impulso de destrozarla, de romperla en cien pedazos diferentes que corría tan fuerte en mí que casi la tiro contra la pared.

Mis músculos se tensaron, mi cuerpo estaba listo para hacer precisamente eso. Pero exhalé lentamente y miré hacia abajo, buscando la cerradura que estaba abierta. Siempre había estado cerrada.

Mi abuelo volvió a resoplar, pero todo lo que pude imaginar fue a él golpeando a Hades repetidamente, dejando cicatrices en Hades hasta que nunca volviera a ser el mismo.

—Te odio. — susurré. —Odio a mi padre. — las lágrimas cayeron en ríos por mis mejillas, nublando mi visión. —Ustedes deberían llevar las cicatrices, no Hades.

No me di cuenta de que había dejado caer la caja de mis manos hasta que la oí caer al suelo y sentí que las fotos se dispersaban a mis pies.

El corazón se me subió a la garganta cuando miré lo que era una auténtica pesadilla que me devolvía la mirada. Con una mano temblorosa, me agaché y recogí varias de ellas, mientras mi cuerpo sudaba frío.

Dios. El aire me abandonó violentamente mientras miraba foto tras foto de Hades golpeado, ensangrentado y... tan joven. Un adolescente que tenía los ojos muertos, hinchados y amoratados mientras miraba fijamente a la cámara. Y los hombres que se alternaban en cada una posando con el hombre que amaba... mi padre y mi abuelo.

Sonreían mientras lo sujetaban por el pelo, o se agachaban donde yacía desmoronado en el suelo ensangrentado. Cuando la última foto cayó de mi mano, revoloteando en el suelo, sentí que estaba teniendo una experiencia extracorporal.

Era como si fueran cazadores que acababan de capturar a su presa, la habían masacrado y sentían la enfermiza necesidad de posar con el cadáver.

—Hades. — me atraganté.

No sabía cuándo ni cómo había alcanzado la almohada de repuesto. Y no me vi levantándola y sosteniéndola sobre Michael.

Vi cómo sus ojos se abrían de par en par, cómo su boca se movía sin pronunciar palabra y cómo el sonido del monitor cardíaco se volvía loco.

Y entonces parpadeé rápidamente, vi que empujaba todo mi peso sobre la almohada justo encima de la cara de Michael.

Su cuerpo estaba sin vida debajo de mí, pero aun así no podía moverme.

Tenía la cara mojada, un flujo constante de lágrimas que caía en cascada por mis mejillas. Seguía escuchando una palabra en mi cabeza, o quizás la estaba gritando.

¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

Y entonces alguien me agarró suavemente por la parte superior de los brazos, tirando de mí hacia atrás. Me quitaron la almohada, la tiraron a un lado, y me dieron la vuelta antes de tirar de mí hacia la dureza de un pecho muy masculino.

Inhalé profundamente, oliendo el singular aroma que era todo Hades. Oscuro y picante y reconfortante. Lloré más fuerte.

Sentí que enredaba su mano en mi pelo, manteniendo mi cara pegada a su pecho.

—Joder, Bunny. No quería esto para ti. — La angustia se extendió por su voz. —Maldita sea, dulzura. — Tomó cada lado de mi cabeza y tiró de mí hacia atrás, inclinándola para que lo mirara a la cara.

Me pasó los pulgares por las mejillas y eso me hizo encontrar lentamente mi centro. Todavía estaba llorando, todavía sentía el intenso malestar de lo que acababa de suceder, pero me sentía anclada mientras él me abrazaba.

— ¿Por qué?— Susurré esa única palabra, sabiendo que él entendería lo que quería decir, lo que estaba preguntando. Durante largos momentos, guardó silencio.

Su mirada se dirigió a Michael, y yo cerré los ojos. *Maté a alguien.*

—Shhh. Está bien, dulzura. — Su voz era suave y tranquilizadora.

Me di cuenta de que había dicho esas palabras en voz alta.

—Lo mantuve aquí para mi perversión, para verlo sufrir. Para verlo morir. — Su voz era monótona, carente de emoción, y abrí los ojos para mirarlo. Seguía mirando fijamente a Michael. —Y no me arrepiento.

Mi mirada se dirigió a la caja en el suelo que había guardado las Polaroids, y volví a sentir esa incómoda opresión en el pecho.

—Siempre me pregunté qué hacían Zachariah y nuestro padre con las fotos que tomaban. Fue cuando mencionaste la caja que él apreciaba cuando supe lo que había dentro. Hice que mis hombres buscaran entre todas sus pertenencias hasta encontrarla.

Aunque me observaba, había una expresión lejana en sus ojos, como si estuviera pensando en esas fotos.

—Miré cada una de ellas, sostuve cada una en mis manos, y me devolvió a esos momentos en los que se grabó ese dolor. Un recuerdo vivo de mi alma arrancada para siempre.

Me quitó las lágrimas mientras seguían cayendo.

—Y luego puse la caja junto a la cama del viejo bastardo, queriendo que la viera, que supiera lo que había adentro. Quería que supiera que nunca volvería a mirarlas. Que nunca tendría ese placer ni ese subidón.

Bajó la cabeza y envió una oscura mirada hacia el cadáver de Michael. —Puede parecer poco, pero para él... para él sé que fue una agonía. Sé que si hubiera podido cruzar y aferrar esas fotos a su pecho, lo habría hecho.

—Lo siento mucho. — Esas palabras no fueron suficientes para tocar la superficie de todos los horrores que enfrentó.

Cuando todo se aclaró, las prisas en mi cabeza se desvanecieron. Inhalé profundamente para tomar más del aroma de Hades que lavaba el olor a descomposición y antiséptico. Me di cuenta de que tenía la cara golpeada por el infierno.

Un pequeño sonido me abandonó y levanté las manos, tocando la comisura de su boca, donde tenía el labio roto. Su ojo estaba magullado, hinchado, y tenía un feo corte en la sien.

Ni siquiera se inmutó, no hizo más que mirarme a los ojos. Y luego sacudió la cabeza lentamente, inclinándose para besarme suavemente. —No es nada. Nada más importa.

Repitió esas palabras hasta que apretó mi cara contra su pecho, con su mano una vez más en la nuca, acercándose a él.

—Estás aquí conmigo. Eres mía, y eso es lo único que me importa ya. Eres lo único que jodidamente me importa.

—Lo maté. — Aunque me había sorprendido por haber hecho lo que había hecho, no sentí nada más que esta profunda sensación de satisfacción. Fue como pasar la última página y terminar un libro. —Todos estos años tuviste que aguantar todo eso. Siento mucho que te haya hecho odiarte a ti mismo, buscar el dolor, pensar que solo tenías una opción.

Me aparté y él me dejó, pero tenía sus manos en mi cintura, sus dedos clavándose en mis caderas. —Lo maté y ni siquiera me arrepiento de haberlo hecho. Ojalá pudiera volver a hacerlo.

—Nena. Dios, mi dulce chica.

—Ojalá hubiera podido estar ahí. Te habría protegido, Hades. — exhaló tan bruscamente que fue como si lo hubiera dejado sin aliento. Y entonces se inclinó, apoyando su frente contra la mía.

—Te amo. Te amo jodidamente mucho. No soy digno de tenerte, y sé que te mereces algo mucho mejor, pero soy demasiado egoísta para dejar que me dejes. Me arrancaría el corazón por ti. Te lo serviría en una bandeja y te dejaría ver mi último aliento si eso te hiciera sonreír.

Tomó mis mejillas y me miró a los ojos.

—Y te demostraré durante el resto de mi jodida vida inútil que un día mereceré tu amor. Puede que no sea hasta que esté en mi lecho de muerte, pero un día te lo demostraré.

Aunque no estaba llorando, algo que ni siquiera creía que fuera capaz de hacer, sonaba ahogado y la angustia en su rostro era tangible. — ¿No lo ves?— me levanté de puntillas y fui yo quien lo besó ahora.

Los dos respirábamos con fuerza, la presión en la habitación aumentaba hasta que sentí que se me erizaban los pelos de los brazos. Me abrazó con fuerza, estrechamente, y supe que cumpliría su promesa de no dejarme ir nunca.

—Soy tuya. — susurré. —Prefiero estar en el infierno contigo que en el cielo con cualquier otro.

Epílogo

PERSEPHONE



Estaba bastante segura de que era buena en el departamento de sonrisas para el próximo año, pero pegué otra mientras estaba de pie frente al telón de fondo que habían montado para la clase de graduación, mientras los padres de Sophia nos tomaban fotos juntas.

Durante el último año, mi vida había dado un vuelco y no sabía cómo iban a salir las cosas. Tenía miedo, el corazón roto y me ahogaba en la pena.

Tuve que convertirme en alguien nuevo, tuve que crecer aunque ya era una adulta. Nunca pensé que sería una persona que tomaría las riendas del asunto. Había estado protegida toda mi vida, y había estado bien con eso.

Hasta que no lo estuve.

Hasta que tuve que cambiar para sobrevivir.

No pregunté qué habían hecho Hades y Bruno con Michael después de que saliéramos de la habitación. Me llevó a la habitación en la que había estado durmiendo, me sentó en la cama y me besó la parte superior de la cabeza. Luego dijo que me quedara ahí y que él se encargaría.

Estuve ahí una hora antes de que volviera. No quise saber cómo se deshicieron del cuerpo y sentí que el pánico me invadía, no porque hubiera acabado con la vida de un hombre horrible, sino porque no quería las repercusiones legales que conllevaba un acto tan oscuro.

Pero no había pasado nada. Los días pasaban borrosos y las cosas parecían... normales. Bueno, todo lo normales que podían ser, dada la situación y todo lo que había ocurrido.

Vi las noticias, los titulares sobre cómo Michael Cronus había fallecido plácidamente mientras dormía después de luchar contra una larga enfermedad.

Mi mirada buscó al único hombre que me había demostrado que a veces había que convertirse en otra persona para mejorar las cosas.

Hades estaba de pie a un lado, con su traje de tres piezas que le daba un aire de poder. Era una fuerza intimidante, una cabeza más alta que incluso el hombre más grande de aquí.

La gente se mantenía alejada de él, como si fuera una gota de aceite y ellos agua. Podían sentir el peligro en él.

Pero cuando lo miré... Vi al hombre del que estaba enamorada, con el que compartí la cama, al que le entregué mi cuerpo.

Era una persona que se cubría de formas y líneas oscuras y furiosas para retomar el control después del abuso que había sufrido.

Y yo tracé cada una de esas cicatrices con mis dedos, las besé para que supiera que no importaban, que no pensaba que fuera menos por ellas.

Que sabía que no estaba arruinado ni roto.

Sabía que odiaba estar aquí, pero también sabía que no se lo habría perdido por nada del mundo.

Y aunque no sabía qué haría después de esto, si iría a la universidad, qué título obtendría, sabía una cosa con certeza: quería a Hades en mi vida cuando lo experimentara todo.

Después del incidente en el que el juez Wilcox fue expuesto por corrupción, había habido un cambio masivo en... todo.

Una avalancha de chicas de la escuela se había presentado con su verdad sobre lo que Trevor les había hecho. Había poder en los números, y todas nos unimos para que todo el mundo supiera la verdad sobre quién y qué era realmente.

Debido a la atención prestada a su padre, y a que su desviación sexual había salido a la luz, Trevor y su padre fueron acusados de delitos. La manzana no cayó muy lejos del árbol en lo que respecta al acoso sexual, los abusos deshonestos y las violaciones en la familia Wilcox.

No importaba lo lejos que huyeran él o su familia, o cuántos cargos se les presentaran. No podían huir de la prensa, de las acusaciones o de las repercusiones del daño que habían hecho. Esto viviría con ellos para siempre.

Todavía había alumnos que me miraban con desprecio y odio, que seguían culpándome de lo que había pasado, pero no les hice caso. No importaba. Se había hecho justicia en más de un sentido.

— ¿Estás lista, nena?— Una mano pesada se posó en el centro de mi espalda, su palma cálida, sus dedos fuertes mientras añadía una ligera presión.

Le robé una mirada a Hades y vi que su atención estaba en los padres de Sophia. Cuando los miré, vi al instante su nerviosismo mientras se movían sobre sus pies.

La reputación de Hades no era precisamente un secreto.

—Vamos, dulzura. Tenemos una reserva para cenar. — Deslizó su mano por el centro de mi espalda para ahuecar mi trasero por encima de mi vestido de graduación, y apreté mis muslos mientras mis músculos internos se apretaban.

Pude sentir la diversión que se desprendía de él, y eché una mirada hacia arriba para ver cómo se bajaba lentamente las gafas de sol. Estaba mirando a la madre de Sophia. Y cuando la miré, pude ver lo rojas que estaban sus mejillas por la vergüenza.

Me despedí de Sophia y de sus padres antes de darme la vuelta, pero no antes de que Hades me diera un golpe en el culo delante de todos, y luego le guiñara un ojo a la madre de Sophia. Apreté los dientes y lo fulminé con la mirada. Pero la verdad era que me gustaba su lado posesivo.

No había un solo momento en el que estuviéramos en público en el que no me tocara, en el que no diera a conocer su posesión de mí. Cuando estábamos a puerta cerrada, se amplificaba diez veces más.

A papi Hades le gustaba salirse con la suya, y le gustaba que me sometiera a él cuando lo hacía.

Nunca lo vi como un héroe, ni como un caballero de brillante armadura que me tomara. Era un villano que me enseñó a mutilar con mis propias manos. Hería con mis palabras, y tomaba todo el

dolor que había sentido en mi vida y lo usaba como escudo de confianza.

Era un hombre que me enseñó, al que admiraba, y también era mi amante... la persona de la que estaba enamorada.

Deslizó su mano en la mía, enroscando sus dedos entre los míos, y nos condujo al coche. No pude evitar mirarlo, sintiendo esa familiar opresión en mi vientre.

Si él era el diablo que dirigía el inframundo, yo sería para siempre su reina.

Fin...

Sotelo, gracias K. Cross & Botton

